

Span 5842.45

www.libtool.com.cn

Harvard College Library



FROM THE
SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor
in Harvard College, 1816-1854. The income is to
be expended for books "in the Spanish
language or for books illustra-
tive of Spanish history
and literature."

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

JOSÉ NAVARRETE

www.libtool.com.cn

SONRISAS Y LÁGRIMAS

SEGUNDA EDICIÓN



1884

5 — PLAZA DE BILBAO — 5

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

SONRISAS Y LAGRIMAS

www.libtool.com.cn

SONRISAS

www.libtool.com.cn

LÁGRIMAS

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

DE

JOSÉ NAVARRETE



1884

5 — PLAZA DE BILBAO — 5

Span 5842.75



Sales fund

ESTA EDICIÓN ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MADRID, 1884.—Imprenta de Manuel Ginés Hernández,
Libertad, 16 duplicado.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El café de Julio César.....	1
El nido.....	7
Los cadetes de mi tiempo.....	15
Fulana... ..	51
Palitos contra el mareo.....	53
Dios aprieta.....	59
La platería.....	69
Función de desagavios.....	77
El alma sin funda.....	87
Jazmía.....	95
Organillos, sahumeros y pregones.....	101
Artículo de moda.....	109
El cometa.....	115
El gazpacho andaluz.....	123
En el álbum de Asunción.....	133
El mágico prodigioso.....	135
De tejas arriba.....	145
El barco.....	153
Concepto de la belleza.....	161
Contestación á la novia del Sr. Carracido.....	169
Un chico excelente.....	175
El lazo indisoluble.....	185

En el álbum de Belén.....	205
Carta literaria.....	209
Lo que me enseña mi abuelo.....	217
Sacaentrañas.....	227
En un abanico.....	241
Mi carbonero.....	243
Horacio Lengó.....	249
En el abanico de Concha Ferratges.....	261
Mi pajarito.....	263

AL SR. D. FEDERICO BALART

Doy á V., mi respetable amigo, las más expresivas gracias por haber accedido á mi ruego de que aceptase la dedicatoria de este libro.

A dedicárselo me ha movido, aparte de la cariñosa amistad que profeso al hombre nobilísimo amante de los suyos hasta la idolatría, la admiración que me inspira el pensador de soberano vuelo, el prosista que por su corrección y galanura raya tan en primera línea entre nuestros buenos escritores de todos los tiempos, el crítico insigne, cuya valía es tan cuantiosa como su modestia.

Tenga V. presente, querido Balart, para la estima de mis alabanzas, que yo blasono (y así me reluce el pelo) de mirar con desdén profundo á los poderosos de la tierra y de rendir solo homenaje á los grandes pensadores, á los grandes artistas y á los grandes obreros del trabajo material.

De V. siempre sincero amigo y admirador entusiasta Q. B. S. M.,

José Navarrete.

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EL CAFÈ DE JULIO CÈSAR



ACE veintitantos años, en la mejor
ciudad de aquella tierra

donde está el rumbo á dos cuartos,
y la sal á mucho menos,

había (y creo que aún existe) un café llamado
como indica el epígrafe de este artículo, sin
duda porque á Sevilla

Julio César, la cercó
de muros y torres altas,

á cuyo café concurrían, por tandas, los borrachos
procedentes de todas las tiendas de montañés,
desde las doce de la noche hasta las cinco de
la mañana, en verano, y hasta las seis, en in-
vierno.

El café de Julio César estaba situado junto á
una sombrerería, donde por un napoleón y el
viejo, se daba un sombrero nuevo, en la calle
estrecha de Colón, por la que se va desde la

plaza de San Francisco á Gradas de la Catedral, y era un saloncillo de escasa holgura, bajo de techo y ahumado, cuya decoración consistía en siete ú ocho mesas de pino, sucias y pringosas, rodeada cada una de cuatro banquillos; seis candiles colgados en la pared, el mostrador junto á un rincón y una ventana que sólo se abría en ciertos momentos solemnes.

Sobre la mesa del mostrador campeaba un gran anafre, con una cafetera humeante encima, y en fila se veían, las copas, las botellas de aguardiente, las tazas y los platos de loza sevillana, que salían no más que desconchados de la prueba de arrojarlos al suelo con violencia.

El café se confeccionaba fuera de la casa, para lo cual el dueño contratava las borras y sobras líquidas de otros establecimientos importantes. Respecto al aguardiente, baste con decir que se llamaba *arranca-gañote* ó *arrastra-gañote* por unos, y por otros *la lata*, origen sin duda, de la frase usada hoy por el vulgo de Sevilla de *dar la lata*, que significa dar una desazón.

Los precios subían, á una mota la taza de café, servido desde luego con la leche y el azúcar (sin cucharilla), y un cuarto la copa de aguardiente.

El amo, Jeromo, era un buen mozo, muy serio, con el pelo echado á la cara y sin ninguno más en ésta, con fama de valiente, y constando en su hoja de servicios haber vendido boquerones en Málaga y pertenecido tres años

al hijo de Ceuta. Tenía por dependientes á dos chicos montañeses, colorados lustrosos y siempre en mangas de unas camisas muy sucias: se llamaban Perico y Ventura.

En la parroquia figuraban gitanos de la Cava de Triana, verduleros de la Macarena, barrileros de la Carretería, torerillos de San Bernardo, cocheros de los carruajes de Palacios y de Ferrer y algunos señoritos militares y paisanos del casino de la plaza del Duque, que después de correrla toda la noche cenando mariscos, riñones y manzanilla en las tiendas de Lorenzo, de Barbaneda ó de Montes, oyendo cantar á Silverio, á Piedra y á Sartorius; yendo después al baile de Miguelito Barrera; y por último, á visitar los comedores y las alcobas de otros establecimientos de la calle de Velázquez y de Santa Justa y de los callejones de San Francisco de Paula, caían, á las tres ó las cuatro de la madrugada, en el café de Julio César á tomar *la espuela*, ó sea la última copa de aguardiente.

Siendo la casa pequeña y reducidos los precios, lo que á Jeromo le convenía era que los concurrentes no se eternizaran en las mesas, contando valentías, ó templándose, con la ronquera del alcohol, para cantar unas serranas como Paco el Sevillano, que es hoy el primer *cantaor* de polos, cañas y seguidillas y que ya entonces, con su clara y extensa voz y su primoroso estilo, era el regocijo de la afición y la esperanza de Molina y de Perico *er Pelao*.

—Vamos, caballeros, vamos, que es tarde—

decía Jeromo con aquella gravedad del asno que le era peculiar, recorriendo el cafetín cuya atmósfera podía cortarse.—Vamos allá, vamos allá, que hay mucha gente esperando á la puerta.

Después de una pausa, añadía dirigiéndose al montañesillo que estaba de entra y sal con las cafeteras:

—¿Has cobrado, niño?

En las primeras horas, solía el público atender las intimaciones de Jeromo y despejar el salón; pero allá, á las tres ó las cuatro de la mañana, sobre todo si hacía frío, era imposible hacer salir de allí aquella *piara de curdas* (como decía un amigo mío), que disputaban á gritos, golpeaban las mesas, se desafiaban, querían convidar á todo el mundo sin un ochavo y ofrecían, en suma, uno de los cuadros más repugnantes que pueden imaginarse.

Cuando Jeromo (después de hecha la recaudación) conocía que por la buena tenía el pleito perdido, se retiraba detrás del mostrador y decía á uno de los dependientes:

—Niño, el sahumero.

El chiquillo cogía una cazuela que estaba en un rincón; echaba en ella con los dedos unas ascuas del anafre, y sobre las ascuas los polvos contenidos en un papel que sacaba del bolsillo y que levantaban en seguida una humareda espesa, de un olor fuerte, acre, picante, nauseabundo, pegajoso, insoportable, y daba una vuelta por el saloncillo, con la cazuela en la

mano, agitándola, como quien inciensa, al pasar junto á cada mesa y aumentando la dosis de polvos cuando echaba poco humo.

Era digno de pintarse el aspecto que ofrecía entonces el café: los borrachos empezaban á toser, á estornudar, á escupir, á lanzar imprecaciones, á dar arcadas, á pedir aire, á querer matar al montañés que les daba *er jumaso*, como ellos decían, y que se refugiaba detrás de Jeromo, que en aquellos momentos tenía siempre el cuchillo á mano; y, por último, se lanzaban en tropel y dándose empellones á coger la puerta, so pena de ahogarse, echando ya algunos los hígados por la boca.

Después abría el chiquillo la ventana y entraba otra tanda de borrachos.

Nadie pudo averiguar nunca qué sustancias químicas componían aquellos polvos infernales. Jeromo decía que le había dado el secreto un boticario del Perchel; y sería conveniente conocerlo, porque el tal sahumero lo están pidiendo á voces algunos lugares que no son el café de Julio César.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EL NIDO



QUI, en este mundo, está el purgatorio.

Los momentos de felicidad son los descansos necesarios para la prolongación del tormento.

Yo no reniego, sin embargo, de la Providencia, como no reniego del médico que me hace daño al entablillarme un brazo roto. Y basta de filosofía.

Pues entre los oasis que se buscan en el desierto de esta vida, no hay uno de aguas tan transparentes, de aires tan puros, de vegetación tan rica, de aromas tan suaves, como el nido, como el hogar donde nacimos.

Yo juzgo muy desgraciados á todos los solteros, casados, ó viudos, que no tienen más hogar que la fonda, ó la casa donde viven por su cuenta, solos ó con la familia por ellos creada. Aun á estos últimos les falta algo, les falta aquel rincón de aquel pueblo donde viven

sus ancianos padres, y sobre todo su anciana madre; aquella vieja que es la mejor de las mujeres del mundo.

Por el extremo contrario, considero el colmo de la dicha humana alcanzar, luchando por el mundo, saber, dinero y posición, después de haber dejado el nido llevando por todo caudal un pobre hatillo regado con las lágrimas de despedida de la madre, y poder endulzar los últimos días de ella, haciendo llegar á aquel oscuro rincón los más vivos resplandores del bienestar adquirido.

He soñado muchas veces que era rico y que trocaba mi antiguo caserón por un hotel más cómodo, más artístico y más lujoso que el mejor de los que se alzan en el nuevo Madrid, y que convertía la vieja huerta del moral en una gran posesión de utilidad y recreo. Cada vez que me encuentro un nuevo pliegue en la cara y los mismos jugos en el corazón, voy sospechando que la cosa es difícil; pero continuo soñando y haciendo variaciones en la distribución de las piezas en los pisos del hotel.

Todas las hieles, todos los trabajos de mi vida están mitigados con este pensamiento: «en cuanto tenga unos días de tranquilidad, me voy á pasarlos con mi madre.»

Al traspasar los umbrales de la casa materna se tiñen las canas, se desarruga el rostro, late con más fuerza el corazón, se evaporan los años: allí, se es siempre el hijo, el menor de edad, el que dice «mamá;» allí no hay más imperio que

el del corazón; el sentimiento lo nubla todo; en la mesa, que es el centro material de la familia, se escucha como un oráculo la voz de la madre aunque sólo diga candideces; generalmente tiene razón; ella no sabe nada de lo que en el mundo pasa, y nos aconseja bien sobre todas las cosas del mundo; ve lo que á su hijo le acomoda, como la Providencia, que escudriña lo más escondido, y la razón no presta argumentos para contradecirla; allí es uno el chico de siempre, con una diferencia sola, negra, terrible, abrumadora: la de que siempre que se vuelve se acentúa más el temor de que aquello puede perderse; no hay nada más vulgar que morirse; cada día se van centenares de madres, y sin embargo, parece imposible que se vaya la madre nuestra; eso no puede ser; se apagaría el sol.

Durante los días que vivimos en el nido, la madre, como treinta años atrás, no se acuesta hasta que su hijo llega y lo deja en la cama, y besa su frente, y se va convencida de que no está malo, llorando de la alegría de haber vuelto á reanudar esa costumbre y de la pena de que va á durar poco, y ¡sabe Dios si volverá á disfrutarla!

En el hogar materno se goza de todo eso que cada cual encuentra pueril en los demás, y que sin embargo, constituye para él un culto sacratísimo: la razón no entra para nada en esos asuntos cuando se juzgan en cabeza propia: Andrea, la criada de la casa de enfrente, es para

mí una vieja rara y gruñona, y en cambio María, criada de mi casa, es más que un miembro de mi familia; es un sér de mi veneración, que hace veinte años, de los cuarenta que lleva sirviéndonos, ahorra su salario para dejarle algo, cuando se muera, en la imposibilidad de dejarle el alma, á la hija de la señorita á quien más cariño le tiene, y que sueña con mi vuelta para que le lleve una caja nueva de rapé y recordarme, hablándome de tú á escondidas, pues delante de gente cree que me debe respeto, el día que me achoqué al caerme desde el pretil de la azotea remontando un pandero; aquel carnero, que cabestreaba como un perro, con su freno de badana encarnada, su collar con cascabeles, su serón y sus moños en la cola; las rabetas contra el criado las mañanas que no traía de la plaza el haz de suya; los novillos á la escuela y los parlamentos á mi padre para atenuar la dureza de la primera entrevista, en aquel despacho que dejé sin alcanzar á la mesa y que, al volver años después, mucho más alto que el mueble, me pareció, como observa D. Juan Valera en su mejor novela, que la habitación se había achicado; para hablarme, por último, de otra porción de simplezas, despertadas, sin embargo, en su memoria, por esos vuelos del cariño que entrañan esencias divinas, resplandores y lágrimas de donde emanan toda la sabiduría y todo el arte.

Cuando entro en la despensa de mi primera casa me da mucha tristeza pensar que ya puedo,

sin temor ninguno, cortar un pedazo de jamón, descolgar un chorizo, sacar miel de la tinaja, y meter la mano en el cajón de las pasas; no puedo acostumbrarme á esa libertad, y algunas veces llevo conmigo á un sobrinillo mío, que es de la piel del diablo, y me hago el distraído á fin de que se encarama por alguna parte y coja algo y se le caiga y se haga pedazos, para que nos riñan á los dos; y cargo con una escalera, y se la sujeto para que él se suba á coger nidos de gorriones en las vigas de los cobertizos en el corral, y lo azuzo para que ponga en conmoción escandalosa á las gallinas y á los pavos, y en aquellos momentos, olvidado de mis años y de mis trabajos y del resto del mundo, se ensanchan mis pulmones y se purifica mi sangre.

Yo creo que los hijos para los padres, para las madres, sobre todo, y muchas veces los padres para los hijos, son las únicas personas que existen en la tierra; las demás criaturas, en no pocos casos, hermanos y esposos inclusive, son máquinas á las cuales se les echa la calidad de grasa que necesitan para que funcionen á nuestro capricho; esto es, se les habla en el lenguaje conveniente para que obren á medida de nuestro deseo; para engañarlas y explotarlas, ó para evitar que nos engañen y nos exploten: sólo la madre busca la bolsa en la sombra, para rellenarla si está flaca; sólo la madre cuando la saquea el hijo, siente no tener más para ser más saqueada; sólo la madre se desvela por adivinar cuál será la pena que nubla el rostro

del hijo; á nadie ¡tremenda desgracia! le importa nada de nadie, más que á la madre de sus hijos y á los enamorados mientras la fiebre les dura.

Alguna exageración hay en lo que acabo de decir, y voy á dulcificarlo. Yo no niego el amor, ni la compasión, ni la afición; se le toma á un perro; pero todos los cariños se tienen por algo: á la rosa, por su perfume; al árbol, por sus frutos; al ruiseñor, por sus gorgeos; al sabio, por sus descubrimientos; al artista, por sus lienzos ó por sus esculturas; á la mujer por sus hechizos; al amigo y al hermano, por lo que esperamos, consejo, consuelo, ó dinero, de sus cualidades; que si nada esperamos, no hay tal amigo ni tal hermano: todo esto es verdad, aunque la hipocresía quiera disimularlo, y no sólo es verdad, sino que debe ser así, pues no hay razón ninguna para tener afecto á un adonjuán con figura humana.

Sólo la madre quiere al hijo feo, al malo, al que tiene ella que darle siempre, sin la remota esperanza de recibir nada de él; sólo la madre, quiere sin cesar al hijo presente y ausente é ingrato, sólo la madre tiene, mientras alienta, una lágrima para el hijo que está enterrado, y siente todo esto porque sí, porque lo tuvo en sus entrañas.

El amor de la madre es superior al amor de la caridad; la madre ama al hijo, no sólo como á sí misma, no sólo más que á sí misma, sino contra sí misma; es superior al amor divino

que purifica para dar el bien, y en la purificación mortifica; la madre se asimilaría las mortificaciones que hubieran de sufrir todos sus hijos, para que ellos desde luego logran su perfección y su ventura; el amor de la madre es el único rayo puro de la luz divina proyectado sobre la tierra, entendiendo yo por «divino» lo que está limpio de los egoísmos terrestres.

En el hogar materno, repito, se concluye el imperio de la razón y sólo se desborda el sentimiento: yo, librepensador, yo, convencido de mis creencias matemáticamente, gozo allí de un modo extraordinario con las tortas con miel de Noche Buena, con los potajes de los días de vigilia, con las torrijas imprescindibles del Jueves Santo y el arroz con leche del Viernes, y con las castañas, los peros y las batatas del 1.º de noviembre; y cuando entro en el gabinete de mi madre y la veo sentada en una silla, ó arrodillada, con una porción de libros y de cuadernos al lado, devocionarios aquellos y novenas éstos, rezándole á la estampa de un cuadro que está puesto sobre la cómoda, teniendo delante un vaso con agua y aceite, nadando en éste una mariposa encendida, y recuerdo que en mi pueblo, felizmente, no hay jesuitas, ni en aquella casa entran sotanas, siento, de acuerdo con mi razón, que aquella devoción es verdad; que aquella es la verdad esencial de todas las religiones, que será la religión única del siglo XX; religión de la ciencia, con un templo en cada casa, en el que oficiará cada

cual, á solas, como pontífice y como sacerdote.

Para concluir, lector, te voy á dar el más saludable de los consejos: si tienes madre, adórala y plegue al cielo que te viva muchos años; si no la tienes, recuérdala todos los días, y si no la conociste, evócala en todas tus tribulaciones.





www.libtool.com.cn

LOS CADETES DE MI TIEMPO



LIMINEMOS, lector, con el pensamiento, más de veinte años de lo pasado, cosa menos difícil, por cierto, que borrar sus huellas de nuestros cabellos y de nuestras mejillas; y en dos asientos de berlina de la diligencia cuyos corceles arrastradores rige la mano y aviva la tralla del mayoral que tiene por alias *El Chato*, entremos en la ciudad de Segovia un día cualquiera de los comprendidos entre el 5 de julio de 1851 y el 31 de diciembre de 1854, tiempo durante el cual fuí yo cadete.

Como quiera que holgarían en este libro los más interesantes relatos tradicionales, y soy yo además poco dado á estudios arqueológicos, sin detenernos en la plaza del *Azoguejo* á contemplar el llamado por el vulgo *Puente del Diablo*, el famoso acueducto, en tantas ocasiones descrito por eruditas plumas y tantas veces reproducido en grabados, lienzos y fotografías;

sin rebuscar los orígenes de las *marranas de piedra*, ni el de la *casa de los picos*; sin recorrer claustros de conventos, ni naves de iglesias; sin conocer los pintorescos motivos que engendraron el proverbio segoviano: «De los Huertos al Parral, Paraíso terrenal;» sin enterarnos de lo que anda en lenguas sobre la *calle de la Muerte y de la Vida*; sin saborear siquiera la leyenda de Ester, la bella judía que condenada por adúltera á ser precipitada desde lo alto de Peñas Grageras, cuentan que se mantuvo en el aire por milagro de la Virgen á quien invocó en la hora del suplicio y hoy se venera por los católicos en el santuario de la Fuencisla; sin parar mientes, en suma, sobre nada de cuanto descubran nuestras miradas vagando por la ciudad y por sus alrededores, midamos con nuestros pasos toda la calle Real, atravesemos la Plaza de la Constitución, que estará cuajada de gente, y de cacharros, si es jueves, por ser día de mercado, sigamos por la acera frente á la catedral, ó calle de los Leones, y bajemos por la Canonía Nueva, encontrando por todos esos lugares y en abundancia, soldados, cadetes, subtenientes alumnos, oficiales y jefes de artillería, que constituyen la más rica vena de la población, y si eres, lector, andaluz y pasa por tu lado una castellana burda, que puede llamarse la Jacoba y ser natural de Zamarramala, con su tez morena lustrosa y los carrillos color de amapola, su pelo negro en *bandós* pegados á la cara y atrás su castaña, hecha con una trenza de mu-

chos ramales, sus sayas de paños de colores á media pierna, luciendo unas medias azules porque es soltera, que si fuese casada las llevaría encarnadas, su zapato escotado, su jubón negro de manga ceñida, y sobre los hombros un pañuelo de colores rabiosos apuntado en el pecho, no te imagines que vas cruzando una calle del barrio de la Viña, y, dándole un pechugón, le digas: «vaya usted con Dios, mi alma,» porque rechazándote bruscamente su maciza mano, te responderá ceñuda, con un sonsonete más acentuado que el de la moza más caracterizada de Lavapiés:

—No me toque V., que no soy vigüela; vaya usted á tocar á la marrana de piedra.

Y si, ganoso de temprarla, le replicas que para marrana ella, que no tiene desperdicio, te dejará con la palabra en la boca, diciendo zafiamente al marcharse, recargando al pronunciar cada *e* la castellana canturia:

—Puede.

Al fin de la Canongía Nueva descubrimos, y es un sorprendente descubrimiento, el Alcázar, destinado, en el tiempo á que nos referimos, á colegio de caballeros cadetes de artillería.

Situado en la punta occidental de la oblonga muela donde se asienta la población, descueila aislado, esbelto, majestuoso, imponente, atrevido, frente á la ancha verja construída en 1817, que aparece al término de la Canongía cerrando la inmensa plaza, que un tiempo lo fué de armas y se une al Alcázar, salvando

el profundísimo foso, por un puente levadizo. Cierran los costados de esta plaza pretils de mampostería de altura escasa, alternando con barandillas de hierro, que sirven de espaldares á asientos de piedra, estando coronados los pretils, de trecho en trecho, por bolas de puente. Desde el costado Norte de la plaza, se domina el apacible valle del Eresma, y por el que mira al Sur, la estrecha y salvaje garganta por donde corre mugiendo el arroyo Clamores.

Entrando por la verja, se ve á la derecha, dentro de una empalizada, la batería de cañones, obuses y morteros destinada á la instrucción de los cadetes, y al mismo costado, una calle de árboles ofrece sombra para llegar desde la verja hasta el Alcázar: el costado izquierdo de la plaza está cerrado por el pretil en menos de la mitad de su extensión, ocupando el resto tres edificios, que son, respectivamente, el destinado á pabellones de jefes y oficiales, el gabinete de ciencias naturales y el picadero.

Luce el Alcázar en principal término, por el frente que tenemos á la vista, la soberbia torre de D. Juan II, que «cuadrilonga en su planta (1), presenta por sus lados más anchos que lo son más del doble que los otros, cuatro torreones,

(1) Lo que va entre comillas lo he tomado de la notabilísima obra *Recuerdos y bellezas de España*, fruto de varios distinguidos escritores, y en la cual la provincia de Segovia es trabajo de D. José Quadrado.

y por los más cortos dos, los cuales, arrancando casi á media altura sobre una repisa labrada con sartas de bolas y diversas molduras, interrumpen la majestuosa línea de matacanes y almenas blasonadas de que consta el cornisamento de la torre, y sobresalen con remate análogo esculpidos de escamas sus adarves. Los cuatro ángulos no guarnecidos por cubos diseñan limpiamente sus aristas. Encima de los cordones de perlas que marcan exteriormente los cuerpos de la torre, ábrense dos órdenes de ventanas cuadradas con reja, defendidas las superiores por salientes garitas angulares, ó polígonas, que, sin sus saeteras en forma de cruz, parecieran doseletes. El muro está enlucido de arriba abajo de lindos arabescos que han saltado en varios puntos, y parecidos, aunque no iguales, son los que visten la barbacana que rodea la base de la torre y que flanquean cubos coronados por agudos cónos de pizarra; de uno á otro extremo corre una galería, muy cambiada en su moderna forma de cuando la ocupaba la guardia morisca á quien fiaban á veces su custodia, en aquellos turbados tiempos, los Reyes mal seguros de sus vasallos, de donde se dice haber tomado el nombre de galería de moros. En cuanto á los tres pisos de la torre, macizamente abovedados, nunca debieron servir de estancia á regalados huéspedes, sino á infelices prisioneros.»

La *galería de moros*, cerrada por puertas con cristales de colores, sirve á los cadetes de clase

de dibujo, y su techo está empizarrado, como sus tres capiteles cónicos, y los cónicos coronamientos de los torreones de sus costados.

Debajo del centro de la galería está el almohadillado portal, que se une á la plaza, salvando el foso, por el antes citado puente levadizo.

Entramos á buen tiempo, lector, en la plaza del Alcázar; allí está la compañía de caballeros cadetes; es hora de recreo; ó, ajustándonos á la tecnología cadetil, es hora de plazuela: hay en ella unos 150 jóvenes, en su habitual traje de gorra de cuartel, levita con dos hileras de botones, sin caponas, cordones, ni machete; pantalón azul sin franja y botines de paño del mismo color sobre el calzado. Fácil es distinguir á los *novatos*, por lo desgarbado de los portes, lo flamante de los uniformes y las grandes dimensiones de las gorras, echadas hacia la coronilla, descubriendo así, en todo su esplendor, unas caras definidoras de las múltiples variedades del asombro, muy naturales en los que truecan, en transición violenta, las suaves mieles maternas, por los ásperos ejercicios de Belona.

Los cadetes antiguos tienen antipatía grande á las gorras altas, á las que llaman *parapetos*, gustándoles más las chatas con carteras en los costados para guardar en ellas fósforos de cartón, y, aun siendo chatas, las aplastan todavía por el centro de la línea superior: realmente los *parapetos* son poco airosos y no los usa ningún *veterano*. Entre los cadetes hay varios que llevan uno ó dos galones anchos y dorados en

las gorras y en las mangas de la levita, siguiendo éstos la línea del puño; son los brigadieres y subbrigadieres, que desempeñan en la compañía de caballeros cadetes las funciones de sargentos primeros y segundos, y, en general, se llaman *galonistas*.

Contrastando con los novatos, se observan otros cadetes ya talludos, de apostura marcial, gorras grasientas y caídas sobre la nariz, desabrochados los botones de las levitas y éstas muy rozadas por las costuras, los cuales revelan cierto aire de superioridad y aun de pelo en pecho; son los cadetes de cuarto año, los que al terminar éste serán promovidos á subtenientes alumnos, por lo que se llaman cadetes *de promoción*: sobre los que *están en promoción* no tienen, según tradicional costumbre, autoridad ninguna los brigadieres y subbrigadieres, que han de sufrir resignados los arrestos que por culpa de aquéllos les impongan; es una especie de censo á que entra sujeto el que recibe la investidura de *galonista*.

Reina en la plaza la más ruidosa actividad: se ejercitan unos tirando á la barra; éste ronda los pabellones de los jefes y oficiales por si cambiar puede una mirada con los ojos azules de la hija del capitán segundo, y, en su defecto, con los garzos de la fregatriz; aquél habla por señas, desde el puente levadizo, con un preso que asoma la cara que puede por entre los hierros de una de las ventanas de los calabozos del castillo, y se ríe hasta la última muela, contem-

plando un vaso lleno de conejo en salsa y una cajetilla de picadura de á seis cuartos que su amigo le enseña para consolarlo, asegurándole que se lo remitirá todo con el mozo de guardia, á quien ya tiene humanizado; algunos juegan á los bolos; emplean otros los reales que recibieron de sus apoderados en desocupar los canastos de los bolleros que se acercan al exterior de la verja; aquéllos arrojan cuartos á unos chicos italianos, que, al son de los violines, cantan unas coplas muy verdes; muchos pasean á lo largo de la calle de árboles ó por el centro de la plazuela, siendo de notar que siempre van juntos los mismos: todo cadete tiene su ó sus compañeros fijos para pasear por la plazuela, ó fuera del Colegio, paseos que suelen ser los cimientos de amistades de toda la vida.

Frente á la clase de ciencias naturales y al picadero, se juega al *marro*, y á esto suelen obligar los antiguos á los novatos, que, cuando el suelo está nevado especialmente, dan batacazos descomunales, por obra de su torpeza, ó por gracia de un empellón, librándolos algunas veces de desnucarse esa providencia que vela por los inocentes.

Muchos están sentados en los bancos de piedra que tienen por respaldo las barandillas de hierro de los costados de plazuela; fuman casi todos, menos los nuevos, descaradamente los de promoción, mientras no asoma por el puente el oficial de guardia, y con disimulo, para que no los vean los galonistas, los anti-

guos; se divierten muchos de promoción en hacer herejías á los novatos: éste organiza una orquesta con quince ó veinte de ellos, designándole á cada uno el ruido de un instrumento y enderezándole al que desafina un batutazo mayúsculo; aquél establece un taller para que aprendan á hacer cigarros con papel basto y arena.

En una época en que se habló de espiritismo en el Colegio, eran obligados los nuevos á ponerse todas las tardes formando cadena, los unos, de bola de puente á bola de puente, y los otros, con los dedos apoyados sobre éstas para trasportar, les decían, el Alcázar, con plazuela y todo, á la coronada villa, y así se pasaban las horas de recreo. Por no ser prolijo, no describo menudamente los pescozones sueltos que reciben cuando son enviados, v. gr., á llamar bárbaro á un antiguo de malas pulgas, ni las mil y mil variedades del calvario que recorren los cadetes durante el primer año de su estancia en el Colegio, tiempo inabreviable que dura la *novatada*, siendo el lugar de costumbre, por lo reservado, para inquisición de los nuevos, el hueco circular de unión del pretil del costado de la plazuela que domina el Eresma, con el pretil del foso, hueco que es y se llama el *rebellín*.

En medio de aquella gritería, se oye por rara casualidad un nombre propio: casi todos los cadetes tienen sus alias, sus motes, tales como el Chino, la Mona, el Gallo, el Volcán,

el Grillo, el Oso, etc., por los que son más conocidos que por sus apellidos, aconteciendo esto con algunos, aun muchos años después de la salida del colegio.

Pero el corneta de guardia está tocando á *salas*; los cadetes se van agrugando para formar á la entrada del puente, y nosotros, lector, vamos delante de ellos á examinar el Alcázar por dentro, que después tornaremos á encontrarlos.

Pasado el puente, la portería, un reducido patinillo que tiene una escalera de subida á la *galería de moros*, y por un callejón abovedado en cuya techumbre se ven unos listones con garfios donde se colgaron tiempos atrás lanzas y picas, entremos en el primer patio, cuadrilongo, rodeado de arcos en su planta baja y de pilares con arquitrabe corrido en el piso alto. Al frente de nuestra entrada se descubre la escalera principal ancha y de piedra, y á sus costados, al derecho, la enfermería y sus dependencias, en la que está la bajada á los calabozos de los sótanos, y al izquierdo, el callejón que conduce al segundo patio. En el frente por donde entramos y á la izquierda, hay un cuarto para los mozos de servicio, y sobre éste tres calabozos sucios y sombríos que se llaman *del cuerpo de guardia*, con ventanas al patio; en el costado izquierdo, y bajo los arcos, se halla la entrada al cuerpo de guardia de oficiales, y por el derecho, bajo los arcos también, se pasa por una puerta grande á un peque-

ño vestíbulo, en dos de cuyos ángulos hay sendos armeros cónicos con los fusiles y las fornituras de los cadetes, y del vestíbulo á los cinco salones que constituyen lo reservado del Alcázar, los restos de su pasada grandeza.

El primero y mayor de los cinco salones titulóse un tiempo *de la galera*, por su forma tal vez, y hoy se llama *recibimiento*, porque en él reciben los cadetes las visitas de sus familias. Nada notable se observa en su decorado: una fila de retratos al óleo de Generales de Artillería llena los cuatro frentes, y hay para sentarse sofás de caoba y rejilla; pero, alzando los ojos, se admira una techumbre de belleza incomparable, chispeante de oro y matizada de azul y púrpura, en la cual y en las notabilísimas también de los otros cuatro salones, apuraron su primor en el siglo XV los más excelentes maestros de alfargia. En el balcón del *recibimiento*, que domina el valle de Eresma, se nota sobre el pasamanos de la barandilla una pequeña cruz de hierro, en memoria de que desde allí el año de 1366 se le cayó de los brazos á la nodriza el Infante D. Pedro, hijo de don Enrique de Trastámara, arrojándose aquélla detrás y pereciendo como el niño.

A la derecha del *recibimiento* está la *sala del trono*, en la que sorprende la preciosa cúpula artesonada que le sirve de dosel ó pabellón—por lo que también se llama *del pabellón* esta sala—y que se demuestra en lo exterior cubierta de cónico capitel.

A la izquierda se entra, primero, en la *sala de las piñas*, así llamada por las que cuelgan de los ricos rosetones de su techo, sala en que se conservan multitud de instrumentos geodésicos y modelos de fortificación y de máquinas para la enseñanza de los cadetes; sigue *la de los Reyes*, nombre tomado de la serie de efigies reales que rodean el friso del salón: esta sala contiene la magnífica biblioteca del colegio; y se pasa, por último, á la *sala del cordón*, que así se denomina porque su techo suntuoso está circuido de un cordón, conmemorativo del arrepentimiento de D. Alonso *el Sabio* de un pecado de soberbia.

Cuentan que habitando el Alcázar el Rey de las Partidas, fué osado á decir un día *que, á consultarle el Creador, de otra suerte fabricara el universo*, por lo que le reconvino el franciscano Fr. Antonio de Segovia, y á las pocas noches se levantó gran tempestad, cayendo en aquella sala un rayo que quemó el tocador de la Reina: asustado el Rey, confesó su culpa, atribuyendo á ella la furia del cielo; la tempestad se calmó y, en recuerdo del suceso, se coronó con el cordón de San Francisco aquella sala, que se llama también *del tocador de la Reina*.

Volvamos, lector, al primer patio, notando, al salir por el vestíbulo donde están los armeros, que además de la puerta de entrada al *recibimiento*, hay otras dos, á la derecha la una y á la izquierda la otra, que conducen á una habitación la primera y á dos corridas la segunda;

y si nos asomamos á cualquiera de las tres, veremos en ella, al fondo y sobre un caballete un encerado; un cajón con pedazos de yeso y de bayeta amarilla á su pie; frente al encerado un sillón detrás de una mesa con recado de escribir, y filas de bancos en los costados de la sala, cuyo menaje indica que están destinadas á clases de los cadetes.

A juzgar por el vocerío que se oye, mezclado con el ruido característico de la vajilla y del cristal en movimiento, deben estar los cadetes en el comedor. Subamos la escalera de piedra, y al llegar al ancho corredor, dejando el rastro que cierra dos de sus frentes, donde están las salas quinta y sexta, sin ocuparnos del paso que hay á nuestra izquierda á la escalera que conduce á la clase de geografía y sala novena, ni de una puerta coronada por una pequeña reja, detrás de la cual quizá se descubra el rostro de un cadete preso en aquel calabozo, que se llama *de la quinta*, tomemos á la derecha, y á los pocos pasos encontraremos la entrada al antecomedor, del que se pasa al comedor, salón claro y espacioso, con balcones á uno y otro lado que miran respectivamente al gimnasio y al segundo patio, sobresaliendo en el testero, sobre la chimenea y en marco dorado, un gran lienzo al óleo que representa un capitán ayudante de Artillería señalando á un cadete aquel artículo de la Ordenanza que comienza: «Se hará entender á los caballeros cadetes que merecen poco aprecio, etc.,» artículo escrito en

una lápida que se apoya vertical en una cabria. Está el comedor rodeado de anchas mesas, y, sentados á ellas, los cadetes, notándose á la derecha de nuestra entrada, en el frente pie del salón, una sin mantel, que es la *mesa de arresto*.

Si es hora de almuerzo, entrarán los ayudas de cámara y mozos con platos colmados de sabrosas migas con pimentón, y con bandejas llenas de jícaras de chocolate, que los brigadieres y subbrigadieres, ó repartidores de semana de cada mesa, distribuyen con equidad notoria, sin atenerse al proverbio que atañe á esta faena: á la *mesa de arresto* no van chocolate ni migas, contentándose los comensales, cada uno con un estrecho panecillo, por más que alguno de ellos, *de promoción*, fija codicioso sus miradas en un plato que corre de mano en mano en una mesa de novatos, depositando cada cual en él una ó dos cucharadas de migas, tributo por el arrestado impuesto y que recogerá después condensado, prensado mejor dicho, en un vaso, ó quizá dos, que le serán entregados tan religiosamente como el trimestre de contribución á una banda carlista.

En otras mesas, que no son de nuevos, también echa cada uno en un plato su óbolo de cucharada de migas; pero la suma total se destina al que por turno le corresponde: en esas mesas se le da un beneficio, digámoslo así, todos los días, á uno de los socios, y buen cuidado tiene de advertir su derecho aquel á quien

le toca la cucharada. Muchos antiguos guardan migas en un vaso para sus amigos arrestados en la mesa sin mantel, ó en el calabozo, y otros, con destino á sus estómagos, extraen del panecillo el migajón, y el ánima que se forma, la cargan, atacando bien, con parte de las migas y del chocolate, cuyo relleno, que toma el nombre de *pavo*, no sabe mal después de las primeras clases, y aun tiene saludable virtud esa descentralización del almuerzo.

Algunos cadetes ciernen el plato de migas, y separan y desechan las que, secas y gruesas, van á la superficie por su poca densidad, y se llaman *paralelepípedos* por la figura en que está cortado el pan, y sólo se comen, con ó sin mezcla de chocolate, las menudas y jugosas que se quedan en el fondo.

De la comida no se sirve en la mesa de arresto más que la sopa y el cocido, y es de notar en todas, que á las vinagreras les cuadra bien este nombre, pues contienen sólo vinagre, llevando los aficionados, de contrabando, el aceite para rociar los garbanzos ó la ensalada, que, contraviniendo el axioma culinario, siempre tiene mucho *aceto* y está mal *oleata*. Raro es el *novato* que no tiene embargado el principio por alguno de *promoción*, y aun los postres, cuando, *rara avis*, son apetitosos, aconteciendo por el contrario en muchas ocasiones, y en algunas mesas demagógicas, que autorizan los galonistas á sus subordinados para que los *echen á culebra*, esto es, para que

tiren por alto, á veces con bandeja y todo, contenido y continente, las azucaradas pasas, los poblados higos y las tísicas nueces, y cada cual, á la rebatiña, coge lo que puede, suceso que levanta gran escándalo, que conjura el brigadier primero gritando con estentórea voz desde su asiento: «¡más silencio!» ó el oficial de guardia, que aparece en el crítico momento de volar los comestibles y manda al calabozo á los autores del atentado y al galonista de la mesa y al más antiguo de los brigadieres presentes en el comedor, por consentidores.

Cuando después de repartidas las migas, ó un principio digno de ser habido en cuenta, resulta sobrante, se sortea entre los individuos de la mesa haciendo girar un cuchillo sobre un plato boca abajo, á modo de palillo de barquillero, y la acerada punta designa al afortunado mortal que ha de engullirse la doble ración.

En la *mesa de arresto* no se conoce la merienda, y de la cena sólo reciben los que en aquella están la ensalada y el plato fuerte, pero no el postre: ese que llamamos plato fuerte, ordinariamente lo constituye un guisado de carne con patatas, que en general llaman los cadetes *cartilagos*, clasificando después á éstos *de gala*, ó *de diario*, con arreglo á la bondad de la carne y á la succulencia de la salsa; y aun se conoce una tercera especie de ellos, llamada *de gorrilla*, condensación de la piltrafería reunida por los pinches durante el setenario ó novenario anterior y de los desechos de las patatas, todo eso

velado en la espesura de una salsa colorada, que sólo á fuerza de vinagre puede traspasar los umbrales del exófago.

Recuerdo que tres de los manjares que gozaban entonces gran predicamento entre los cadetes, eran, como principio, las croquetas de arroz con leche; como cena, los huevos duros aliñados, y, en todas ocasiones, la tortilla; y se hacían estupendos tratos, v. gr., dos jícaras de chocolate por un huevo, y una ración de migas por otra de croquetas: la cotización de la tortilla estaba siempre á precios más altos; pero, en honor á la verdad dicho sea, la comida del Colegio era en aquel tiempo, si no succulenta, sana y abundante.

Bien podríamos, atravesando el comedor, llegar á las salas de la torre del Homenaje entrando por una puertecita que hay en el ángulo derecho del testero de aquél; pero sería fácil que al llegar á la mitad del salón, encendiera nuestras mejillas el carmín del rubor al notar la transición rapidísima del ruido más estrepitoso al silencio de los sepulcros; transición producida por los siseos prolongados de los iniciadores de la broma, que es de tanto efecto, que por temor á ella no entran en el comedor algunos oficiales cortos de genio para ejercer de cerca su vigilancia.

Probablemente bullirá por el antecomedor, ó por la inmediata cocina, el despabilado mayordomo, persona de movilidad suma y de tan afiligranado lenguaje, que andaba en len-

guas la respuesta que dió á un cadete que le preguntaba qué había de principio aquel día.

—Tienen VV. hoy —le contestó,—*ricas patitas longitudinales con lomo.*

Al volver á los corredores observemos, en el frente del patio que no tiene arcos abajo ni pilares con arquitrabe arriba, y para complemento de los tres frentes de aquéllos, otro corredor volado, estrecho y con barandilla de hierro, en el que hay una puerta de entrada á los dos pisos, donde están las salas 7.^a y 8.^a, y en su extremo la que conduce al cuarto del conserje y al angosto pasillo por donde se va también á la clase de dibujo, ó *galería de moros.*

Bajando la escalera principal y torciendo á la izquierda, nos encontraremos en el callejón de entrada al segundo patio, llamado del reloj, cuyo frente cierra la torre del Homenaje, «que es, dice Quadrado, grandiosa, y lo parecería más, si en anchura y elevación no la superase, al extremo opuesto, la torre de D. Juan II. Situada, sin embargo, en la mayor estrechura que forma hacia el Oeste el peñón, en la confluencia de los dos valles, flanqueada por cuatro cubos angulares y por otro que resalta en semicírculo de un lienzo occidental, dominada por un torreón que se levanta del medio y por otro aún más alto que á su espalda sobresale, ofrece un grupo de siete torres, al que imprimen cierto orientalismo las agujas de pizarra. Lástima que en vez de los tapiados ajimeces que á los lados del cubo central todavía se denotan, taladren sus

venerables muros balcones correspondientes á su renovado interior.»

Una espaciosa escalera, construida por Mora, pone en comunicaci3n los cuatro pisos interiores de la torre, pisos que son hoy, contando de abajo arriba, las salas 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a.

En las fachadas laterales del segundo patio hay, en la derecha, una fuente, y m3s all3, cerca del 3ngulo que forma la fachada con la torre del Homenaje, la entrada 3 la capilla, que, con sus tres b3vedas de crucer3a y su espaciosa tribuna con baranda de madera, no ofrece nada notable. En el frente de la torre y contigua 3 la capilla, est3 la entrada 3 la que un tiempo debió ser y hoy se llama tahona, por la que se baja al magnífico gimnasio y al estrecho istmo, donde hay un polvor3n y que une el Alc3zar con el resto de la ciudad, enlazado con el recinto de sus murallas.

Aquí podemos concluir la parte descriptiva del Alc3zar, diciendo, con Quadrado, «que parece formar la aguda proa que hiende las corrientes de los dos r3os que, con copia desigual, baten los flancos de la poblaci3n y que 3 su pie confluyen bulliciosos, y que 3 los costados del edificio, as3 por el que mira al Clamores, como por el del Norte que domina las riberas del Eresma, donde se alzan la Fuencisla, el Carmen y los Templarios, advi3rtense vetustos ajimeces, informes arcos y modernos balcones, algunos sobre robustos matacanes, peana en otro tiempo de miradores m3s gentiles.»

Entremos en cualquiera de las nueve salas cuya situación hemos apuntado, y la veremos rodeada de buenas camas de acero, alternando con papeleras, que así se llaman entre los cadetes, de dos cuerpos; el de arriba con puertas de cristales y dos cajones pequeños y contiguos en su parte inferior, y el cuerpo bajo con dos cajones para ropa, y un tercero más estrecho, para objetos de limpieza.

La cama y la papelera, con un banquillo de madera, almohadillado y con forro de baqueta oscura el asiento, constituyen el menaje de cada cadete, reinando en todos, en el color de las dobles colchas inclusive, la más perfecta uniformidad.

Hay en el fondo de cada sala una mesa larga, y sobre ella están las palmatorias y una bandeja con vasos y botellas, y al pie de la mesa dos cajones, conteniendo el uno velas de sebo y el otro el betún y cepillos para el calzado. Un farol ó dos, según la extensión de la sala, penden de su techo.

Los galonistas se sitúan en los ángulos, y cada sala está unida á otra habitación, que se llama cuarto de aseo, donde están los cántaros, barreños, aljofainas y demás enseres destinados al aseo de los cadetes.

Es la hora de estudio de la noche. Los cadetes están en sus respectivas salas, sentados en los banquillos, delante de las papeleras, y, sobre las tablas de éstas, tiene cada uno su palmatoria con la vela de sebo encendida, el cua-

derno de cálculos y los libros; en las salas de nuevos y en las de antiguos reina profundo silencio; pero en todas se fuma, pues el galonista más bueno, ó más malo, según se le mire desde el oficial ó desde el cadete, lo consiente. En las salas *de promoción*, algunos estudian; pero los que quieren echar el estudio á *culebra*—culebra, en el diccionario cadetil, es sinónimo de desorden—así lo hacen, y se levantan de sus sitios, y charlan, y se echan sobre las camas, y van de unas salas á otras, todo esto no ya sólo bajo su responsabilidad, sino también bajo la del galonista que por obligación ha de consentirlo. Sin embargo, aun en las salas más ordenadas, no es difícil descubrir alguno que sobre el cuaderno de cálculos y con el oído atento al pestillo de la puerta, para doblar la hoja cuando entre el oficial de guardia, tiene un papel donde escribe versos, ó cosa así, ó una entrega de novela que lee, ó papel y tabaco, con los que hace cigarros.

Pero cuando presenta una sala su faz más característica, es en esas tardes de invierno, preñadas de nubes, en que azota y salpica de menuda nieve y amorata el rostro el cierzo de Guadarrama, en las cuales, y por esa razón atmosférica, no hay paseo, aunque sean tardes de días festivos. Los cadetes salen de merendar del comedor llevando toda ó parte de su ración de pan en las manos, ó en los bolsillos, y no bien el galonista, cerca de la puerta de la sala, da la voz «derecha é izquierda,» se lanzan en

tropel á coger buen puesto en derredor del brasero, y los de primera fila, atravesando el pan con un hierro, lo tuestan, y después, ora de las candilejas de los faroles de la sala y del cuarto de aseo, bien, cuando el de éstas se consume, de la del siempre empañado farol del número 100, rocían de aceite las tostadas, y se las comen, y les saben á poco, pues como el placer en este mundo es más subjetivo que objetivo, tanto monta para el gastrónomo de cordones un panecillo con aceite de la candileja del número 100, como para el banquero más fastuoso el faisán con trufas mejor condimentado, que saborea, sobre finísimos manteles, en su espléndido comedor.

Un grupo de cadetes desdeña sin embargo el brasero y se dispone á regalarse con el mejor de los *matutes* posibles. Se llama entre los cadetes *matute* á toda vianda no procedente de la cocina del colegio.

Aquí son de rigor algunas observaciones previas.

Los domingos está permitido á los cadetes hacer, como entre ellos se dice, *listas de refresco*, en las que pueden incluir todo linaje de manjares y bebidas de café y repostería, pero con exclusión absoluta de vinos, licores y comestibles de cocina, listas que los brigadieres y subbrigadieres llevan al oficial de guardia, que suprime en ellas lo que le parece gula, ó contrabando, ó bien, sin reparo, pone al pie de ellas su *visto bueno*, y enviadas al café de Gán-

dara, traen los mozos del mismo, por la tarde, el pedido total, que colocan en el comedor, separadamente lo que corresponde á cada lista, cobrando sobre el terreno el importe de cada cosa.

Cuando el pedido es tan monstruoso que salta á la vista la negativa del oficial de guardia á concederlo íntegro, acceden algunos cadetes, que por falta de dinero no pueden ser incluidos de verdad en ninguna lista, á que se pongan sus nombres en la del pedido enorme, concesión por la cual suelen obtener siempre de los compañeros que pagan y comen, algún *avo* de sus manjares, como esos alquileres de las murgas que no tienen más cometido en ellas que aumentar el número de la orquesta y hacer que soplan.

La lista de los cadetes que van á celebrar el *matute* la tarde que nosotros, lector, los visitamos, dice así:

Colegio de Artillería.—3.^a brigada.—Sala 5.^a

Los Sres. Fulano, Zutano, Mengano, etc., y el que suscribe, solicitan permiso del señor oficial de guardia para tomar lo siguiente:

- Diez docenas de bizcochos borrachos.
- Id. libras de yemas acarameladas.
- Id. tortas grandes de bizcocho.
- Id. panes grandes con manteca.
- Id. vasos grandes de chocolate.

Diez vasos grandes de leche merengada.

Id. platos grandes de huevos hilados.

Segovia, tantos.

PERENGANO.

Pero no cuentan sólo con este *refresco* los *matuteros*, sino, además, con el botín de un *asalto* dado por ellos en la mañana de aquel mismo día en una sala de nuevos durante las horas de plazuela: entre los cadetes es cosa de buen ver, y todos están autorizados para hacerlo, quitar á los demás de la papelera, ó de la cama, los comestibles que en ellas guarden; y esta incautación, que ha de realizarse á espaldas del propietario, toma el nombre de *asalto*: en el dado por los *matuteros* aquella mañana figuraban embuchados, jamón en dulce y otras menudencias, que los papás previsores llevaron á sus chicos al recibimiento la tarde anterior, para hacerles más tolerables los ayunos inherentes al noviciado.

Tienen además dos ó tres botas de vino *de la tierra* (no de la de María Santísima, sino de la segoviana) que les han llevado los cadetes externos, y huevos y pan abundantes, para freír los primeros y hacer migas con el segundo, á cuyo fin es preciso aprovechar el tiempo medianero entre la hora de merienda y la del *refresco*, y al efecto, y previo permiso de los gacilonistas de la sala, convierten los *matuteros* en cocina el cuarto de aseo, encienden una hoguera,

sobre ella cuelgan un barreño bien fregado, y los peritos en el arte comienzan la confección de las migas, mientras otros de menor cuantía echan en dos aljofainas, en la una yemas, y en la otra claras de huevos, que baten después, polvoreando con azúcar el líquido cada vez más espeso, para obtener huevos moles y un merengue que sólo á los cadetes he oído llamar *puntetas*.

Suena por fin la hora de refresco: los incluidos en las listas van al comedor, y vuelven cargados con las provisiones; se procede al frito de los huevos, y en la mesa grande del dormitorio comienza el banquete, al que son invitados todos los individuos de la sala, y en el que reina, como decirse suele, la más cordial y franca alegría, no turbada por la aparición del oficial de guardia, y sin que sean olvidados en los brindis los primores culminantes de ninguna belleza segoviana, concluyendo la condensación de las nubes alcohólicas por desatar una espantosa *culebra*, con roturas de vidrios y pedernales, cuyo estrépito saludan todos en coro, diciendo, con música del toque de diana, si era, v. gr., un cristal el hecho pedazos:

*Cargue el conserje á cuenta del que firma
un cristal, un cristal,*

que es la fórmula general de los pedidos al conserje.

La misma canción referente, no ya sólo á cristales de papeleras, sino á vasos, platos, etc.,

se repitió más de cincuenta veces aquella tarde.

Se consagró un recuerdo al preso en el calabozo contiguo á la sala, y para hacerlo partícipe del *matute*, y siendo para ello indispensable abrir el rastrillo de la puerta que conduce al corredor, se arbitró el medio de llamar al mozo de guardia, pretextando tener un galonista que bajar á pedir permiso al oficial de guardia para que un cadete fuese á la enfermería, á fin de que el practicante le diera algún remedio para un dolor agudo de muelas. Así se hizo, y no bien el mozo abrió el rastrillo, tres ó cuatro cadetes, pertrechados y dispuestos al efecto, arrojaron por entre los hierros de la ventana del calabozo algunas provisiones, con las que el triste prisionero se consoló un tanto del dolor que le causaba escuchar, entre sombras y en ayunas, el ruido de la bacanal.

Se presentó un proyecto de ley, que fué aprobado por aclamación, organizando una á modo de partida de la porra que le moliera los huesos á palos á un ayuda de cámara, que tenía la mala costumbre de ser espía de los oficiales y darles parte de las diabluras de los cadetes.

Se sirvió el café por secciones, pues sólo había dos máquinas del sistema de M. Lebrún para su confección, y luego el plus café de las botellas que daba el conserje á los cadetes, con aguardiente y polvos de asta de ciervo, para la limpieza de botones, carrilleras de los shacós y demás dorados, disolviendo la reunión el tambor de guardia con el toque de cena.

A consecuencia de este *matute*, que se realizó en la sala quinta allá por el otoño de 1854, fueron, un cadete, á la enfermería, con una indigestión que lo tuvo al borde de la sepultura; tres ó cuatro al calabozo, por haberse presentado aquella noche en el comedor con una verbosidad y una movilidad desusadas, y, durante dos ó tres meses, ninguno de los individuos de aquella sala cobró un solo maravedí del duro mensual que, á modo de *sobras* á los soldados en los cuarteles, da el conserje á cada cadete, descontándole los cargos que tenga, de roturas, ó adquisición de objetos de limpieza, ó escritorio.

No es posible, so pena, lector, de abusar de tu paciencia, seguir describiendo menudamente la vida del Colegio, las excursiones por las buhardillas, en cuyo suelo había trampas perfectamente disimuladas, que daban paso á algunas salas ó á algunos calabozos, ni las escapatorias del Colegio, quitando un hierro del cuarto de aseo de la sala segunda de la torre del Homenaje, y descolgándose desde allí los prófugos, por manteles arrollados y anudados unos á otros, á la tahona primero y al gimnasio después, por donde ganaban el istmo que une el Alcázar á la ciudad, esperándolos á la salida del gimnasio los cadetes externos y los subtenientes alumnos, que les habían preparado en el Parador una cena opípara, con asistencia de mozas juncales.

También omito hablar de las clases y de la

tecnología cadetíl en lo que á ellas se refiere, llamándose *bajar de clase*, *piporrear*, *trompear*, ó *tocar el figle*, á perder el semestre; *subir de clase*, á ganarlo; *confesarse*, á confesar paladinamente que no se sabe nada de aquello que el catedrático, ó examinador, pregunta; *tragón*, al que estudia mucho, y *colillas* á los que van los últimos en cada clase.

Ahora recuerdo que á los cadetes bajos de cuerpo se les llamaba *loros*.

Sólo referiré un episodio referente á clases. Un profesor de mecánica aplicada, teniente coronel, ó coronel entonces, que murió años ha y que por cierto era discretísimo poeta, los días que estaba de mal humor no ayudaba nunca á salir del mal paso á los cadetes que no sabían la conferencia, y solía ocurrir el siguiente diálogo:

EL CADETE (*junto al encerado, con el yeso en una mano y la bayeta en la otra*).—Vamos á tratar de la rueda de Poncelet.

EL PROFESOR (*con las manos cruzadas sobre la mesa, pasando uno sobre otro con rapidez los dedos pulgares*).—Tratemos.

EL CADETE (*mirando al profesor con ojos espantados, deshaciendo yeso con la diestra y manoseando la bayeta con la zurda*).—Vamos á tratar...

EL PROFESOR.—He dicho que tratemos. O trata V., ó se sienta.

EL CADETE (*después de una pausa*).—Pues para tratar...

EL PROFESOR.—Siéntese V. Señor jefe de clase, trate V. de que ese caballero cadete esté en el calabozo ocho días por falta de aplicación.

El reputado médico á cuyo cargo estaba la curación de las dolencias de los cadetes era un catalán cojo y de malas pulgas, que seguía un procedimiento peregrino para librarse de los maulas.

Presentábase uno de éstos á la hora de la visita.

—¿Qué le sucede á V., que tiene la cara tan triste?—le preguntaba el doctor.

—¡Ay! señor de M...—respondía el cadete, —estoy mal, muy mal. Me duele la cabeza, el pecho y los riñones, y además me zumban los oídos.

El doctor lo examinaba y decía:

—Efectivamente le debe á V. doler y zumbar todo eso; pero vamos, que ya mañana estará usted bueno.

Y añadía, dirigiéndose al practicante:

—Don Claudio, flores cordiales.

A los que estaban apuntados en la célebre lista de las flores cordiales, á la hora de la cena, en vez de ir al comedor, se les obligaba á meterse en la cama, y, poco después, un practicante, seguido de un mozo que llevaba un caldero de flores cordiales hirviendo, iba recorriendo las salas y administrando á cada *enfermo* una enorme taza de aquel líquido, haciéndoles así sudar el pecado de haber querido pasarse

unos días de huelga y á ración en la enfermería.

Consagraré algunas palabras á los calabozos.

En mi tiempo había muchos: los tres *del cuerpo de guardia*; el *de la quinta*; diez nuevos en un pasillo de los sótanos semejante á los corredores de las casas de baños, con rejas grandes al Clamores; el grande y el chico *de las boardillas*; los dos del Castillo; el de la *enfermería*, y los dos contiguos á la tribuna de la capilla, llamados, el uno, de la *tribuna baja*, y el otro, de la *tribuna alta*.

El mobiliario de cada calabozo lo componen: un tablado fijo ó movable, un palanganero, una aljofaina, una mesa, un banquillo, un cántaro, una botella, un vaso y un número 100 portátil, con su tapadera prismática rectangular, en cuyas tablas hay escritos amenos trozos de literatura.

El peor de los calabozos es el de la tribuna alta, no teniendo más genealogía el adjetivo, que la de ser muy alto de techo y tener junto á éste la ventana: para asomarse á ella el preso necesita colocar todos los utensilios unos sobre otros; sobre la mesa el banquillo, sobre el banquillo el palanganero, sobre el palanganero la tapa del número 100, y sobre la tapa el propio D. Pedro, boca abajo, como coronamiento de la torre.

Los arrestados en los calabozos charlan á gritos con las lavanderas que están en las orillas del Eresma, con los presos vecinos y con

el primero que pasa, y distraen sus ocios, entre otras cosas, llenando las paredes de inscripciones, versos, viñetas, etc.

La inscripción más general es la siguiente:

Aquí estuvo F. de T. x+x+x+x+x+x+x+x=8 días.

Entre los versos publicables, anotaré los siguientes, de uno que sin duda estuvo á la sombra por fumar:

Encerrado aquí me tienen,
¡Oh, cielos! ¡Quién lo creería!
¡Porque imitar quise al tiempo!
¡Por hacer humo y ceniza!

En la tribuna baja se lee ésta á modo de rondilla:

Tan sólo por romper un espeque (1)
Aquí me metió M... sin tibieza.
¡Ojalá, grandísimo pillo,
Te lo hubiera roto en la cabeza!

En uno de los de la torre de D. Juan II, donde cuentan que estuvo encerrado el inmortal Quevedo, hay esta otra:

Para adquirir un buen mozo
Reputación de tronera,
Frecuentará, aunque no quiera,
A menudo el calabozo.

(1) Palanca para mover los montajes de artillería.

Por último, en el de la enfermería figura este fin de octava real:

www.libtool.com.cn

Haces mal en tenerme aquí, á mi ver,
Que así pensaré más en tu mujer.

El Colegio es un pequeño mundo. El delito mayor entre los cadetes, el crimen imperdonable á novatos, antiguos ó promocionistas, es el de *dar parte*: el delator, el *partista*, tiene que marcharse irremisiblemente del Colegio; ninguno lo trata y lo maltratan todos: los desafíos son siempre á cachetes, y siempre estacada de combate el cuarto de aseo: hay cien linajes de cuestiones, v. gr., entre otras, si han de valer ó no las recomendaciones que, á fin de no sufrir malos tratos, llevan los novatos para tal cual individuo de promoción, cuestiones que dan lugar á la formación de partidos, casi tan enconados como los partidos políticos: por una intriga, de que no quiero acordarme, hubo en el Alcázar, el año 1853, dos sangrientas colisiones, en el comedor la una y en los patios, á la salida de las clases, la otra, entre los cadetes del tercero y cuarto año, que ocasionaron la expulsión del Colegio de tres individuos de mi promoción, muy aventajados por cierto, de los que ha figurado uno después como Gobernador civil de varias provincias: había poetas, novelistas, periódicos, entre los que hago memoria de dos ilustrados: *El Ole* y *El Fotogénico*; juntas ó partidas del trueno; teatros en las salas 5.^a y 8.^a, y otras mil y mil cosas que quien, por

haber comido *cartilagos*, las echare de menos, con su prudencia entenderá cómo vale más no meneallo. www.libtool.com.cn

En mi tiempo había en el Colegio, así entre los cadetes internos como entre los externos, algunos escritores que después han brillado en la literatura patria.

Sobresalía entre todos un cadete interno, que ascendió á subteniente alumno creo que al espirar el año de 1851, y recuerdo, entre otras poesías suyas, las semblanzas que hizo del General subinspector, del brigadier jefe de escuela y capitán primero de la compañía de cadetes, del coronel profesor primero y de otros jefes y oficiales. Titulaba la composición *Revista de comisario*, y á continuación copio varias estrofas, suprimiendo el nombre propio que figuraba al pie de cada una, por más que no podrían nunca lastimar sus respetables nombres los desahogos de un cadete. Decían así:

REVISTA DE COMISARIO.

Un General narigudo
Que tiene chocha la nuca,
Que gasta tintes, peluca,
Y por nariz un embudo,
Que gruñe, regaña y chilla,

M.....

Prosiga, pues, mi chirumen;
Un vejarrón calavera
Que las echa de tronera,
Y para hallar su volumen
No hay en Europa compases,

G.....

Un hombre ¡dichoso él!
 Un hombre, pues, que de fijo
 Es más que un hombre un botijo,
 Más que un botijo un tonel,
 Con sus bigotes severos,

S.....

Un jefe que es un aborto,
 Que en revista grufe amargo,
 «¡Que tienen *er* pelo largo!»
 «¡Que no lo tienen muy corto!»
 Peor que la serpiente boa,

F.....

Escribió otra composición, en la que también pasaba revista á las pollas que asistían por las tardes del mes de mayo á la fiesta religiosa *Flores de María*, título de los versos; y, al hablar de una beldad que estuvo en amorosa inteligencia con un capitán, profesor de topografía, que á la sazón levantaba con los cadetes el plano de Segovia, y aludiendo de paso á la caída que dió dicho capitán desde una ventana al suelo, á cuya ventana se subió, sin duda, para besar la mano de nieve de su ídolo, decía lo siguiente:

Fija la vista en la piedra
 De la alta bóveda ojiva,
 Solloza, que está cautiva
 De las gafas de S...

Recuerda con alegría
 Cuando, en científico corro,
 Su amante un ojo en el Porro (1)
 Y el otro en ella ponía.

(1) Instrumento geodésico.

Piensa cuando palpitaban
 Unidos sus corazones,
 E iguales *acotaciones*
 Ambos á dos disfrutaban.
 Y cuando tuvo ¡por Dios
 En noche triste y fatal!
 Que hacer uso del *e igual*
 A un medio de *ge te dos*.

. La fórmula $e = \frac{1}{2} g t^2$ es la del espacio que recorre un cuerpo que desciende á la tierra, en virtud de la fuerza de gravedad.

También era autor de una deliciosa zarzuelita cadetil, que se puso en escena en el Colegio, titulada *El tenedor del Gordo*, parodia de *El puñal del Godo*, y de otros escritos.

Comprenderán los lectores que quien á los diez y seis ó diez y siete años escribía con tanta soltura y gracia, era el embrión de un poeta de la talla de Bretón de los Herreros. Y, sin embargo, jefe hoy de artillería el entonces cadete, ha abandonado casi por completo, según mis noticias, el campo literario, en el que hubiera cosechado, sin duda, gentiles flores.

Ni aun el secular acueducto se escapó en Segovia de las burlas de los cadetes: uno de éstos, gallego, pero digno por su gracia de ser andaluz, y que ya dejó de existir en este mundo, le dedicó una composición, en la que, aludiendo á los cantores del famoso puente, figuraba la estrofa que sigue:

Y pueden, además, según calculo
 Siempre que echen de sus ojos cuenta,

Agregar si les place el de mi...
Y uno más en la suma se presenta.

www.libtool.com.cn

Todo esto pasó para no reproducirse más. Muchos de los actores de aquellas escenas, llenas de juventud y movimiento, dejaron ya las miserias de este mundo; el teatro donde se realizaban es hoy un montón de ahumadas ruinas, y los que sobrevivimos somos, con el trascurso de cerca de treinta años, sepulcros de nuestras almas de entonces, cuyas alegrías, cuando en la actualidad las evocan nuestras memorias, sólo renacen breves instantes en el brillo de una mirada ó en las ondulaciones de una sonrisa.

He aquí cómo describe Quadrado la catástrofe ocurrida en el Alcázar colegio el 6 de marzo de 1862, catástrofe que algunos creen originada por el fuego de una chimenea de la sala de juntas, que lo era en aquella fecha la del *tocador de la Reina*, donde cayó el rayo en los tiempos de Alonso el Sabio:

«Aciago día aquel en que, eclipsando con densa humareda la luz del medio día y ondulando al viento cual bandera de esterminio, aparecieron por cima de los techos las siniestras llamas, lanzadas desde el ángulo occidental sobre el resto del edificio por ráfagas impetuosas. Inútiles fueron los esfuerzos para cortarlas; toda la noche y el siguiente día ardieron, y sólo al tercero pudo contemplarse la extensión de sus estragos.»





www.libtool.com.cn

FULANA



IRA esa joven pálida;
¡Con qué gentil donaire
luciendo va el pie breve
y columpiando el talle!
¡Qué traidora sonrisa!
¡Qué garganta incitante!
¡Qué ojos negros, tocando
llamada de galanes!
¡Se para, y algo pidel...
Vacila... ¡Ay, Dios, se cael...
Los guardias la socorren...
—Niña, ¿qué tienes?
—¡Hambrel



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

PALITOS CONTRA EL MAREO

L *pimpi* de Cádiz es una variedad del *timador* clásico, que es el de Madrid, al que aventaja en gracia, pero le va en zaga en maldad. El *pimpi* ejerce su industria entre los soldados que van y vienen de la isla de Cuba en los vapores-correos, para lo cual tiene hecho un estudio psicológico, confirmado por la experiencia, de los sueños que durante la travesía bullen en los cerebros de los infelices que tornan á la madre patria, después de haber defendido su integridad en la manigua, con el fin de facilitarles, á buen precio, los elementos precisos para realizarlos: ropa de paisano, tiendas de montañés, mozas del partido, medallas y escapularios de la Virgen del Carmen, patrona de los navegantes, y hasta curas que canten las misas prometidas entre las arcadas del mareo y

los tumbos del vapor, verdadera cáscara de nuez en medio de las revueltas montañas de agua y espuma del golfo de las Yeguas.

A las pocas horas de fondear un vapor en la bahía, son de oír, á la entrada de la calle Nueva, en las avenidas del Gobierno militar y en la explanada que se extiende desde el castillo de Santa Catalina hasta el Campo de los Cañones, los diálogos que, quinta esencia de la chalanería, sostienen los *pimpis* con los licenciados, en medio de una turba de curiosos, distinguiéndose aquéllos por su pantalón ajustado, luciendo en toda su plenitud una bota con dibujos en la caña de diversos colores, su chaqueta corta y su sombrero hongo, por más que algunos visten la modesta camiseta azul y la gorra, en cambio de unos pocos que se permiten el lujo de la americana y de la corbata de colores llamativos, siendo los segundos los que van cargados con las prendas de vestir y los objetos más ó menos piadosos.

En el rostro del indiano de tropa, que sombrea el característico jipijapa, están impresas las huellas del sol tropical, del vómito negro y de las fatigas de la campaña, y además de la blusa y el pantalón de lienzo con rayas azules, son adherentes precisos del personaje, el canuto de la licencia, la cadena y el reloj de plata, las tumbagas en los dedos y algunas onzas de oro en los bolsillos.

Pero no es ahora mi propósito hablar de los indianos que vienen, sino de los que van, limi-

tándome á referir cómo les sacan los cuartos los *pimpis* los días del embarque, del modo que se indica en el epígrafe de este artículo.



Junto á la Puerta de Mar están siempre los boteros esperando flete: el botero es un tipo socarrón, cuyo carácter puede bosquejarse con un solo rasgo: marinero viejo, con sus campañas concluídas, conoce perfectamente las insignias de los oficiales de la armada, y, sin embargo, cuando pasa junto á él un guardia-marina, que va camino del muelle, le pregunta con la gorra en la mano:

—¿Es cosa *der bote*, mi *comendant*?

Si dos boteros se disputan un señorito, que no sabe por cuál decidirse, pone fin á la discusión el más osado, diciendo á su adversario:

—Si se lo *ije* yo primero, hombre, ¿te *quies di* ya? ¿Vas á quitarle el pan á un padre é familia? *Mardito* sea un... *Andusté*, señorito, que se *vasté á embarcá en er busi* más valiente de la *badía*.

Cuando el día de la salida del correo sopla un levante duro y hay mucha resaca, se embarcan los *pimpis* con los *mil rayas*, como, aludiendo á las azules del traje, llaman á los soldados del banderín de Ultramar para desbaliarlos, de acuerdo con los boteros.

Al principio todo es regocijo en el bote y

decir chilindrinas al patrón, que sentado gravemente en la popa, con la caña del timón bajo el brazo y la colilla en la boca, guiña de cuando en cuando á los *pimpis*, como diciéndoles: «Ya veréis á estos valientes dentro de un rato.»

Efectivamente, al poco tiempo, después que la proa del bote ha subido varias veces á las nubes y descendido otras tantas al abismo, principian á demudarse y á ponerse amarillas y á sudar gotas de hielo las caras de los soldados, y entonces, cuando se les va la cabeza y sienten las fatigas de la muerte, determinando el frío de un roción y el paladeo del agua salada el momento en que van á echar por la boca hasta la sal del bautismo, y llegan gateando á agarrarse á la banda de barlovento, por ser la que va más alta, y comienzan las ansias ruidosas y las imprecaciones y el devolverles el viento á la cara lo que les sale del estómago, cayendo por fin como atunes sobre la cubierta, entonces es cuando los *pimpis* sacan á relucir unos palitos que han cortado días antes de los árboles del paseo del Peregil, de un dedo de largo por medio de grueso los mayores, liados en hacecillos de á seis, los unos en papel azul y los otros en papel encarnado, y empiezan á pregonar, puestos de pie y llevando con el cuerpo el compás de los balances del bote:

—¡Palitos contra el mareol! ¡A duro el paquete grande, á diez reales el chico! ¡Palitos contra el mareol!

—¡*Mercarlos*, hombre!—dice el patrón—que

ya se conoce que ninguno de vosotros ha *doblao* el Cabo de Hornos, y antes de que veáis el castillo del Morro se os va a caer el *gañote* á *peasos* de tanto *jaser* fuerza.

—¡Pues otra, tú, Dios! Bien podáis haberlo dicho antes—exclama un aragonés, al cual le vuelven las fatigas.

—Es que esto no tiene virtud sino después de haberse mareado una vez—contesta un *pimpis*.—¡Palitos contra el mareo!

—¿Y de dónde viene eso?—pregunta otro soldado.

—De la costa *der* moro. En cuanto eche á andar el vapor, te pones un palito en la boca, chupas, y como si *tar* cosa. ¡Palitos contra el mareo!

Resumen: en octubre de 1872 se embarcaron para Cuba en uno de los vapores de López seiscientos hombres, y sacaron los *pimpis* más de 500 duros de la venta de los palitos contra el mareo.

Por fin atracan los botes al costado del vapor, que, fondeado en la Canal, luce su gran penacho de humo negro; suben por las escalas aquellos pobres soldados, cuya mayor parte no tornará á ver el cielo de Andalucía; dejan los morrales y las mantas sobre las tarimas en que han de dormir en el entrepuente; vuelven á cubierta, y mientras ellos, al sonar el cañonazo de leva, agitando los pañuelos unos, rasgueando las guitarras otros, dando gritos éstos y derramando lágrimas aquéllos, se despiden de la ciu-

dad y de los botes que se alejan, viendo en el blanco y esbelto caserío de la primera y en las gentes que tripulan éstos, y hasta en las ondas verdosas del mar alterado, la última querida representación de aquellos viejos y de aquella ventana con su enredadera, y de aquella vaca y de aquel pegujal, se refieren los *pimpis* los últimos tratos que han hecho con los *mil rayas*, vendiendo á éste una gorra de cuartel, pues la suya se la tiró al agua un marinero con la escota, al cambiar la amura; á aquél, unas gafas con cristales de color, también como remedio para el mareo, que se quita mirando con ellas al agua y á lo lejos; al otro unos tarros de ginebra llenos hasta más de la mitad de yeso, y por último, se ríen á carcajadas (sin que haya un juez que los embarque para Melilla), imaginándose las maldiciones que les echarán frente á Rota, cuando con los carrillos rendidos de tanto chupar los palitos, sientan que les acometen de nuevo las ansias mortales y echan los hígados por la boca.





www.libtool.com.cn

DIOS APRIETA...

POCO después de amanecer ha salido á la calle el señorito.

La criada, con el mantón puesto, está sentada en la cocina, y, apoyando uno de los codos en la mesa y la mejilla en la mano, dormita, teniendo á sus pies la cesta de la compra.

Van á dar las ocho y no está encendida ninguna hornilla; no se observan ni síntomas de chocolate. Las puertas de la carbonera hecha en la fábrica del hogar están abiertas, y dentro se distinguen unas tenazas, un cogedor y una espuerta; todo lo correspondiente á aquel lugar oscuro, menos el carbón.

El gato alza las manos al borde del canasto y alternativamente maulla, clavando las luciérnagas de sus ojos en la criada, y olisca el portañonedas y el llavín que tiene aquélla en la mano zurda.

Dejemos la cocina y sigamos de puntillas

por el pasillo hasta llegar á la puerta de escape que está entreabierta y da paso á la alcoba: en ésta no hay más claridad que la tenue que penetra por las rendijas de las hojas de madera, ni se perciben más ruidos que unos sollozos ahogados primero, y momentos después el siguiente diálogo entre la voz atiplada de un niño y la triste y armoniosa de una mujer:

—Mamaíta.

—¿Qué?

—¿Por qué lloras?

—No lloro, hijo mío.

—¿Por qué no te levantas?

—Es temprano; duerme otro poquito, nene.

—Yo quería ya el chocolate; anda, traémelo, mamaíta.

—Cuando venga papá.

—¿A dónde ha ido papá? Papá... papáaa... papáaaa...

La madre se tapa la cabeza con el embozo de la sábana.



A la misma hora, minutos más ó menos, de presentar ese aspecto la casa á que me refiero, y que es un piso cuarto de la calle de Mesón de Paredes, un hombre de veintiocho á treinta años está parado en la esquina del Suizo. De su traje sólo diré que pertenece al género de pobreza mejor zurcida y remendada y limpia po-

sible; está muy agitado; en su rostro, pálido y flaco, y ojeroso, y sin afeitar, se revela una gran perturbación del alma. Tiene debajo del brazo izquierdo un bulto liado en un pañuelo de hierbas; y para resguardarse del frío, encasquetado el sombrero de copa, subido el cuello de la cazadora y las manos metidas en los bolsillos del pantalón; se calienta los pies marcando el paso; habla mentalmente, y dice así:

—He ido á tres casas y en ninguna dan, no ya un duro, ni un ochavo por esto. («Esto» es el llo que tiene debajo del brazo.) ¡Dios mío, y aquéllos esperándome! Hoy ya no es posible decir á la criada que comemos fuera; hoy es preciso comer. ¿Á dónde voy, á quién acudo á estas horas? ¿Qué hago, Madre mía!

Al pronunciar estas últimas frases siente frío en los tuétanos y se apodera de su cuerpo un temblor nervioso.



Yo no sé si nuestro hombre hubiera tomado el camino del viaducto, á no distraerlo de sus negras reflexiones la algazara de doce ó catorce personas, entre varones y hembras, que acaban de salir del *Restaurant Suizo*, vulgo *Los andaluces*, y están agrupadas en la calle de Sevilla.

—¡Silencio!—grita uno de ellos, que es un villano delgado, simpático y de escasa barba, que da el brazo á un pedazo de gloria

con grandes ojos negros, una hermosa mata de pelo y unas reales manos.—Propongo... ¡silencio!... propongo que alquilemos un brec y nos vayamos á almorzar callos y caracoles á la venta del Espíritu Santo.

La proposición no levanta gran entusiasmo en las masas.

—*Zi quién tes, ñores...*—observa otro andaluz de categoría social indefinida, mixto de paje y de familiar, y que habla devorando una sílaba lo menos de cada palabra.—*Zi quién tes, ñores*, digo, ya *ta qui el bré y oze* botellas de *saniya* de la *ca del Prinpe*.

—¿Qué os parece, vizcaínos?—añade el sevillano dirigiéndose á dos buenos mozos que despiden por los ojos las chispas del amontillado que arde en sus estómagos.

—Nosotros—responde uno de ellos un tanto balbuciente—decimos, que *ir donde* el Espíritu Santo y *beber* de firme, y por de pronto que nos repartan aquí á cada botella de aguardiente y á cada ración de angulas.

—¡Por Dios, señores, por Dios!—exclama un exgobernador muy gordo y que se unta mucha tizne en los bigotes.—¡Es muy tarde y esto es un escándalo! Es necesario poner término á la fiesta; que las chicas se vayan por la calle de Gitanos y nosotros á repartir la parada.

La idea conservadora prevalece, y momentos después se disuelve la reunión.

*
* *

Fijémonos en dos de sus individuos que haciendo frecuentes paradas y llevando uno de ellos un papel en la mano se encaminan á la calle de Alcalá.

—¡Qué barbaridad!—dice el del papel.—¡Lo que me ha costado la fiestecita!—Y añade leyendo muy despacio, como si cada letra le produjera un remordimiento: ostras, langostinos, chuletas, manzanilla, amontillado, *Champagne*, café, tres tarros de aguardiente de *El Mono*.... total 846 rs. vn. Pues luego, esas, se han llevado un billete de cien pesetas; los cantadores y tocadores uno de cincuenta... ¡La mar con navíos!

—Fastídiate—le contesta el compañero.—¿No propuso Andrés, y á todos nos pareció muy oportuno, que pagáramos á escote? Pues habernos dejado hacerlo, sin bajar, por sorpresa, al mostrador á dar tú el dinero.

—Además, al tipo aquel que no ha hecho más que tocar las palmas y comer como un buitre, le he dado dos duros, y tres de propina á los criados. Te digo que la noche me sale por cerca de dos mil reales. Y si no, yo traía...

Al llegar los dos amigos á la altura de la esquina del Suizo, donde está parado el del lío, éste se quita el sombrero.

—Adiós, Suárez—dice el que va ajustando la cuenta.

Suárez, después de vacilar un momento, durante el cual clavan las uñas en su corazón todos los demonios del pedir prestado, da unos

cuantos pasos y llama al que lo ha saludado.

—¿Quiere V. oír una palabra, señor barón, con permiso de ese caballero?

Más rápido que se cuenta se cruzan estas frases entre el barón y su acompañante:

—¡Un sablazo!

—Pues á buena hora viene; ya verás cómo lo despacho.

Y añade volviéndose á Suárez:

—¿Qué se te ofrece?

—Mira, Juan—le dice el desventurado.—Tu amigo de la infancia, tu compañero de colegio, tu camarada de mejores tiempos, hace dos meses que está cesante, y ayer no han comido ni él, ni su mujer, ni su hijo; he ido á empeñar esta ropa blanca usada y no me dan nada por ella; por la memoria de tu buena madre te pido que me des un duro para mandar hoy á la plaza; me han ofrecido reponerme esta semana: yo te lo pagaré; ya sabes que soy honrado.

—Llegas á mala hora, chico—le contesta el barón.—Me he quedado esta noche sin un cuarto. Me han llevado á cenar unos amigos y yo he tenido que cargar con el mochuelo de la cuenta. Ya sabes que todo el mundo abusa de mi generosidad. Vete por casa dentro de unos días y procuraré socorrerte.

—¿Pero no puedes darme ahora nada?

—Ni un céntimo. Hoy es lunes; vete el jueves...

—¡Pero hoy!...—exclama Suárez en el colmo de la angustia.—¡El día de hoy!..

—Vaya, me espera ese amigo, adiós; yo daré orden de que cuando vayas me pasen recado; adiós, adiós.

El barón deja á Suárez con el ¡ay! en la boca y al reunirse á su compañero, le dice:

—Lo que nos figurábamos; un sablazo; ese es uno de los muchos que llegan á perder la vergüenza y viven del petardeo.

—No me se despintará el mozo.

—Pues, como te iba diciendo, yo traía dos mil reales largos y me quedan, un billete de doscientos, una moneda de cien reales y no sé cuántos duros en morralla de pesetas y dos reales...



Suárez echa á andar hacia la Puerta del Sol con la cabeza baja, los ojos cerrados y tambaleándose; que también el dolor embriaga: un guardia de orden público lo mira y tiene conatos de llevarlo á la prevención; Suárez se detiene junto á un café, medita un instante, empuja la puerta y entra.

—Pepe—le dice á un camarero que está leyendo *El Cencerro*,—¿puedes darme quince ó veinte reales?

—Lo siento mucho, D. Francisco—responde aquél;—pero lo que es dinero prestado, ni á mi padre que baje del cielo recomendado por San Pedro, se lo doy: el Sr. García, su amigo de V.,

me pidió cinco duros; se los dí, se fué á la timba, y hace un mes que no le veo el pelo; si es el Sr. Pérez, me debe ocho cenas y treinta reales, y apunta, apunta y nunca da fuego; de modo que lo dicho, dicho; y resulta que por los justos, pues, pagan los pecadores. Si V. quiere un café con media tostada, se lo traeré y V. me lo paga cuando pueda.

—Gracias, Pepe—contesta Suárez.—Adiós.

—Vaya V. con Dios, caballero.

—¿Qué es eso?—le pregunta otro mozo á Pepe.

—El Sr. Suárez, que vino á saber si habían estado aquí anoche sus amigos.



Suárez llega de vuelta á su casa.

—¡Nada!—exclama, arrojando el llo á la cama, sentándose en el borde de ésta y cubriéndose el rostro con las manos.

—Papaíto—grita el niño;—mamá no me quiere traer el chocolate.

—No te apures, por Dios, Paco mío—dice la mujer, que es una morena encantadora, enlazando con los brazos el cuello de su marido y dándole un beso en la frente.—La Virgen nos ayudará. Aun nos queda un recurso para hoy.

—¿Cuál?

—El colchón de la criada. Di á ésta que venga y quédate tú fuera. La pobre Bonifacia es

muy buena y se avendrá á dormir dos ó tres noches sobre el lienzo del catre.

La criada entra, habla un momento con la señora, sale con los ojos resplandecientes y una sonrisa inefable en los labios, va á su chiribitil, anda en el cofre, vuelve á la alcoba y aparece de nuevo en el pasillo, seguida de estas palabras de su ama:

—El chocolate lo primero, Bonifacia.

—En seguida, señorita.

—Paco, ven—grita la mujer.

Suárez obedece.

—Mira—le dice aquélla, vertiendo lágrimas de ternura;—la pobrecita me ha traído nueve pesetas que tenía liadas en un trapo. Yo quiero suponer que la mitad sea producto de la sisa y la otra mitad ahorros de su salario; de todos modos, ¿no es una buena acción que debemos agradecerle toda la vida?

—Ya lo creo.

—Sí, Paco mío, sí; Dios aprieta, pero no ahoga.

Suárez se sonríe y con el pensamiento puesto en «mañana,» se dirige á la cama de su hijo, diciendo entre dientes:

—Justo. No ahoga... para poder continuar apretando.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

LA PLATERÍA



UN amigo mío me ha dado asunto para el preámbulo de este artículo con la siguiente carta:

«PUERTO DE SANTA MARÍA, 2.

Querido Pepe: Adjunto es el talón para que recojas, en la estación del Mediodía, una caja con 24 botellas de manzanilla que te envío por gran velocidad.

Tuyo,—*Manuel.*»

En una bibliografía titulada *El Infinito* demostré á un ilustre ingeniero que todo el universo está lleno de infinitas densidades y de infinitas combinaciones de las mismas, de la *sustancia única*: pues bien, de un modo semejante, todas las bellezas que se crían entre Sierra Morena y los dos mares, están animadas por una sola esencia: la manzanilla.

Una copa de manzanilla, con su corola de es-

puma, su color de oro pálido, su rayo de sol disuelto, su transparencia, su aroma, su paladar riquísimo, su condición de dar claridad al cerebro, sentimiento artístico al alma, apetito al estómago y á todo el ser bienhechora alegría; una caña de manzanilla, repito, es el resumen de todo el ingenio, toda la gracia y toda la hermosura de la tierra donde está la Cara de Dios.

La manzanilla se cosecha en la ciudad de la cual dice una copla:

Para alcarrazas Chiclana.
para trigo Trebujena,
y para niñas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

Así es la verdad; las sanluqueñas son, más que hermosas, bonitas; allí está el tipo de la andaluza blanca y rubia, tipo que, al ser conocido por los curas, lo pusieron entre las jerarquías celestes con el nombre de querubín.

Tiene Sanlúcar su asiento en la desembocadura del Guadalquivir: el barrio alto está separado del bajo por un pintoresco cinturón de tres guirnaldas, que son los tres jardines, del Picacho, de Villafranca y de Montpensier: vista la ciudad desde el mar, parece que el barrio alto surge de una montaña de flores.

Sanlúcar es un pueblo delicioso: su caserío, andaluz puro, con cierros bajos para pelar la pava, patios con toldo, fuente y macetas, balcones con monteras de pizarra bajo las cuales anidan las golondrinas, y azoteas con mirado-

res, es magnífico desde la calle de Santo Domingo hasta el paseo del Pino, donde está la fuente del mismo nombre, cuyas aguas compiten en finura y calidad con las del Lozoya. En su playa encantadora alijan cada tarde las parejas de faluchos pescadores, montones de pescadillas y de langostinos; sobre su pedazo de cielo caen las habitaciones de María Santísima, y sus viñas tienen el privilegio exclusivo de la uva manzanilla.

Un menudo gelatinoso y picante de cerdo, unos mariscos y unas botellas de manzanilla de las bodegas de Martínez, de Hidalgo, de Agüera, ó de Colón, almorzado todo ello en el merendero que forman los troncos y entoldan las ramas de las acacias del Picacho, junto á aquella cascada cuyas aguas corren y saltan bajo dos elegantísimos puentes rústicos desembocando en el lago de los cisnes, es una ventura que no debe morir sin saborearla ninguna persona de gusto.



Sin manzanilla no hay Andalucía posible; no existe trato que no se rocíe con cuatro cañas, ni cuerda de guitarra que suene, ni garganta que pueda dar ni el primer ¡ay! de la *soleá*, sin que se humedezcan antes con vino de Sanlúcar, ni la mayor parte de los andaluces comerían, si no tomaran las once con unas aceitunas, un po-

co de salchichón y una rosca partidos á rajas y unas cañitas. ¡Quién se explica fiesta ninguna, sea bautizo, tentadero, boda ó velada; quién concibe siquiera la Giralda sin la manzanilla!

Si por el real de la feria de Sevilla pasa, sobre los lomos de un castaño de Guerrero, una hermosísima hembra, con los rodetes de dos magníficas trenzas atrás, el calañés caído al entrecejo, velando las llamaradas de unos ojos grandes y decidores hasta de lo que no puede decirse, un traje ceñido, contorneando unos pechos altos y turgentes, cuya adivinación constituye un curso de teología, y llevando airoosamente las riendas con unas manos blancas, suaves y modeladas sin tacha, lo primero que se le ocurre á cualquiera que la vea pasar desde una tienda, es acercarse á ella, pedirle que roce sus labios con los bordes de una caña de manzanilla, bebérsela después y exclamar: «¡Maldita sea la civilización!»

La manzanilla es además el vino de la caridad: así como todos los odios se despiertan con el aguardiente, todos los amores reverdecen y todas las paces se firman con una botella de manzanilla.



En la imposibilidad de que los andaluces comerciaran con la manzanilla, pues empezarían por bebérsela, siendo la quiebra inevitable, tu-

vieron que venir á administrarla los lustrosos montañeses, que son los hombres que saben mejor que un duro es el resumen de cinco pesetas, que una peseta es la condensación de cuatro reales, y que un real es la síntesis de cinco *perros chicos*.

«Una botella de manzanilla—dijeron—vale seis reales; diez y seis cañas, capacidad de aquélla, vendidas á seis cuartos una, importan noventa y seis cuartos: la venta por cañas es, pues, superior á la venta por botellas, casi en un 50 por 100.»

Esto dijeron; y los pueblos andaluces se llenaron de tiendas de montañeses, constituyendo una federación, mediante el *pacto sinalagmático* de no bajar, ni á tiros, el precio de la caña, federación que cuenta ya, en Cádiz, con los nombres ilustres de *El Candil*, *La Sacristía*, *El Solano*, *La Primera*, *Ríos*, *La Escalerilla* y tantos otros; en Puerto Real, con los de los *Mantillas*; en el Puerto con los del *Colmado*, *La Fuentecilla* y *La Alegría*, y en Sevilla con los de *Perico* y *Juan Antonio*.



Bero ya es tiempo de que el lector sepa por qué se titula este artículo *La Platería*. Se titula así, porque la última fiesta célebre que se ha remojado en Cádiz con manzanilla ha sido para ponerse de acuerdo varios asociados á fin de entablar un gran negocio de alhajas finas.

Nos explicaremos.

En este mismo libro publicamos, bajo el epígrafe *Palitos contra el mareo*, un artículo describiendo los *timos* de que hacen víctimas los *pimpis* á los reclutas y licenciados de Ultramar. Ese artículo tiene una segunda y última parte, que es la siguiente:

El General Gobernador militar de Cádiz, deseoso de evitar esas estafas, dispuso que á la llegada de los vapores correos de Cuba, desembarcaran los licenciados, y formados fueran conducidos, por las clases y los oficiales del banderín, al casillo de Santa Catalina, en el cual los tenía detenidos hasta el momento de salir en el tren para los puntos á donde les conviniera, siendo escoltados al ir á la estación.

Los *pimpis* sufrieron con esta medida un golpe mortal, y acordaron celebrar una reunión con objeto de ver de qué modo habían de *garbear* en lo sucesivo: para hacerlo con más libertad fletaron un falucho un día bonancible y salieron de bahía, fondeando junto á las piedras de *Las Puercas*.

Empezaron por destapar algunas botellas de las dos de manzanilla que se puso por condición había de llevar cada socio: se abrieron dos espuestas, contenedoras la una de pescado frito, y la otra de chorizos crudos; se bebió la primera ronda de vino, y entre bocados alternativos á la rosca y al chorizo, abrió la sesión y usó de la palabra, como presidente, un *pimpi* de americana y hongo, pelo anillado, picoso de

viruelas y con un arito de oro en una oreja.

—Como *presiente*—dijo—que soy *nativo* de esta corporación, seré yo el *último* que hable, después de los discursos que *pronuncien* los *cabayeros* reunidos en esta embarcación.

A vuelta de muchos desatinos, convinieron al fin en que no había más remedio que ponerse á trabajar cada uno en el oficio que supiera, en los talleres de la Carraca, ó en una tienda, y el que no tuviera oficio que pidiera un destino al Ayuntamiento.

—¿Habéis concluido de *platicar*?—dijo el presidente.

—Sí—contestaron los *pimpis*.

—Pues yo no estoy de *conformid*—repuso aquél—con *na* de cuanto habéis propuesto. Las personas de nuestra capacidad y de nuestro fuste, han de emprender negociaciones de más sustancia que la de cobrar un jornal de un amo ó de un alcalde; y así yo, desde mañana, con los que quieran asociárame, emprendo el negocio más productivo que hay en Cádiz, que es el de abrir una platería.

Con las bocas abiertas y suspensos se quedaron los *pimpis* al escuchar la proposición: uno de ellos se limpió la pringue del hocico con el dorso de la mano, se echó al cuerpo un *bolo* de vino, meneó la cabeza y dijo al presidente:

—No es mal negocio, y ahí están Ferrer y Sibelo y otros que pueden acreditarlo; pero, ¿querrá decirnos el señor *presiente* con qué recursos cuenta para hacerlo? Porque yo no veo

más alhajas sino las que aquí estamos *reuntas*.

—¡Eso, eso!—gritaron en su apoyo varios *pimpis*.—¡Vengan los recursos!

—Pero, *cabayeros*—replicó el presidente,—¿de dónde han sacao ustedes la *novedá* de que las platerías se abren con recursos?

—Pues ¿con qué?—interrogaron los *pimpis* llenos de curiosidad.

—Las platerías—concluyó el presidente—no se abren con recursos, sino con ganzúas.





www.libtool.com.cn

FUNCIÓN DE DÉSAGRAVIOS

EL piso cuarto de cierta casa de Chamberí no consta realmente más que de la sala, el recibimiento y la cocina, pues las dos alcobitas que tiene la primera son, más que habitaciones, nichos formados en la pared en dos de sus frentes, ocultos por cortinas de cretona. En cada una de esas alcobas no hay ni cabe más que una cama, y las tres piezas reciben la luz de una ventana que da á los tejados.

En una de las alcobitas, dotada de cama de hierro, tan deteriorada que necesita sujetarse con cuerdas por una porción de sitios, yace, sobre el jergón, el cadáver de una mujer de veintiseis á veintiocho años, amortajada con un vestido negro y unos zapatos rotos, cruzadas las manos y puesta la cabeza sobre una almohada sin funda.

Hace pocas horas que espiró: la palidez y la demacración de su semblante no inspiran te-

ror, sino profunda y dolorosa simpatía: hay resplandores de ángel en la expresión de ese rostro.

Al pie de la cama está sentada, en un sillón poco seguro, una señora gruesa, vestida de negro con modestia suma y de cara vulgar, pero agradable. Mira dulcemente el cadáver de su amiga, y de vez en cuando se enjuga las lágrimas y murmura:

—¡Pobrecita! ¡Cuánto has sufrido en este mundo, y cuánto sufrirás desde arriba si ves cómo quedan esos angelitos!



En la sala, y en un sofá, cuyos deterioros encubre una funda de percal blanco, está sentado un hombre de cuarenta años, vestido con pantalón encarnado, gabán de paisano sobre la camisa de color, y gorra con las dos trencillas de teniente: tiene el bigote como el pelo, rubio entrecano: es moreno, de ojos hundidos y pómulos salientes y hay en su rostro claras señales de insomnio y de honda pena; fumá un cigarrillo y habla despacio y á media voz con otro señor algo más viejo, de aspecto militar, que está de pie junto á él, y es bajo de cuerpo, fornido, picado de viruelas, de narices arremachadas, y más saliente que éstas el bigote cano: lleva la cinta de San Hermenegildo en el ojal de la levita y en la mano un bastón de bejuco, de que

hago mérito porque juega un papel principal en esta historia.

—Qué gracias ni qué berengena—dice el cha-
to al viudo manoseando la papeleta de empeño
del reló que tiene en su bolsillo del pantalón.

—Para las ocasiones son los amigos: calculando
que estarías mal de cuartos, te mandé la media
onza; y, cumpliendo tu encargo, he visto en el
café de Madrid á un corredor, que es amigo del
alférez Gómez: dentro de un rato vendrá; nos
vamos al juzgado, tomas ese dinero, se entierra
á la pobre Amparo (q. e. p. d.) y tú, Sebastián,
á vivir para los chicos, que buena falta les haces
todavía. ¡Animo, ánimo! que no debe faltarle
en ninguna ocasión al que ha dado tantas prue-
bas de ser un valiente, y tiene tres balazos en
el cuerpo.

Sebastián estrechà con efusión las manos del
capitán D. Pedro (marido de la señora que acom-
paña á la muerta) y aunque hace esfuerzos pa-
ra aparecer sereno, el llanto le corre por las me-
jillas y por el bigote.

*
* *

Un hombre de veintitantos años y de robus-
tez tudesca abre el portón con el llavín y entra
en el recibimiento trayendo en un brazo una ni-
ña de tres primaveras, pálida, pelinegra y de
facciones finas, como la difunta, y de la mano
á un chico de cinco años, rubio y con los mis-

mos ojos azules de su padre. Ese hombre, que viste chaqueta y gorra, es un tipo inconfundible: el asistente.

La niña empuña un rosquete, que agita al compás á que da besos al soldado, el cual marcha al propio aire, á pasos cortos y diciendo: tan, tan, rataplán, rataplán... El niño chupa un cigarro de chocolate y tira del extremo de una cuerda, sujeta por el otro á una tabla con ruedecitas, que tiene encima un caballo de cartón, montado por un lancero.

Las golosinas y el juguete son obsequios que, con el beneficio del pan cobrado el día anterior, hace á los huérfanos el asistente, el cual cuando llega á la cocina, deja en el suelo á la niña y echa agua en un puchero, cuyo contenido hierve, levantando la espuma la tapadera; el chico, en tanto, abandona al lancero, se asoma receloso á la puerta de la sala, y viendo que no se fijan en él su papá ni el capitán, avanza hasta la fúnebre alcoba; la señora gruesa exclama: «¡Vete, hijo mío, vetel!» y el chico, de una carrera, vuelve á la cocina y dice cogiendo la cuerda para arrastrar el muñeco:

—Mamáta tá numiendo.



A las dos en punto de la tarde del mismo día van subiendo la escalera angosta de una casa vieja de la calle de... sobre cuya puerta

hay una muestra ovalada con las armas de España y dos letreros curvos que dicen: el de arriba, *Fuzgado municipal* y el de abajo, *Distrito de...* Sebastián, de uniforme; D. Pedro de paisano, y un tipo de unos treinta años, bajo de cuerpo, enjuto de carnes, enfermizo de color, afilado de cara, tierno de ojos, y éstos, además, un tanto bizcos, y unos bigotes negros muy grandes y muy crespos que se atusa sin cesar con unos dedos largos, huesudos, lustrosos y con las uñas de riguroso luto; lleva una corbata muy chillona y un hongo claro, y se le conoce por el apodo de Verduguillo.

Entran en el piso principal, en cuyo recibimiento, de paredes súcias y ladrillos rotos, no hay más muebles que un banco lisiado. Sebastián y D. Pedro se acercan á una ventana colgada de telarañas que cae al patio, y se ponen á mirar por los cristales para distraer la vergüenza. Verduguillo sigue por el pasillo y llega á una habitación donde están trabajando en dos mesas tres ó cuatro escribientes con el secretario del juzgado, y al rededor varias personas de pie, entre ellas un buen mozo, de aspecto ordinario, cejijunto y con las córneas veteadas de sangre y los labios muy abultados, que luce al cuello una cadena de oro larga y gruesa, dos ó tres sortijas de brillantes en los dedos, y viste muy buena ropa. Se llama D. Torcuato.

Verduguillo se le acerca y le dice de quedo:

—Ahí está. Su situación es desesperada.

—Pues apriétele V. bien las clavijas—res-

ponde el D. Torcuato. — ¿Tiene descuento?

—Ninguno. Lo sé por un sargento, escribiendo del coronel.



—No podemos hacer nada, señores—dice Verduguillo al volver á donde están Sebastián y su amigo.

—¡Por Dios!—contesta el viudo.—Yo no puedo salir de aquí sin sesenta duros. Acepto las condiciones más exageradas y más vejatorias. Doy la mitad de mi sangre.

—Ese caballero del gabán largo que sale de ahí—responde Verduguillo—es el que da el dinero. Vaya V. á suplicárselo, á ver si se ablanda. Por supuesto, que eso de tomar V. solo sesenta duros, es un absurdo. Entre corretaje, juicio, primer plazo adelantado y gastos menores, iba V. á quedar todavía debiendo dinero. ¿Tiene V. descuento?

—Ninguno.

—Usted qué ha de decir.

—¡Oiga V., so tfo!...—exclama D. Pedro levantando el bejuco.

—Te pido por el alma de mi pobre Amparo—le dice Sebastián conteniéndolo—que tengas calma; que no chistes mientras estemos aquí.

—Basta—repone el capitán rechinando los dientes;—me pudriré por dentro.

Sebastián se acerca á D. Torcuato, y le dirige esta súplica:

—Caballero, por caridad, haga V. el negocio que le ha propuesto el corredor. Tengo á mi esposa de cuerpo presente, y no cuento con recursos para enterrarla.

D. Torcuato no se digna contestar, limitándose á sacar el hocico y mover la cabeza negativamente. Sebastián reitera el ruego, y por fin aquél, con el gesto del hombre que cede forzado por la compasión, llama á Verduguillo y le ordena:

—Hágalo V.

—Muchas gracias, caballero—exclama Sebastián.

D. Torcuato le vuelve la espalda sin responderle.

Verduguillo saca un papel y un lápiz, ajusta una cuenta y dice á Sebastián:

—Va V. á tomar 2.000 rs. á pagar 200 mensuales. Tarda V. en reintegrarlos diez meses y á razón de 10 por 100 mensual suman los intereses otros 2.000 rs. Ahora bien; de los 2.000 rs. que V. toma, tiene V. que pagar 300 de corretaje, á partir entre el agente con quien habló su amigo de V. y yo, 120 del juicio, 200 del primer plazo adelantado, 20 de gastos míos de carruaje en servicio de V. y... no sé si se me olvida algo: si acaso poco se pierde: en resumen: el juicio que vamos á celebrar es de 4.000 rs. que V. pagará en veinte meses á razón de 200 rs. al mes, y yo he de dar á V. 68 duros. ¿Está V. conforme?

—Y agradecido—responde Sebastián.

Dante no vió en los infiernos una cara de furia como la que pone D. Pedro al terminar el correr la lectura de la cuenta.

Momentos después pasan Verduguillo y Sebastián á estrados, para que sancione el contrato el representante de la justicia, que se sienta bajo el dosel encarnado. Se acercan á la barandilla y Sebastián declara que debe 4.000 reales á D. Torcuato, y que ha convenido con él en reintegrárselos á razón de 10 duros mensuales de su paga, para lo cual se pasará el oportuno oficio de retención al señor coronel de su regimiento. Sebastián firma luego la paqueta de citación, que se supone hecha el día antes, y el acta del juicio; toma sus 68 duros y... á la calle.



Al día siguiente del entierro de Amparo, y á la hora en que principian á vocear los vendedores de *La Correspondencia*, está parado en una esquina de las calles de Hita y de Jacometrezo, frente al café del Callao, el capitán D. Pedro, con las manos á la espalda, empuñando con la diestra el consabido bastón.

Media hora lleva en acecho, cuando aparecen por el Postigo de San Martín, en dirección á la segunda de dichas calles, D. Torcuato chupando un habano y Verduguillo hablando

con él y contando por los dedos. Van al café. D. Pedro les sale al encuentro y les dirige estas buenas noches:

—Anteayer cometieron VV. un delito peor que el de estafa; porque la estafa es el robo por medio del abuso de la buena fe, y lo que VV. hicieron fué el robo por medio del abuso de la desgracia, que es mucho peor.

—Repórtese V., señor mío,—responde don Torcuato—y si alude V. á su amigo, sepa que nosotros no hemos ido á buscarlo.

—Tampoco la araña busca á la mosca—replica D. Pedro,—y sin embargo, si las moscas pudieran, estarían en su derecho exterminando á las arañas.

Dice, enarbola el palo y comienza á sacudir garrotazos á los prestamistas con rapidez tan asombrosa y cifándose con tal codicia el bejuco á las carnes de las víctimas, que por pronto que acuden las primeras gentes á poner paz, ya tiene Verduguillo (como más listo y á buen librar) un carrillo desbaratado y D. Torcuato un cóncave en las espaldas. Uno y otro (después que llegan dos parejas de orden público), echan venablos contra D. Pedro, que es detenido y llevado á la prevención, así como los contusos á la casa de socorro.

*
* *

La muchedumbre que se ha reunido en el sitio de la ocurrencia comenta el suceso, y se oyen diálogos como el siguiente:

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Casi nada; un señor gordo que la ha emprendido á palos con dos caballeros que venían por su camino tranquilamente.

—Eran dos usureros.

—Ah, pues entonces...





www.libtool.com.cn

EL ALMA SIN FUNDA



ABÍA leído ya *El Correo y La Correspondencia*, los anuncios inclusive, y después de apagar la vela y de pasarme un rato mirando (sin pensar más que en ellas) las musarañas que flotan en la oscuridad, daba yo vueltas en la cama y no podía conciliar el sueño. Me incomodaba todo: el diente del ratón, porfiando por abrir brecha en el piso bajo del lavabo; la péndola del reló; las voces de los trasnochadores llamando al sereno; la trepidación de los adoquines y el estrépito de los cristales al pasar los simones; el monótono golpear de la cuna del niño de la de arriba, y los ronquidos de mi criada, que tienen todas las variaciones del rebuzno.

Estaba ya resuelto á encender de nuevo la luz y un cigarro y á ponerme á hojear *Los novios*, de Manzoni, que tenía sobre la mesa de noche, cuando sentí un desfallecimiento en todo mi organismo tal como el que debe causar una

sangría suelta; después un vahido prolongado; luego, nada. Aquello era lo que yo calculé, al comenzar á sentirlo, que debía ser: el preludio del sueño: sólo que esa noche es la única que yo me he dado cuenta de que me iba quedando dormido.

Empecé á soñar, pero con una particularidad rara: yo tenía la conciencia de que estaba soñando: soñaba que me salía de mi cuerpo, con otro igual en estructura al que dejaba en la cama, cuerpo que yo sentía perfectamente, y para cerciorarme más de su existencia, agité los brazos durante un corto trecho en que estuve fuera de mí de cintura arriba y enfundado de cintura abajo: entonces recordé á un antiguo compañero de la Academia de Artillería, al cual le llevó el brazo izquierdo una bala roja al atacarla dentro del cañón, y que se quejaba luego de dolores en los dedos y en el codo de aquel miembro que le amputaron por cerca del hombro.

Hice además esta observación: cuando reflexionaba sobre lo singular del fenómeno y trataba de inquirir si mi otro yo estaba acostado, desaparecía el dualismo; es decir, tornaba á replegarme á mí mismo, daba dos ó tres vueltas, y á los pocos minutos principiaba á salir de nuevo, soñando que salía. Por fin me encontré de pie en el aire, y una figura humana que yo conocía mucho, mucho, pero muchísimo, sin recordar de cuándo ni de dónde, figura cubierta por un manto blanco de airosos pliegues, me

sonrió cariñosamente, enlazó su brazo con el mío, me dijo «vas á tener un sueño muy curioso,» y como la estatua del comendador se filtró por la pared arrastrándome detrás de sí y deteniéndonos en el tejado de la casa de enfrente sin que se apercibiera de nuestra llegada un gato, que, á nuestros pies, pedía con lastimeros maullidos que le abrieran la ventana de una boardilla.

—No se asusta de nosotros el morrongo— advertí á mi acompañante.

—Como que no nos ve—me contestó.

—Cierto. Estamos durmiendo.

—No deja de vernos por eso—rectificó el fantasma blanco, sino porque nuestros cuerpos son invisibles, como el oxígeno y la electricidad.

—Somos almas sin funda, ¿eh?

—Dices un desatino. En la Creación no hay nada fuera de la materia; todo está envuelto por ella; nuestros cuerpos son tan materiales como el que tú dejas en la cama animado por la estela que desde aquí te une á él, y como el último mío que se pudrió en un cementerio hace bastantes años. Esos cuerpos son los aparatos que usamos para trabajar en la materia sólida, á semejanza de las campanas que emplean los buzos para maniobrar debajo del agua. Los verdaderos organismos son: el de la inteligencia, donde se elaboran las ideas, y el del alma, en que se anidan los sentimientos; organismos á los cuales obedece este cuerpo fluídico, llamado por

los médicos de allá abajo fluido nérvico y que agita los nervios penosamente, á través de la sangre, produciendo la actividad material, como el fluido eléctrico, á través del agua acidulada, mueve los pares de la pila. Ya sabréis algo de esto, vosotros los presos en la materia sólida, cuando vayáis descubriendo las propiedades de los gases, materia sobre la cual no sabéis una jota, creyendo todavía que el hidrógeno, el carbono y el fósforo son cuerpos simples... pero estás fatigado; voy á despabilarte.

Efectivamente, me desperté un poco, dando un ronquido estrepitoso, paladeé tres ó cuatro veces para hacer saliva, murmuré algunas frases ininteligibles, me arrebujié bien, y al cabo de un momento volví á encontrarme con mi conocido; mas no ya sobre el tejado, sino en la alcoba de una hermosísima señora de treinta años, que estaba metida en la cama; pero sentada aun, sirviéndole de espaldar un primoroso cogín y dos almohadas; tenía el rosario entre sus blancas manos, modeladas por los genios del sensualismo, y éstas caídas en el embozo de la sábana, cuyo rico vuelo de encaje lucía sobre una colcha de raso. Una lámpara elipsooidal, que pendía del techo, iluminaba tenuemente la habitación, tiñendo de rosa los objetos. Los rasgos más salientes de tan peregrina belleza eran: grandes ojos negros, dos soberbias trenzas de pelo, una dentadura brillante y una garganta, tentación irresistible aun para un San Antonio Abad que descubrí en la es-

tampa de un cuadro colgado en la pared. Una lujosa chambra velaba el seno, los brazos y los hombros esculturales de aquella mujer. Oraba mentalmente, y dos gotas del rocío del corazón corrían por las azucenas de su cara.

Una de las cualidades distintivas de mi estado gaseoso era la de verlo todo á través de la materia, como si ésta fuera trasparente, y al propio tiempo me advertía que aun era esclavo de aquélla, la codicia con que me recreaba en los encantos de tan soberana hembra; tan grande impresión me hizo aquel espectáculo á deshora, que desaparecí de la escena, despertándome con cierta inquietud nerviosa, por más que á los pocos segundos volví al sueño, ya con los sentidos más despejados.

La que sin duda era ilustre dama, tenía los ojos puestos en otro caballero gaseoso, que debía estar soñando como yo, y que sólo descubría el busto, ocultando el resto del cuerpo en un vapor muy sutil, en una especie de calina: yo recordé, al verlo, á los angelitos que asoman entre nubes en los cuadros místicos. No se estaba quieto, sino que seguía el movimiento de ella, que volvía la cara á uno y otro lado, pestañeando de prisa, como si huyera del gesto desdeñoso con que la miraba el desconocido.

—¿Qué pasa aquí?—pregunté á mi compañero.

—¿No lo comprendes?

—No.

—Ese caballero es su esposo.

—Ahora lo entiendo menos. Cuando sueña con ella debe estar muy enamorado; y buen tonto es no ocupando la mitad que le corresponde del lecho nupcial.

—Es que no duerme como tú, con billete de vuelta; sino que es libre como yo. Se murió, según vosotros decís, hace seis meses.

—¿Y ella llora su defunción?

—No. Lloro porque hace tres días que no viene á verla un jefe de una Dirección de Hacienda con quien tiene relaciones desde mucho antes de morir el marido, que era un Marqués.

—¿Y qué hace él ahí?

—Ha venido evocado por ella, que está rezando por su alma.

—De modo que á la vez vierte lágrimas por los novillos del amante y encomienda el alma del marido.

—Justo. Está contrariada porque no puede apartar de sí la imagen del Marqués. Lo ve á través de las pupilas, no con la lucidez que nosotros, sino borroso, con esa vaguedad que os hace creer que forjáis con vuestra propia fantasía las imágenes que no están al alcance material de vuestros ojos. Fíjate y la oirás hablar.

Hablaba sin articular palabra, como lo hacía yo con el fantasma blanco, y según lo hacemos los hombres sólidos dentro de nosotros mismos, pudiendo hasta dar gritos que no suenen.

—¡Padre mío Jesús! ¡Madre de los Desamparados!—decía la viuda.—¡Apiadaos del alma de

mi Caralampio! A santa Rita por su alma. Padre nuestro que estás en los cielos...

Caralampio no daba punto de reposo á su bailoteo delante del rostro de su viuda, y de vez en cuando se dirigía á nosotros y nos decía estas frases ú otras análogas:

—¡Qué asco da, desde este mundo de los seres gaseosos, desde esta tierra de la verdad, de las cosas de las criaturas sólidas!

—Tan hipócrita y tan soberbio y tan malo eres tú sin la carne, como lo fuiste dentro de ella—replicó mi fantasma al Caralampio.—¿A qué sentimiento obedeces al estar ahí delante de Filomena? Al de la venganza. Al deseo de mortificarla. Aun conservas el amor propio de marido. Aun te agujonean los celos. Aun no tienes noción de caridad, ni de justicia. Si fueras justo, recordarías que si bien tu mujer no te guardó fidelidad, fruto de tu abandono y de tus vicios, también tú mantenías una Belén á la cual visitas aún todos los días con lúbrica delectación, prueba de que todavía no te has desmaterializado, aunque no tienes cuerpo material. ¡Vete de aquí, sér injusto, no hagas daño!

A medida que hablaba mi amigo, crecían la blancura y el resplandor de su cuerpo gaseoso, así como se iba ennegreciendo la nubecilla envolvente de Caralampio. La claridad comenzó á ahuyentar la sombra, y el exmarqués se fué apartando de Filomena; pero antes de filtrarse por la pared, envolvió en su oscuridad á un galguito color de canela, que dormía enroscado

sobre una manta azul puesta encima de la colcha de la cama de la viuda.

El galguito dió un gruñido largo y abrió los ojos; Caralampio hizo con su rostro una mueca horrible; el perro de un salto se puso de pie, tiritando de miedo, y comenzó á ladrar aguda y desafortadamente; Filomena lanzó un grito, cerró los ojos, se arrojó al fondo de la cama y se tapó la cabeza con la sábana. El fantasma blanco, que debía ser un espíritu protector de la sin par Marquesa, quizá su padre, siguió disipando con su luz la negrura del yerno, y yo entonces, al volverme del otro lado, me desperté dándome la memoria cuenta cabal de aquel viaje aéreo.

Una semana después, al pasar por la Carrera de San Jerónimo, ví, á la puerta del Casino, una victoria, cuyos dos asientos ocupaban Filomena, más encantadora que nunca, y el galgo. Desde la acera hablaba con ella calurosamente, después de haber retenido su mano más tiempo de lo que previene el ritual de los saludos, el susodicho jefe de Hacienda, al cual cogí, al pasar, estas palabras:

—La falta es perdonable. Yo no tengo la culpa. Desde que se descubrieron las últimas irregularidades, no salimos de la pícara oficina; pero esta noche...





www.libtool.com.cn

JAZMIN



R. D. MANUEL ESPEJO Y VIVAS: Voy á referir á V., mi querido Manolito, según le ofrecí ayer tarde, cómo murió el perro *Jazmin* en la obra, sin acabar todavía, de la calle de Jacometrezo esquina á la de Chinchilla. Usted dice que el asunto entraña mucho sentimiento y es por ende artístico. Allá verentos, y caiga sobre el buen ó mal gusto de V. la responsabilidad de lo que salga.

Hace tres ó cuatro meses, á las diez de la mañana de un día que figura en hoja negra en el libro de los de mi vida, estaba yo trabajando en el despacho de mi piso tercero, cuando sentí, hacia la calle de Chinchilla, algazara de gente y los ladridos desaforados de un perro.

Me asomé á un balcón, y ví que venían por esa calle cincuenta ó sesenta personas entre criadas, con las cestas de la compra colgadas del brazo izquierdo, el mozo de un almacén de

muebles con medio aparador sobre la espalda, peones de la obra, vagos y granujas: al frente de todos se destacaban como figuras principales del cuadro, un guardia de orden público, un pobre, manco y cojo, á quien yo había visto pedir limosna junto á las Calatravas y un perro de aguas que el mendigo traía sujeto con un cordón largo atado al collar.

El perro, llamado *Fazmín* acaso por su total blancura, con la mitad trasera del cuerpo muy bien pelada, su moño en cada pata y uno mayor en el nacimiento de la cola, su hocico muy limpio y sus ojos hundidos bajo los mechones de lana de la cabeza, venía delante del dos veces lisiado, dando saltos violentos á derecha é izquierda, acompañados de incesantes y estridentes ladridos, saltos que tenían algo de embestidas, porque cuando los daba, las personas más inmediatas retrocedían.

El guardia hablaba accionando mucho, como si tratara de convencer de no sé qué al pordio-sero, que movía la cabeza con ademán desesperado.

Algo siniestro le pasaba al animal, y sobre este punto salí pronto de dudas, porque se adelantó del grupo para seguir su camino y su venta un ropavejero de chaquetón raído y calzones remendados, que llevaba en la cabeza dos sombreros, enchufado el uno en el otro, al cual preguntó qué sucedía la portera de mi casa.

—Que le ha dado la morcilla á ese perro un

municipal en la calle de Tudescos—contestó el industrial ambulante.

—¡Bestial!—replicó la portera.

Fazmín, que se había calmado un poco, estaba jadeante y con la cabeza caída: su pobre amo sin duda lo acariciaba inclinado sobre él, y digo sin duda, porque la gente me impidió verlo, al apiñarse formando círculo en derredor de los protagonistas.

De pronto, el corro se ensanchó y el animal comenzó de nuevo á dar saltos, ya con menos bríos, y ladridos más roncós y apagados: el veneno le iba abrasando las entrañas cada vez con más encono: el manco procuraba contenerlo; pero *Fazmín* se desasía de su brazo y daba acometidas á uno y otro lado, como si acusara de asesinos á los curiosos: sin embargo, ni una sola vez se revolvió contra su dueño; su instinto estaba seguro de que aquél no podía hacerle daño; al contrario, aun en aquellos instantes de terrible agonía y cuando esquivaba su brazo, se volvía y le daba un lametón en la cara, como disculpándose de aquel vértigo, y acaso pidiéndole alivio á sus dolores.

Un aguador, con su camiseta encarnada, su pantalón azul, su montera y su cuba al hombro, que, desertor también del espectáculo, se puso á charlar desde la calle con una criada bonita que sacudía una alfombra en un balcón del entresuelo de la casa que hace esquina á la calle de Hita, enteró á la muchacha de que ya le habían dado mucho aceite al perro.

Este cayó por fin al suelo, pataleó un poco y volvió á levantarse dando aullidos lastimeros; el cojo apoyó entonces el brazo en la valla de tablas de la obra, y sobre el brazo la cabeza, siendo la trepidación de sus hombros señal de que estaba llorando.

¡Qué pensaría el infeliz lisiado, hambriento, huérfano y sin más familia que aquel animalito, mucho más racional que el bárbaro que lo había envenenado, y que en pie y andando con las patas traseras, llevando la gorra del manco en la boca, le ayudaba á pedir limosna!

Me parece que leo en la imaginación del cojo. Por ella pasaban los saltos y los ladridos que loco de alegría daba quizá *Fazmín* en la boardilla pocas horas antes, para cogerle de la mano un terrón de azúcar; otros mil incidentes demostrativos de la inteligencia de aquel animal; la cama de esteras y un pedazo de manta vieja que iba á quedarse vacía por las noches, sin oír él á su perro, desde el jergón, rascarse unas veces y gruñir otras soñando; los crueles dolores que aquel sér inofensivo, noble, servicial y pedazo de su corazón, estaba sufriendo; el tiro que de buena gana le pegaría al municipal y el viaducto de la calle de Segovia.

Rápidamente, al notar que algunos espectadores se reían, se irguió; la rabia contuvo en seco su pena; cogió con el brazo á *Fazmín* y lo arrastró, por la puerta donde salían los carros cargados de escombros, á la parte de aden-

tro de la obra, para evitar, en lo posible, que la curiosidad profanara aquellas intensísimas manifestaciones del dolor del alma y del dolor del cuerpo.

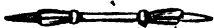
Las convulsiones de *Fazmín* se sucedían cada vez más frecuentes y violentas: el cojo y el perro estaban juntos en el suelo; aquél besaba la cabeza y el hocico del animal y los regaba de llanto; el perro, ya sin aliento, aún lamía alguna vez al aire, deseoso de alcanzar la cara del mendigo; yo hubiera querido poder observar las miradas del moribundo, que de seguro eran cariñosas, é iban dirigidas á su amo; atrévome á jurar que en medio de sus tormentos comprendía el duelo de aquel desventurado, que al convencerse de que *Fazmín* estaba muerto, se levantó, lo movió repetidas veces, le quitó ligero el collar y se alejó todo lo de prisa que se lo permitía la pata de palo.

Al torcer por la calle de Jacometrezo se detuvo; miró un instante al perro desde lejos, por entre dos tablas de la valla; quiso volver atrás; se arrepintió y siguió resueltamente su camino; pero más resueltamente aún retrocedió de nuevo al corto trecho y entró en la calle de Hita; mas al ver que lo recibían á silbidos dos ó tres chiquillos areneros y una verdulera diciéndole no sé qué grosería de plazuela, de esas que algunos llaman gracias, como podrían llamar perfume al hedor de una poza, dió media vuelta y desapareció despacio y con la cabeza baja por el Postigo de San Martín.

No pasó más, amigo Manolito; y yo, al notar que mis ojos estaban llenos de lágrimas, sentí una gran satisfacción con sus puntas y ribetes de vanidad, y deduje de aquel suceso una gran enseñanza que explicaré en un artículo en el cuál intentaré probar cómo los desgraciados se irán acabando en el mundo el día que se pongan en contacto con ellos los dichosos relativamente y se asimilen algo de sus sinsabores.

Desde el momento que V. sube á un sota-banco y se entera, v. gr., de lo que le pasa á la infeliz Rosa, que es viuda y está enferma y tiene cuatro chiquillos, y los dos mayores se le agarran á V. á las piernas y V. le da un beso á cada uno de los más chicos, ya no hay medio de que ni ellos ni Rosa se queden sin comer. Imposible. Esa es, creo yo, una de las grandes misiones de la comedia y de la novela realistas, pero con espíritu y con finalidad: esa es, para mí, la inmensa, la colosal trascendencia de las palabras de Cristo: *Confesaos los unos á los otros.*

La crítica sin alma es posible que clave las uñas en este escrito; V. que la tiene tan buena, quizá encuentre algo digno de aprecio en el fondo de un cuadro, malo en la forma, que para V. ha copiado del natural su invariable amigo.





www.libtool.com.cn

ORGANILLOS, SAHUMERIOS

Y PREGONES.

DUERME en nuestro espíritu el mundo de los recuerdos con sus fechas, sus escenarios, sus personajes, sus luces y sus lágrimas. Cualquier cosa despierta uno de los cuadros de ese mundo: una combinación de notas musicales, un paisaje, una cara, una onda de perfume, un pregón, el ladrido de un perro. Según el recuerdo nos impresionara más ó menos cuando era palpable, así reverdece en la memoria con perfiles más ó menos vagos, con más ó menos acentuación en el colorido. A veces surgen las figuras y las cosas en bosquejo y entre las nubes del olvido, tal como se destaca entre borrones la cabeza de estudio de un pintor; pero también, cuando queremos paladear las dulzuras ó las hieles de algún suceso pasado, lo vemos y vivimos en él, descubriendo todas sus líneas negras por delgadas que sean, y hasta la más menuda de sus

filigranas; y es de notar cómo se ven á mejor luz los lienzos más lejanos.

www.libtool.com.cn

*
* *

Yo siento en el alma un dulcísimo embeleso cuando llegan á mis oídos los acordes blandos y sonoros de un organillo. Si los pobres que dan vueltas al manubrio supieran el gusto con que yo escucho las armonías que producen, y la buena voluntad con que les doy unos cuartos, se pasarían muchas horas á la puerta de mi casa.

Algunas mañanas, cuando, abstraído del mundo, estoy emborronando cuartillas, inunda de pronto la calle y entra por el balcón en mi despacho un torrente de cadenciosas notas que me roban el pensamiento y lo trasportan, envuelto en sus ondas, á otras épocas y á otros lugares donde bendigo, con el llanto en los ojos, unas veces á una mujer que está en la tierra y otras á una virgen que está en el cielo.

Conozco muchos organillos por su metal de voz y por su repertorio; las piezas de los unos son renovaciones de antiguos dolores y las de los otros reminiscencias de pasadas alegrías.

¡Cuántos beneficios producen las músicas de esos pobres instrumentos que van rodando por las calles y por las plazas de Madrid! ¡Cuántos pensamientos vigorizan, sobre todo si coinciden con unas nubes que se separan abriendo

paso á unos rayos de soll ¡Cuántas iras aplacan, ahuyentando la tempestad! La música de un organillo—lo sé por el protagonista del drama—hizo caer la pistola, ya amartillada, de la mano de un desesperado en el momento que iba á suicidarse; el organillo acertó á tocar la polka que estaba aprendiendo en el piano una hija suya de seis años.

Detrás de las malagueñas de un organillo, están, para mí, los faluchos atracados en el Guadalete, junto al Verjel, en el Puerto; las bocas de la Isla compradas para el camino; los cascabeles de la calesa que me lleva á mi pueblo; el chorro de manzanilla cayendo espumoso de la venencia á la caña en el ventorrillo del señó Antonio; aquellos pinares, arrullados por las olas del mar y por los picos de las tórtolas, que, rendidas del paso del Estrecho, caen á bandadas sobre sus ramas en el mes de las flores; aquel caserío tan blanco bajo aquel cielo tan azul, y el beso de aquella madre...

Dice mi amigo Enrique Triviño que el Ayuntamiento debería subvencionar á los tocadores de organillos; así lo creo yo también, y con nosotros lo creen de seguro todas aquellas personas que no tienen por corazón una alcachofa y una oreja enfrente de la otra. Soy de condición blanda y apacible; pero tomaría parte en un motín contra el Municipio que persiguiese á esos bienhechores industriales.

Hay semejanza entre los organillistas y los afiladores de cuchillos y de tijeras.

La diferencia consiste en que los organillos son piedras ambulantes de afinar el alma.

www.libtool.com.cn

*
* *

No hace mucho tiempo me presentaron á la Marquesa de... en casa de unos amigos, y el olor, el ambiente de aquella dama aristocrática, me trajo el recuerdo de otra mujer, menos ilustre, pero sí tan hermosa. La Marquesa me hablaba de los días tristes que acababa de pasar junto á la cuna de un ángel que se le había muerto de garrotillo, y yo, aspirando el perfume de ella (que tiene por cierto entre otros encantos una dentadura divina, sin más defecto que una ligerísima y graciosa mella en la sarta de perlas superior), en lugar de oír las precocidades del chiquitín, de que dió muestras increíbles en sus últimos instantes, y de contemplar el cielo donde lo recibieron sus hermanos de alas de oro, recordaba mis glorias de otros tiempos, oliendo á lo que olía la gentil Marquesa.

Yo la miraba fijamente y aun movía la cabeza en señal de asentimiento, ó á uno y otro lado, exclamando: «¡Oh!», en testimonio de asombro y de duelo; pero en vez de recoger el tristísimo cuadro que me iba pintando con voz dolorida y celestial, surgían de mi memoria un gabinete amarillo, cuya atmósfera estaba impregnada del perfume de mi interlocutora; sobre la chimenea, bajo un caballo de bronce

acometido por un tigre, la esfera de un reloj señalando las nueve y media; la mujer del recuerdo, recostada en una butaca, ocultando sus mejores hechizos, bajo los pliegues de un lujoso peineador; su riquísima trenza castaña, mal recogida atrás con unas horquillas; sus blancos y monísimos pies jugueteando con las zapatillas sobre un primoroso cojín, y su boca incomparable, diciéndome repetidas veces: «No seas pesado y no leas más;» luego veía el cortinón de seda que separaba aquel gabinete de una alcoba; en ésta, los encajes, que, sobre fondo celeste, cubrían la pared; la colgadura, los edredones de pluma, la revuelta colcha de raso... Y tornando, por último, al gabinete, un velador, dos tazas japonesas en las que humeaba un chocolate no sorbido mejor por los frailes Jerónimos, y la cara picaresca de Pascuala, advirtiéndome á su señorita con una mirada: «¡Si por mano del pecado entrase ahora!»

*
**

También son los pregones buenos despertadores de recuerdos.

Todavía recorre las calles del Puerto de Santa María un serrano que vende espliego (allí se llama alhucema), y cada vez que lo escucho, se me quitan tres docenas y pico de años de encima.

Los chiquillos de mi tiempo, cuando al salir de la escuela se tropezaban con él, le preguntaban en coro:

—Tío, ¿á qué me huele...?

El serrano, sin hacer caso de aquellos granujas, seguía voceando tranquilamente:

¡Alhucema!



No lejos de la plaza de Oriente vivía el año de... una mujer selecta. Creo que el inventor de los enemigos del alma la adivinó, cuando puso la carne detrás del mundo y del demonio; al conocerla, supe por qué la Venus de Milo no tiene brazos; se llamaba Rosa; yo gustaba mucho de hacerla rabiarse, á fin de hacer luego las paces con la más perfecta reproducción del Ángel caído; y para encender su soberbia, no había como decirle, con apariencia de convicción, que después de todo no era gran cosa su belleza. Pues bien; uno de los días que tal le manifesté, pasó á la sazón por la calle con su canasto lleno de masa frita una mujer que pregona:

—*La rosera... rosas... A cuarto... rosas.*

—¿Lo ves?—le dije.—Hasta esa vendedora asegura que no vales dos cuartos.

Desde entonces, siempre que oigo á la rosera, me acuerdo de los dedos más bonitos que se vieron en manos y de las uñas más pulidas que dieron arañazos.

Sin embargo, el pregón que me recuerda más á Rosa, porque lo escuchábamos dos ó tres veces algunos días, es el de un pobre, ya viejo, que desde hace muchos años anda por Madrid con su mercancía, gritando:

—*¡El requesonero... de Miraflores de la Sierra!*

*
**

Sin evocar, como por desgracia pudiera hacerlo, tristísimas memorias, concluyo diciendo que hay alguna exactitud en eso de que á nuestro parecer

*cualquiera tiempo pasado
fué mejor,*

y que los organillos, los sahumeros y los pregones nos traen pedazos de esos tiempos.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

ARTICULO DE MODA



L cochero es un hombre cano, de mal pergeño y con las narices de color de almagra. Sentado en el pescante, tiene las riendas en la mano y mira al cielo poniendo una cara en que se lee, como en un libro de letras gordas, este pensamiento:

—Veremos á ver ahora quién paga el viaje.

Más de cien personas rodean el coche, custodiado por dos guardias de orden público al lado de cada portezuela, cuyos cristales están levantados; y para mirar á través de ellos lo que pasa dentro, la gente se pone de puntillas y estira el cuello.

La curiosidad es grande. Como el vehículo se ha parado en una calle estrecha y junto á la valla de una obra, no pocos espectadores, después de colarse por una abertura de aquélla, contemplan el simón, subidos unos sobre sillares, y otros en una carreta medio cargada de ladrillos.

Quien está dentro del coche es un joven de

veintitantos años, muerto de un tiro que se acaba de pegar en la cabeza.

—¡Qué escándalo!—vocifera un mercader de géneros, chato y con el hongo muy empolvado, dueño de la jaula de cinco pisos que levantan los albañiles y los carpinteros.—¡Dos horas ese cadáver *insepulcro*, y el juez sin venir! Ea, ea—añade dirigiéndose á los operarios,—á trabajar, que aquí no tienen VV. nada que ver.

—¡Valiente locura es matarse!—dice un señor enorme y desaseado que tiene la pipa en una mano y se golpea con la otra el vientre.—El que me dé á mí un disgusto...

—*Miste* que llamar loco á...—le responde una chula muy bonita, anudándose el pañuelo de la cabeza por debajo de la barba.—Si una que yo conozco hubiera estado loca, le habría *dao* morcilla á otro, antes de tomar ella los fósforos *disolutos* en agua.

—Tiene razón la señora—afirma un tipo clásico de petardistas, de la categoría de perro grande.—Si estuvieran locos, harían lo que yo haré cuando me vuelvan el juicio las penas y me decida á dejar de ser inquilino de la carne. Antes de salirme de ella por el agujero de una bala, les retorceré el pescuezo al usurero que me daba, al millón por ciento, el dinero, y al taurer que, conociendo mi debilidad por las sotas, se lo llevaba tirándome el pego.

—Pues justamente están locos—replica el gordo,—porque eso sería lo cuerdo.

—Por *cazualidá*—dice un cabo del batallón

de escribientes, que debe ser de la Sierra de Algor,—sé yo por qué *samatao* ese hombre. El tal, es decir, el muerto, *samatao* porque él quería una mujer, y...

—Haberlo dicho, señor, haberlo dicho—le interrumpió con vehemencia un zanquilargo, con ojos de carnero degollado y un sombrero que apenas le encajaba en la cabeza.—Haberlo dicho y yo le hubiera proporcionado la mía, su hermana y su mamá, que son tres alhajas.

—De modo—interroga un hombre chiquitín á un obrero, tomando apuntes con un lápiz al mismo tiempo que raja como una cotorra,—que V. está seguro de que se introdujo el cañón del revólver por el oído izquierdo. Bien. Luego sonó el tiro: el coche se paró, y V. lo vió entonces. Magnífico. ¿Hacia muchas contorsiones? ¿Y de qué color es el pantalón?

—¿Qué le importa á V. eso?—salta un tío mal encarado, de zamarra y montera de piel de conejo.—¿Para qué va V. á dar al público esa mala noticia? Pues *usté* no ve que si un pobre está en duda de si va ó no al *viaduto*, se anima con el ejemplo y lo hace? ¿No sabe *usté* que aquí, en haciendo punta uno por cualquier parte, siempre lo sigue alguien?

—Desengáñese *usté*—grita, en otro grupo, un mozo de café, con el paño al hombro, una bandeja en la mano izquierda y accionando con la derecha;—para tirarse desde un piso tercero, ó pegarse un tiro, se necesitan muchos de los que V. no tiene, que son hígados.

—Y saber distinguir—agrega la chula.—Todavía no he visto yo matarse á ningún sinvergüenza.

—¡Pobre madre!—exclama una señora vestida de negro.

—El suicida—observa un sietemesino con espejuelos, que habla enfáticamente y es ganoso—tiene valor para perder la vida; pero no fortaleza de espíritu para correr un temporal largo y deshecho.

—Terribles son—añade un joven médico que lo acompaña—los sufrimientos físicos, los del cáncer del estómago, por ejemplo; pero éstos resultarían tolerabilísimos, comparados con los de un alma que ha perdido la última esperanza en este mundo y se resuelve á abandonarlo.

—Este debe ser—le refiere á tres ó cuatro un curial que lleva un proceso debajo del brazo izquierdo—el oficial habilitado que desfalcó hace pocos días de no recuerdo qué regimiento.

—¡Oh!—advierte un viejo con el bigote de cepillo recortado y que luce un botón rojo en el ojal de la levita.—En ese caso, y lo mismo que yo pienso pensarán todos sus compañeros, ha hecho bien en pegarse el tiro. Entre la honra y la vida no hay duda posible. Antes perder cien vidas que vivir deshonorado.

—Tal vez tuviese alguna enfermedad crónica—dice una señora de buen ver todavía, pero muy pintada, que viene con la chica de la compra;—y porque los papás no se enterasen...

—Cá, no señora—ensarta uno que tiene ga-

nas de conversación.—Ese joven, como si lo viera, salió mal de los exámenes en su pueblo; el padre lo echó á Madrid con unas cartas de recomendación y unos duros; nadie le hizo caso; empezó por empeñar la capa; siguió dando sablazos de dos reales, y de ahí...

—¡Y que están los mercados de Madrid— replica la jamona—que ya, ya! Sale V. con un duro y se vuelve sin él, y con la cesta vacía.

A este punto llega el señor juez de guardia; los de orden público echan atrás á la gente; aquél abre una portezuela, registra al suicida, manda extender una diligencia y dispone la conducción del cadáver al depósito del cementerio, arrancando el coche, seguido de los agentes de la autoridad.

Un discípulo de Allan Kardec se queda perorando así:

—Se ha divertido ese pobre mozo. Todo cuanto sufría su alma era miel de azahar, en comparación de lo que está pasando ahora, Dios sabe por cuanto tiempo, en esa desencarnación violenta. Después, se encontrará lo mismo que antes, con un cuerpo fluído en vez del sólido que ha dejado, viendo á su amada en brazos de su rival, si se mató, v. gr., por celos, ó aguantando otro infierno semejante, y teniendo que volver á este mundo, quizá en peores condiciones...

El orador no continúa porque se ha quedado solo.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EL COMETA



OBSERVÁNDOLO con buenos anteojos, se ve una luna del tamaño de una naranja, envuelta en niveos vellones menos luminosos, y todo esto rodeado y seguido de una cola que semeja la caída de un gran caño vertical de agua, y cuyo desvanecido fulgor es más pálido que los del núcleo y su envolvente.

El foco está situado en el de una elipse, á cuya figura se aproximan las nubecillas blancas que lo rodean, y aquél y éstas en la cabeza de una parábola cuyas ramas determinan la cola del cometa, que parece salpicada de los astros que trasparentea, ofreciendo un espectáculo admirable en las noches serenas y sin más claridad en el firmamento que la escasa de las estrellas.

¿Qué será el cometa? ¿Será—como dice el clero, de acuerdo con señá María Domínguez, que es una vieja muy simpática, de mi pueblo, de

cabeza tan despejada que se mete en las narices una caja de rapé todos los días—la señal de que el Padre Eterno está furioso con nosotros, y aviso que si no le damos á San Pedro una parte de nuestro dinero van á ser confites para las desdichas que vendrán, los terremotos de Chío y de Manila, las inundaciones de Murcia y los horrores del tigre Abu-Amema?

¿Será el coche correo conductor de los gases que necesiten enviarse unos á otros los distintos sistemas planetarios, tal como se comunican entre sí los planetas de cada sistema, por medio de los bólidos y de los aerolitos? ¿Será un planeta en formación? ¿Será el alma de un planeta muerto? ¿Qué será el cometa?—le preguntaba yo días pasados á un paisano mío, recién llegado del pueblo á Madrid, para asuntos electorales.

—Pues allí lo tiene V.—me respondió—vendiendo molletes calientes desde que Dios echa su luces.

—Pero, ¿de quién habla V.?

—De el Cometa. ¿No quiere V. saber de él?

Mi paisano se refería á otro que lo es de los dos, y que tiene por oficio en el pueblo vender por las mañanas esos panecillos chatos, redondos, pequeños, blancos, esponjados y de poca cochura, que embadurnados en caliente de buena manteca, y comidos con un chocolate de tarea casera, son tan ricos, que vayan mucho enhoramala las ensaimadas, los bollos de tahona y los mojicones.

Sin duda por la velocidad planetaria con que ese industrial recorre las calles cuando va con el brazo metido por el asa del canasto de los molletes, le llaman el Cometa. Este sujeto, en la época de la insurrección cantonal, fué el héroe de la escena que voy á relatar en el presente artículo.

El pueblo á que me refiero es un puerto de mar de la tierra donde llaman ch́charos á los guisantes y alcauciles á las alcachofas; puerto de cuya topografía, á partir desde el muelle, es preciso que digamos algunas palabras.

Entrando por el Arco que comunica á aquél con la población, se pasa por una calle estrecha y mal empedrada, y se llega á una plaza, dos de cuyos frentes los ocupan, el uno, la iglesia, que de cintura abajo es mezquita mora, y de cintura arriba, templo cristiano; y el ótro un castillo, fortaleza árabe, con sus torres cuadradas y sus almenas, y cuya fachada principal, encalada y con modernos balcones, es una especie de Luis XVI con el gorro frigio calado.

No muy lejos de esta plaza hay otras dos contiguas, de tres lados la una, con su paseo en el centro, triangular también, dotado de asientos de piedra con espaldar de hierro y sombreado por copudas acacias; esta es la plaza de nombre mudable, en acta del municipio, con arreglo á los vientos políticos reinantes; hoy se llama plaza de la Constitución. La otra se apellida de la Caridad y en ella enclava la botica, á cuya puerta, que no es una puerta como otra

cualquiera, sino, entiéndase bien, la puerta de la botica, casi una institución, se vienen reuniendo por mañana y tarde, en sabroso mentidero, los notables del pueblo desde que llegaron á él las primeras espátulas y las primeras redomas, y allí se acordó, apesar de que el pueblo, á fuer de laborioso como ninguno, está siempre como una balsa de aceite, que mientras durase el cañoneo entre San Fernando y la Carraca, se montara por las noches una guardia en el muelle, compuesta de los ciudadanos que el alcalde designara, cada uno de los cuales debía presentarse allí, con su escopeta, después del toque de ánimas.

Aún no habían concluído de sonar las campanadas de las nueve en el reloj del Ayuntamiento la noche que empezó á regir el decreto, cuando se presentó en la tienda del montañés que hay en el muelle, á la izquierda del Arco, en el pórtico de la cual se había constituido la guardia, compuesta de ocho ó nueve números, entre trabajadores de campo y marineros, ó terrestres y gente de la mar, como allí se dice, los cuales estaban sentados alrededor de una mesa, alumbrada por un velón, teniendo delante cada uno un vaso de aguardiente del que allí se llama *flin flan*, cuando se presentó, repito, un hombre de treinta y cinco años, alto, delgado, moreno, sin bigote ni barbas, de facciones vulgares, pero dando tono á su fisonomía un gesto entre hipócrita y rufián.

Llevaba un calañés muy viejo, una chaqueti-

lla y un pantalón de dril, unos zapatos de vaca, una canana sobre la faja negra y la escopeta al hombro.

—¿Quién de VV.—dijo al acercarse á los que bebían—es aquí *er* gobierno?

—¿Qué se le ofrece á V.?—le respondió un tío muy gordo después de echarse al cuerpo, haciéndolo saltar desde el cristal á la boca, el líquido de medio vaso.

—Se me ofrece que aquí está la persona de José Fernández García, por *mar* nombre el Cometa, que se presenta con el arma que tiene, por *mor* de disposición de señó Roque *er* ministro.

—Pues *dejusté* la escopeta con las de *acá*, en aquel rincón, y *arrimusté* una silla, y *piasté* café, ó una cañita de vino, ó lo que V. quiera —le ordenó el gobierno.



—Cuando estamos aquí esta fuerza—pensaba el Cometa, que á las tres de la madrugada había entrado de centinela, y con la escopeta afianzada se paseaba por delante del Arco;— cuando estamos aquí esta fuerza es porque el secretario del Cabildo (en esa villa, como en muchas partes, lo hace todo el secretario) tiene noticias de que aquí se nos va á venir encima, ó la escuadra por la mar, ó algún ejército por el arrecife del Puerto; y como todos tengan el propósito de hacer la defensa que yo, me pare-

ce á mí que ni la de Guzmán el Bueno va á tener que ver en comparación de la nuestra.

Esto pensaba el Cometa, cuando por la plaza de la Iglesia bajaban, camino del muelle, siete ú ocho trabajadores de campo, llevando cada uno su borrico por delante, con el serón sobre la albarda, y en los cogujones canastas de uvas, sandías y hortalizas, para embarcarlas en un falucho que salía para Sevilla al amanecer: sobre algunas bestias iban sentados los perritos de los amos, y así, hablando los campesinos en voz muy alta, que resonaba más con el silencio de la noche, entraron por el callejón que conduce al Arco donde estaba José Fernández García, el cual, no bien sintió la bulla, se creyó sorprendido por el ejército, y lo primero que se le ocurrió fué meter mano á *juir* (como él se dijo); pero reflexionando que tenía que tirarse al mar y no era gran nadador, optó por echarse la escopeta á la cara y endilgar á los enemigos, con voces descompasadas, este roción:

—¡Arto! ¡Arto! ¡Arto! ¡Mardita sea vuestra arma! ¡So pillos! ¡Arto! ¡Por vida de Dios que no vais á quedar uno vivo! ¡Arto, tunantes!— y cuantas blasfemias y desvergüenzas y picardías pueda el lector imaginarse.

Los campesinos, al oír tales atrocidades, y divisando del lado allá del Arco, donde había más claridad que en el callejón, aquel hombre apuntando con un arma de fuego, gritaban:

—¡So, burra...! ¡So, borrico! ¡Párate, hom-

bre, que *semos* nosotros! ¡So, burral! ¿Pero se ha vuelto loco el Cometa?

Esa algazara, que sazonzaban los ladridos de los perros, despertó á los números de la guardia que dormían sobre los bancos de la tienda, y se levantaron sobresaltados gritando: ¡a las armas!

Por fin, el cabo, hombre tan sereno como lo exigían sus libras, puso la cosa en claro, y encarándose con el Fernández García, le echó esta filípica:

—Oiga V., señó Cometa: ¿Usted se ha *figurao* que esto es vender molletes calientes? ¿Qué necesidad tiene V. de insultar á *naide*? ¿No le dí á V. la *consina* de «*arto, arto, arto*» por tres veces, sin esa *retagila* de brutalidades? Lo primero que dice la ordenanza *pa* la *sentinela* es que tenga muchísima educación.

—*Escuchusté*, amigo—contestó el Cometa, —y si esta gente se me echa á mí encima, ¿con qué iba yo á defender mi pellejo, si no le *suelto* la *retagila*?

—No me replique V., que soy el cabo. Le dije á V. que si á las tres veces de echarles el «*arto*, quién vive, España, qué gente, paisano» no le contestaban, les hiciera V. fuego.

—Pero ¿qué fuego, ni qué fuego, cristiano?—replicó el Cometa.—¿No *estasté* viendo que la *tal por cual* de la escopeta no tiene llave?



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EL GAZPACHO ANDALUZ

CADIZ, 20 de julio.—Querido Manolo: La escuadra zarpa el 26 y el viaje durará tres ó cuatro meses. Te ruego, por nuestra fraternal amistad, que antes de salir yo á la mar, me proporciones una ocasión de hablar con Enriqueta, si quiera diez minutos.

Me quiere, lo sé, y no me resigno á embarcarme—aunque arriesgue la carrera—sin oír de sus labios lo que me han repetido tanto sus ojos; sin la esperanza de recibir de vez en cuando algo de su corazón, puesto en letras por sus manos. Perdóname. Estoy loco. Tuyo, *Salvador*.—Haz que D.^a Nicolasa reviente de un cólico.»

«ROTA, 21 noche.—No es muy airoso el papel que me designas en la comedia de tus amores, amigo Salvador; pero ese y otro de menos cuantía estoy yo dispuesto á hacer por tu felicidad. Pasado mañana fletas un bote con el

tiempo suficiente, según el viento, para atracar á este muelle á las cinco de la tarde. Aquí te esperará el cabo de matrícula que tú conoces. Lo sigues á donde te lleve, y allí me aguardas y allí la verás. Tu invariable, *Manuel*.—Prepara á D.^a Nicolasa un cólico de gazpacho. Tráete tres ó cuatro libras de hielo.»

*
* *

22 de julio, diez de la noche.

La escena es en el patio de la mejor casa de Rota.

El toldo está plegado, descubriendo los fulgores de las estrellas de aquel divino cielo.

De las azoteas baja un fresco delicioso que se impregna del aroma de los claveles y de la albahaca de los tiestos que rodean el brocal del aljibe.

La iluminación es espléndida y la vierten las bujías de los candelabros de pared, que alternan, en los cuatro frentes, con graciosas macetillas llenas de dalias y azucenas, sobre lechos de retama. El portón está abierto, y el oscuro zaguán cuajado de gente campesina, que presencia muda la fiesta. De los techos de los corredores penden jaulas con canarios, y por las vigas asoman los nidos de las golondrinas.

La animación es grande; las mecedoras, las sillas y los sofás de verano están ocupados por

multitud de mamás y de hechiceras niñas, bañistas de Jerez, de Sevilla y de otros puntos de las provincias andaluzas. El personal masculino es menos numeroso y se despacha á su gusto en materia de galanteos. Una jamona de buen ver, con un lunar muy peludo en la barba, toca el piano, y su hija, una rubia chata con mucha sal, canta sevillanas que bailan cuatro ángeles de carne y hueso al repiqueteo de las castañuelas y con el donaire peculiar de Sierra Morena para abajo.

Fijémonos ahora en las personas que interesan á nuestro cuento, que pica en historia.

*
* *

D.^a Nicolasa, viuda de un director de Contribuciones progresista, es una sesentona alta, flaca, biliosa, que se cuelga muchos diges, come más que un sabañón, raja más que una cotorra y presume de autoridad en materia de cocina. Su purgatorio es pensar que su hija puede casarse; es la Medea del amor maternal, y así consiente á aquélla todo linaje de coqueteos, hasta cierto punto, bajo la condición de que no tenga ningún novio formal; pero ya le va pesando su tolerancia, pues hace algún tiempo que la chica está tristona y ojerosa y come poco y duerme desasosegada.

Enriqueta, sin ser muy bonita, es un hechizo.

Alta, bien formada, nariz grande, labios gruesos, blanca, de buen color, con el cutis delicadísimo, cabello negro rizado, unos dientes, una garganta y unas manos que son tres tentaciones mortales, y sobre todo, un imán, una buena sombra, un no sé qué en la conversación, en el mirar y en el sonreír, que explican perfectamente que Salvador delire por ella, y que aquella noche, como allí donde se presenta, sea la reina del patio.

—Conque mi Sra. D.^a Nicolasa—dice Manuel á la vieja compuesta,—mañana vamos á la huerta á que V. aprenda á hacer el gazpacho ¿eh?

—Sí, mañana, y me alegro mucho, á ver si ésta se distrae un rato. ¿Oyes, niña?

—Sí, mamá—responde Enriqueta afectando indiferencia.

—Usted será la ayudanta, Enriquetita.

—Justo, me servirá de galopina—añade la madre,—y crea V. que hará su papel á las mil maravillas. Usted, Manolito, no me dice nada mientras yo no me equivoque, y le aseguro que lo haré mejor que su cocinera. ¡Tengo yo unas manos!

—El busilis del gazpacho, señora, está en menear mucho los componentes para que el aceite no haga ojo y el caldo resulte limpio y claro. Debe batirse la pasta una hora lo menos. ¿De qué se ríe V., Enriqueta?

—De lo que dice V.

—Corriente. Mañana á las seis voy á buscar

á VV. y nos vamos á la huerta, que está junto á las tapias del pueblo.

Enriqueta bailó mucho y estuvo muy contenta aquella noche.



La huerta está situada detrás de la playa, marcando el lindero unas lomas de arena erizadas de lentiscos.

Es encantadora la caída de la tarde del día 23. El pedazo de cañaveral que rodea la noria se balancea susurrando al manso impulso de la virazón y reproduce su movible verdura en el espejo de la alberca, cuyo cristal rompen, aquí y acullá, los pececillos de colores que aparecen un instante para coger las moras que sobrenadan, caídas de un árbol secular de amplio ramaje.

La casa de la huerta está contigua á la noria, y entre una y otra hay, sobre la mesa, una sopera, un mortero y una alcarraza llena de agua como la nieve. En derredor de la mesa están, D.^a Nicolasa, Enriqueta, Manuel, María la hortelana, que es un tomo en folio y en rústica del año 25, de cara lustrosa y agradable, y el hortelano, que es un espárrago triguero, de ojos vivarachos.

—¿Vino aquel mozo con el hielo?—pregunta Manuel á la hortelana.

—Allá dentro está todo, señorito—responde María con cierto retintín.

—Pues vaya V. con su marido á la casa para ir entregando á la Srta. Enriqueta lo que la señora mande pedir.

Los hortelanos obedecen.

Enriqueta disimula la emoción que siente su alma, yendo, de la alberca al establo y del establo á la pocilga, por cima de cuya valla de tablas asoman los cerdos gruñendo, sus hocicos de color de plomo.

—Ea, D.^a Nicolasa—dice Manuel,—empuñe V. la mano del mortero y comience á dar disposiciones.

—Niña—ordena la exdirectora,—tráete un diente de ajo, un pimiento verde y un puñado de sal.

Enriqueta se va y vuelve al poco rato, encendida como la grana, y con el pedido en las manos; se lo entrega á su madre, y ésta lo va machacando con tanta destreza como si toda su vida no hubiera hecho otra faena.

—Ahora vas y pelas dos ó tres tomates, los partes y me los traes en un plato; bien descorazonados ¿eh?, y además que te den un buen migajón de pan, el aceite y el vinagre.

Seis ó siete minutos después torna Enriqueta con los dichos ingredientes y las mejillas menos encendidas; pero los ojos más brillantes, volviéndose en seguida á la casa para partir pan en pedacitos muy pequeños y unas ruedas de pepino.

D.^a Nicolasa va echando en el mortero tomate, miga de pan, aceite y vinagre, y, con varios descansos, se está mezclando y batiendo aquella pasta tres cuartos de hora, durante los cuales habla con Manuel de lo eterno y de lo finito, de lo divino y de lo humano, del boticario *** y del puente de Luchana.

Por fin vierte la exdirectora la pasta en la sopera, llama á Enriqueta, que acude volviendo la cara atrás y descolorida y mustia, con el pan partido, las ruedas de pepino y un pedazo de hielo, todo lo cual, con el agua de la alcarraza, se echa sobre la pasta (allí se llama *arranque*) y queda confeccionado el gazpacho que sirven á los señores los hortelanos, y está riquísimo para gloria é infierno de D.^a Nicolasa.



El sol se ha puesto. Por el ancho cóncavo se va acentuando cada vez más la sombra y parece un fanal azul oscuro que limita en derredor el horizonte: en el ocaso, una zona encendida de color de grana se va perdiendo en otra de ópalo, que se desvanece en el tono general del cielo; parece que bajan los luceros, al acentuarse cada vez más sus fugitivas irradiaciones; ya no se oyen músicas de pájaros; la última bandada de aviones acaba de surcar el aire, rápida y en ruidosa algarabía, con rumbo al pueblo, y co-

mienzan á revolotear los murciélagos: en medio de aquel reposo de la naturaleza, se destacan más en la huerta los varios tonos del pausado chirriar de la noria, el alegre rumor del agua que desciende al caz desde los canjilones, y el son lejano de la rompiente del mar.

—Vamos, niña, vamos, que ya es tarde— dice la vieja,—y ponte el pañuelo de crespón, que hace fresco.

Manuel ofrece el brazo á D.^a Nicolasa, y delante de ellos van Enriqueta y la hortelana hablando bajito.

Por el frente de la casa, bajo cuya ventana pasa la atarjea, y junto á ésta, hay un pedazo de tierra cercado de romero y de malvarrosa, en el cual se alzan en desorden varios tallos de adelfas, mosquetas de olor, dalias y claveles. En este jardinillo detiene Manuel á D.^a Nicolasa, y la distrae cogiendo algunas flores.

Aprovechando la ocasión, Enriqueta agita el pañuelo y saluda á un rubio, buen mozo, que, vestido de oficial de la armada, con insignias de alférez de navío, traspone las lomas de arena por donde se va á la playa, y se contenta con andar volviendo á cada instante la cabeza, sin atreverse á decir «adiós» con la gorra ni con la mano.

D.^a Nicolasa no se apercibe de esta despedida; pero sí de que dos lágrimas corren por las mejillas de Enriqueta.

—¿Estás llorando, hija mía?—exclama llena de sobresalto.—¿Qué tienes? ¡Jesús!

—Por Dios, mamá, ¿qué he de tener?—responde aquella.—No lloro. Se me caen las lágrimas porque después de andar con ajos me he llevado sin pensar las manos á los ojos.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EN EL ALBUM DE ASUNCION (1)

L nuevo Cruz (don Ramón)
una hoja en blanco me entrega
de un álbum, para que cante
tus hechizos, Asunción:
¿quién resiste á semejante
tentación?

Me dice que eres morena,
y que nadie con más garbo
da movimiento á la ropa
desde Cádiz á Lucená;
¡es decir, le echa á la sopa
yerbabuena!

Que allá arriba nadie para
por los pleitos que mantienen,
con cruellísimos enojos,
sobre qué luz es más clara,
los luceros con los ojos
de tu cara.

(1) Hermana política del autor de *La canción de la Lola*.

Que deja el clavel galano
á la gardenia olorosa,
al ver tu gentil figura,
por que lo tronche tu mano
y lo muerda tu preciosa
dentadura.

Quien á tal extremo llega
en su alabanza es de chulas
y pincha-ratas el bardo
que á España de sal anega;
un tal señor don Ricardo
de la Vega.

Yo, Asunción, sólo le arguyo
que á mujer tan linda y santa
á quererla bien me obliga;
que todo el elogio es suyo,
que la Virgen te bendiga...
y concluyo.





www.libtool.com.cn

EL MAGICO PRODIGIOSO



UNA de las obras de más alto vuelo del genio dramático del siglo XVII, es, á nuestro parecer, la que sirve de epígrafe á este artículo, que escribimos para los que la hayan estudiado y digerido, dato con que ha de contar siempre el crítico, apartándose de la enojosa senda de dar pobre idea de una producción con el esqueleto de su plan, contrahecho quizá en el relato, para juzgarlo después de fatigar, con inútil hojarasca, el ánimo de los que la han visto representar, y el de los que no, con un fallo cuya justicia no pueden apreciar bien por desconocer los pormenores más interesantes del drama. Omitimos, pues, la relación del argumento, y comenzamos nuestro trabajo, modesto estudio, que no pretenciosa crítica, por el análisis de su pensamiento fundamental, para seguir al de su estructura y acabar con el de su forma literaria, siendo muy breves en esas excursiones á cada

uno de los tres elementos que constituyen la obra de arte.

La idea de Calderón, al escribir *El mágico prodigioso*, no debió ser otra cosa sino la de poner en acción las razones más valiosas de su tiempo, á fin de patentizar la unidad de Dios, sus atributos y la inmortalidad del alma, según los dogmas católicos, para lo cual hace que la escena de su drama sea en un pueblo pagano, y que figuren entre sus personajes paganos y cristianos, siendo los protagonistas, un sabio de los primeros, que no convencido por la razón de la verdad de sus dioses, busca el Dios único, cuya definición ha leído en un pasaje de Plinio, y una cristiana de inteligencia vulgar, de gran hermosura de espíritu y de voluntad de diamante, de la cual se enamora el primero por arte diabólica.

El demonio quiere perder á Justina ennegreciendo las azucenas de su alma, y á Cipriano apagando la luz de su entendimiento, para lo cual infunde en el pecho de éste un amor violentísimo por la cristiana, amor que le venda la razón hasta el punto de escriturar su sér al Rey de los infiernos á precio de la posesión de su adorada, y á ella la impele al pecado haciendo volar su imaginación por las esferas más candentes del sensualismo, complacencia cerebral que no tiene potencia bastante para que, invadido el espíritu, mueva éste á la carne á la ejecución del mal pensamiento.

Cipriano, victorioso en la lucha de la razón,

departiendo con el demonio, sacrifica los fueros de aquélla á la violencia de su deseo; pero no satisfecho éste á causa del triunfo conseguido contra la tentación por el espíritu de Justina, triunfo que se condensa en aquella preciosa quintilla:

Pues no lograrás tu intento;
que esta pena, esta pasión
que afligió mi pensamiento,
llevó la imaginación,
pero no el consentimiento;

engañado Cipriano, repetimos, increpa á Satanás y de nuevo lo vence, volviendo á su razón, por la victoria de Justina, el convencimiento de que es el verdadero y único el Dios de los cristianos.

En una palabra, Cipriano tiene una razón bastante adelantada para conocer á Dios, y Justina un espíritu bastante puro para sentirlo, y la inteligencia de aquél y el sentimiento de ésta son lo sobrado fuertes para no desposeerse el primero de una verdad bien pensada, y la segunda de una verdad bien sentida. Calderón, sin embargo, hace que en Cipriano sucumba la razón, y que lo salve la entereza de Justina, siguiendo en esto, como es natural, las huellas del catolicismo, que pospone á todo la sabiduría: la pureza, la candidez ignorante, es la que logra la palma contra el demonio, envolviendo á Cipriano en su gloria; pensamiento tan absurdo como absurda es la virtud de *la gracia*, esto es, del don divino en favor de la criatura, sin

merecimiento de ésta, admitido lo cual se llega á la consecuencia de que la perfección no se alcanza por el pulimento de la razón en las piedras del saber y del espíritu en los crisoles del arte y de la materia en las forjas del trabajo, sino simplemente por la gracia de Dios.

Sin embargo, el genio de Calderón, que había de plegarse á las exigencias de su siglo, descubre sus brillantes facetas á través de las nubes del fanatismo, y Cipriano, al razonar sobre Dios, descubre que es el INFINITO, que es la SUSTANCIA ÚNICA:

Un principio sin principio,
una esencia, una sustancia,
un poder y un querer solo;
y cuando como éste haya
una, dos ó más personas,
una deidad soberana
ha de ser sola en la esencia,
causa de todas las causas;

hace el deslinde entre la inteligencia que piensa, el alma que siente y la materia que hace, que si las tres tienen por origen la misma SUSTANCIA ÚNICA, claro es que constituyen la divina trilogía, una en esencia; discurre sobre Dios y lo alcanza EXCLUSIVAMENTE por la razón; define la Providencia y encuentra que sus auxilios nos vienen del mundo de las almas, por medio de

unos espíritus que andan
entre nosotros, dictando

las obras buenas y malas,
argumento que asegura
la inmortalidad del alma;

www.libtool.com.cn

es decir, que no se trata de ángeles, querubines y dominaciones, sino de almas que fueron en moldes carnales; y estos chispazos de racionalismo, unidos á la envidia democrática de *El alcalde de Zalamea*, y á su poca subordinación á los preceptos académicos greco-latinos, son causa de que Calderón, por mucho que vivió siempre como varón virtuoso y profundo católico, sea mal querido de todo linaje de tradicionalistas, así de la política como del arte.

No sabemos si la lectura de *El mágico prodigioso* daría á Goëthe, gran admirador de Calderón, algunas ideas para el *Fausto*: dicen los que de ello entienden, por más que me parece cosa difícil de averiguar, que cuando soñó á Margarita no conocía Goëthe el drama; pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que comparado con el poema, condenación la más grave que se ha puesto en letras del catolicismo, resulta *El mágico prodigioso* como una colina junto á la cordillera de los Andes.

La estructura de la obra es magnífica; está mejor sentida que pensada y mejor escrita que pensada y que sentida; la exposición, el desenvolvimiento y el desenlace son tres modelos; el interés, no sólo no decae un punto, sino que ni un punto deja de ser más vivo; y ante tan soberbia fábrica, que debemos mirar con la frente descubierta, sería irrespetuoso señalar la

desigualdad de una greca, ó el desconchado de un rosetón; sería presunción marcar defectos, indicar, v. gr. ~~que él no se justifica~~ nunca bien, sobre todo en aquella época, el volver á las vainas de las espadas desnudas de Floro y de Lelio; ni se concibe cómo dama de tanto recato cual Justina, toleraba en su casa moza tan liviana como Livia, cuyos amores *alternative* con Clarín y con Moscón, son dignos de una comedia en la que el teatro representara una alcoba de un burdel.

Pero aparte de esos descuidos, cuajados de bellezas en su misma inverosimilitud y en su propia desvergüenza, ¡qué notable unidad en la variedad! ¡Qué sobriedad de escenas! ¡Qué verdad, qué naturalidad, hasta en lo sobrenatural! ¡Qué riqueza de recursos! ¡Cómo se mueven los personajes á impulso de sus propias pasiones, sin que el autor los lleve de la mano! ¡Qué manera de hacerse solo el drama! ¡Qué distribución tan perfecta del plan en las tres jornadas! ¡Qué lógica tan inflexible, qué ausencia de todo ripio en la acción! ¡Qué magistral dibujo el de algunos, sólo algunos, caracteres! ¡Qué modo de desenvolverse con absoluta independencia el genio, salvando, intuitivamente, las verdaderas reglas de arte, teniendo en olvido las de los preceptistas rutinarios y enseñando, hace dos siglos, lo que todavía es materia de discusión, ociosa á nuestro parecer, en la prensa y en los ateneos, es á saber, que es absurdo el criterio del arte por el arte, y que el

drama, como cualquier obra artística, ha de tener razón, alma y cuerpo, trascendencia, sentimiento y forma, animando la idea fundamental cada una de sus variedades, así en la acción como en la hechura literaria: en resumen, y como hemos dicho en otra ocasión: una mujer por todo extremo encantadora, es una obra bella; pero no es una obra perfecta de arte si no la anima un espíritu purísimo y una razón de alteza tanta como su virtud y su hermosura.

La versificación de *El mágico prodigioso* es el primor de los primores en los pasajes de empeño, y desaliñada y asonantada y oscura en los de poca importancia; cuando el maestro eleva y fija su pensamiento para recibir los efluvios de la inspiración, salen de su pluma las ideas vestidas de gran gala; pero asimismo desdeña lo trivial y sale de ello lo más pronto y con la menor atención posible, no dignándose siquiera repararlo y corregirlo.

Son admirables la encarnación de la ciencia en la poesía y de ambas en una dicción irreprochable, galana, escultural, en la escena III de la primera jornada, entre el Demonio y Cipriano; la lógica y la belleza de la condenación del duelo en la esceua V; el romance de Lisandro:

El sol me faltó, y llevando
tras sí el día, por hacerme
compañía me dejó
á que le sustituyesen
las estrellas, como en prendas
de que presto vendría á verme;

y la gracia, por más que descocada, de los discretos entre Moscón, Livia y Clarín.

No hay manera de expresar, con cuatro pinceladas, toda la soberbia de Luzbel, sino con estos versos de un romance que pone Calderón en sus labios:

Más quiero en mi obstinación
con mis alientos briosos
despeñarme de bizarro,
que rendirme de medroso.

El lunar de la consonancia del segundo y cuarto verso, es una mancha del sol.

En la incomparable escena de la tentación, más parece que cantan los ángeles que los diablos:

No hay sujeto en que no imprima
el fuego de amor su llama,
pues vive más donde ama
el hombre que donde anima.

He aquí algunas frases de Justina:

Aquel ruiseñor amante
es quien respuesta me da,
enamorando constante
á su consorte, que está
un ramo más adelante.

Calla, ruiseñor, no aquí
imaginar me hagas ya,
por las quejas que te oí,
cómo un hombre sentirá
si siente un pájaro así.

El suspiro más tierno de un corazón enamorado no puede expresarse con más propiedad

que en esas dos quintillas, pasmo y regocijo y lágrimas de entusiasmo de los que tienen un corazón verdaderamente artístico; y no citaré más versos, que donde están los árboles tan preñados de fruta, encanto de la vista y regalo del paladar, la posesión de una enciende la codicia de coger las demás.

Pasando como sobre ascuas por la escena XXVI de la jornada tercera, caricatura extemporánea de las XXIII y XXV entre Justina y Cipriano antes de ir al cadalso, que son verdaderas maravillas, en la que se ajusta, sin el desvío de un pelo, la situación de los personajes á las frases que pronuncian, concluyo diciendo, que Calderón, tanto por sus atrevimientos filosóficos, en medio del más acendrado catolicismo, como por su independencia creadora en materia de arte, atributo inseparable del genio, es santo de poca devoción para los neos y para los clasicotes cosidos á los autós, que no tienen más patrón que los textos griegos y romanos, esclavos de la palabra rebuscada y del giro arcaico, que necesita decirse abriendo mucho la boca, ahuecando la voz y haciendo un calderón musical en cada palabra, sostenedores de esa escuela sevillana que no ve más que el cuerpo de la composición y no tiene ni noción siquiera de las filigranas del sentimiento ni de la trascendencia de una obra literaria.

En cambio le rinden pleito homenaje y ensalzan hasta sus defectos sus compañeros de inmortalidad Shelly, el émulo de Byrón, Goëthe,

Schiller, Corneille y todos los grandes pensadores del mundo civilizado; y aun en España, si á motejarlo se atreven Moratín, Sánchez Barbero y algunos actuales académicos, en cambio dice de él el gran Quintana:

Más enérgico y grave, á más altura
se eleva Calderón, y el cetro adquiere,
que aún en sus manos vigorosas dura.





www.libtool.com.cn

DE TEJAS ARRIBA



GN el cuerpo humano hay materia sólida, materia líquida y materia gaseosa, y ésta es, sin duda, la que se dilata y se sale del sólido y del líquido, llevándose algo del alma y algo del pensamiento, por mucho que siempre quede en relación con el cuerpo (que ni discurre entonces, ni siente y «está en el otro mundo,» como dice el vulgo) por medio de una estela fluídica, tan prolongada como lo sea la distancia á que se alejen la razón y el espíritu. Esto debe ser el sueño.

Lo cierto es que, según me ha sucedido ya varias veces, anoche me encontré, con la conciencia de que soñaba, desenfundado de mi cuerpo y sobre el mundo de los planos inclinados de tejas, de los cañones de las chimeneas, de las torres de las iglesias y de las boardillas; sobre el mundo, en fin, de los pobres y de los gatos.

Para cerciorarme de la realidad de la excursión aérea, quise probar á despertarme, con el propósito de soñar de nuevo, y apenas concebí el deseo, abrí los ojos, me volví del otro lado, oí las tres en el reloj del comedor, cayeron de nuevo mis párpados, y arrullado por la péndola, dí yo el primer ronquido cuando ella no había oscilado aun tres veces.

El fantasma blanco que me acompañó á la alcoba de la Marquesa la noche que describí en mi artículo «El alma sin funda,» y que ya se me había dado á conocer otro día como mi abuelo paterno, señor de quien yo tenía escasas noticias, y que me dijo que fué allá por los años de 1770 abogado de la Real Cancillería de Granada, me recibió, sobre la cama, á mi segunda salida de mi cuerpo, y me dijo:

—Hace muchas noches que no duermes bien. He venido á buscarte inútilmente una porción de ellas. Te acuestas cuando estás haciendo la digestión de la comida, se turba tu cerebro y deliras, que no sueñas, dentro de ti mismo, con los datos revueltos y confusos que á tu razón alterada le presta la memoria, ó eres juguete de algunos desocupados de este mundo que te fingen cualquier atrocidad: un despeñadero por el cual empiezas á rodar, ó un toro que te coge... ¿Qué plan tienes para esta noche?

—Yo quisiera, le contesté—ver á D. Pedro Calderón, y preguntarle si le han parecido bien las fiestas del Centenario.

Mi compañero se filtró conmigo por la pa-

red, pues sabido es que los sólidos y los líquidos son penetrables por los fluidos y nos encontramos cerca de una nube y sobre una población cercana á Madrid, que, á juzgar por sus frondosas arboledas, por la espléndida arquitectura de sus jardines y por su caudaloso río, no podía ser otra sino Aranjuez.

—¿Me ves?—me preguntó una voz inarticulada como todas las del otro mundo, pero que yo percibí de un timbre agradable y de un acento cariñoso.

—No, señor—contesté.

—¿Y ahora?

—El sujeto que me hablaba, al decir «y ahora» hizo sin duda esfuerzos para aumentar la densidad de su cuerpo material gaseoso, porque, en efecto, apareció á mis ojos, y le dije:

—Ahora veo que no es V. quien yo busco.

—Yo soy—me replicó—el que en una de sus muchas encarnaciones en la materia sólida, se llamó, de 1600 á 1681, D. Pedro Calderón de la Barca. ¿No te satisface lo que te digo? ¿Quieres ver el original de los retratos que lucen estos días las primeras planas de los periódicos y los escaparates de las librerías de la corte? Pues poco trabajo me cuesta transformarme, por el esfuerzo de mi voluntad, con arreglo al cristal que del «yo» de entonces conservo en la memoria.

Efectivamente, la figura anterior se transformó en el busto de D. Pedro Calderón, destacándose

en una nubecilla blanca, sobre el bosquejo de los hábitos, un rostro moreno, rugoso, largo, varonil, pero poco simpático, de melena canosa, frente despejada, cejas, bigote y perilla blancos, ojos inteligentes de mirar severo, nariz aguileña, boca dura, pómulos salientes y colorados y orejas grandes.

—¡Saludo—exclamé—al genio!...

—Basta, basta—me interrumpió.—Ten cuidado de sentir aquí siempre lo que digas. Este es el mundo de la verdad. Aquí se ve á las criaturas por dentro, y no hay adulación posible.

—¿Ha estado V. otra vez en la tierra después de ser Calderón?—le pregunté.

—Sí—respondió.—Nueve períodos de á nueve, ó sea ochenta y un años después de mi muerte allá abajo, tomé cuerpo sólido en Francia el año 1762 para cumplir una misión, á buena edad, en la revolución del 93; pero se malogró mi sacrificio, pues no pude revelarme á través de un organismo débil y enfermizo, y en 1783 volví á despertar aquí, donde me dispongo á enterrarme otra vez, á ver si formamos una nueva generación, que coincidiendo con una bienhechora revolución geológica, haga luz clara en todos los ámbitos del planeta. ¿Pero qué querías preguntarme?—añadió, volviendo á su anterior aspecto de joven pulido, rubio, de facciones femeniles, dulce mirada y fino y escaso bigote.

—Desearía saber de labios de V. lo que le han parecido las fiestas del centenario.

—La inmensísima mayoría, la casi totalidad de los españoles, aun de los que han tomado parte activa en las fiestas, no me conocen, de modo que sus alabanzas son lisonjas y aquí no se toman en cuenta las mentiras más que para procurar corregir á los embusteros; además, me ha mortificado haber sido el pretexto de tan gran hartazgo á la holgazanería. Aquí cada cuál estima perfectamente su grado de luz, su valor intrínseco y el de sus obras, y vosotros no podéis valorar la cantidad de beneficio hecho al mundo por los que hemos descollado en el teatro, porque aún no alcanzáis toda la colosal trascendencia del arte dramático.

—Veo—advertí—que no le ha gustado á V. mucho el centenario.

—Me hubiera satisfecho la consagración á mi memoria de un solo día de fiesta sin haber robado tiempo al trabajo: me ha complacido cuanto en mi nombre se ha llevado á término en provecho verdadero de las ciencias ó de las artes, y no te negaré que había magnificencia en la procesión de ayer tarde; aquella inmensidad de hombres, de mujeres y de niños, de todas las clases sociales que formaban calle de diez y de veinte filas en la extensísima carrera; aquellos balcones, engalanados con colgaduras y banderas de los colores más vistosos que eran marco y decoración de las primeras hermosuras madrileñas y provincianas; aquellos riquísimos estandartes; aquellas soberbias y artísticas carrozas; aquellos trajes de los obreros, los soldados y los

golillas de mi siglo, trajes airosos superiores á los vuestros, pues en esa materia poco habéis progresado, que no es dudosa la elección entre la ropilla con el chambergo y el frac con el sombrero de copa alta, todo eso, y aquellos clarines, aquellas músicas, aquella algazara, aquel gran júbilo, aquella ausencia de lo que ya huelga en el mundo moderno, el clero entre otras cosas, y aquellas representaciones de la ciencia, la pintura, la música, el trabajo, la prensa, los municipios, los talleres de la industria, me conmovieron hondamente, sobre todo en los momentos magníficos en que las gentes saludaban con vítores y palmas y agitando los sombreros y los pañuelos y arrojando poesías y dulces y flores á los periodistas, los estudiantes, los militares y demás representantes extranjeros, en su mayoría portugueses; en esos instantes, al par que los brazos y las lenguas, se agitaban los corazones y los pensamientos por la idea grande y sublime de la fraternidad entre todos los pueblos de la tierra.

Ese incienso de la razón y del sentimiento es el que llega á este mundo y es aspirado con delicia por los que desde aquí influímos sobre vuestras inteligencias para guiaros por la senda del bien y del progreso: esa ha sido la más bella y trascendental consecuencia de las fiestas con que habéis honrado mi memoria.

El viento había amontonado junto á nosotros una cordillera de nubarrones, y fijándome en uno de sus claros, por donde se divisaban

lejanas y poco radiosas algunas estrellas, me apercibí de que, á espaldas del que se llamaba Calderón, estaban agrupados algunos seres sumergidos más ó menos en ondas fluídicas y cuyos semblantes me eran conocidos, los unos por haberlos tratado cuando vivían en el sólido y los otros por sus bustos y por sus retratos. Allí estaban Lope, Ayala, Tirso, Bretón, Moreto, Serra, Alarcón, Ventura de la Vega, D. Ramón de la Cruz y otros muchos esclarecidos ingenios.

—Esos caballeros—pregunté á mi abuelo,—¿son quienes parecen, ó son tal vez gentes gaseosas de buen humor que se trasforman, por los esfuerzos de sus voluntades, en los personajes que les acomoda como nos vestimos de máscara los vivos?

—Di los muertos—me replicó Calderón—ó por lo menos, los que sin poder hacer uso de las facultades de la razón, del espíritu y del cuerpo, dormís en la cárcel de carne el sueño de la existencia material, y sonámbulos y esclavos de la duda, cumplís penosamente vuestra misión de cooperar al progreso del planeta, sirviéndoos ese trabajo de purificación de vuestras inteligencias y de vuestras almas. Aquí no se consiente la ostentación de la mentira y todos esos hermanos son quienes parecen.

—Ahora comprendo—le contesté—que *la vida es sueño*, y que este es el despertar, y que esta es la libertad, y que esta es la existencia soñada por todos los hombres superiores; la

existencia de que hablaba Napoleón á sus compañeros de destierro en el peñasco de Santa Elena cuando pocos días antes de su tránsito les decía: www.libtool.com.cn

—*Así que yo muera, tendréis la fortuna de volver á Europa y de abrazar á vuestros parientes y á vuestros amigos. Yo veré á mis valientes en los Campos Elíseos. Sí; Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massene, Berthier, todos saldrán á recibirme, y al verme se volverán locos de alegría y de entusiasmo, y hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Aníbal y los Césares...*

Aquí terminan mis recuerdos de aquella inolvidable sesión celebrada sobre Aranjuez en la madrugada oscura y desapacible del sábado. Después de los Aníbal y los Césares, encuentro en mi memoria unas ideas confusas, unos golpes dados en las vidrieras de la puerta de mi alcoba, y la voz áspera de Rosalía preguntándome:

—Señorito, ¿quiere V. el chocolate con pan y manteca, ó con buñuelos?

29 de mayo de 1881.





www.libtool.com.cn

EL BARCO



NO es cosa tan fácil como á primera vista parece conocer á la gente de Madrid, y al decir la gente de Madrid, no me refiero al pacífico industrial que se pasa el día detrás del mostrador, vota por quien le manda el alcalde, paga corriente y saca la percalina oficial y enciende luminarias, lo mismo para celebrar el triunfo de Pedro, que en regocijo por la victoria de Juan, pues como él dice, lo mismo le da que mande Juan, que mande Pedro, porque lo mismo le saca los ojos Pedro que Juan con el recibo de la contribución.

Si ahondáramos mucho en el negocio del industrial, quizá pondríamos en claro que no es oro todo lo que reluce, y que también le llega el contagio de la política, y que hay algo de exageración en eso de que la contribución le saca los ojos, cuando á lo sumo le arranca algunas pestañas, y que si bien vota por quien le mandan, no es menos cierto que lo primero

que hace el bueno del industrial, cuando cae Juan, es buscarse una influencia morrocotuda para las «oficinas de la comprobación» de Pedro, haciendo lo propio cuando cae Pedro, para las «oficinas de la comprobación» de Juan. Generalizando este dato y ampliándolo á todo linaje de contribuciones, comprenderíamos, con la claridad que dos y dos son cuatro, ese misterio (para el que lo sea) de que siempre gana las elecciones el que manda, misterio que le cuesta á la nación más de mil millones anuales.

Como iba diciendo, no es cosa tan fácil conocer al Madrid oficial, al Madrid del presupuesto, al Madrid donde residen y desde donde dogmatizan las cabezas visibles de todos los partidos, el sinalagmático bilateral inclusive, al Madrid que no tiene palabra mala ni obra buena, al Madrid, en resumen, de las credenciales (presentes ó futuras), de los expedientes, de la Bolsa y del salón de conferencias.

Pues en ese Madrid oficial, hay (como dice un gran novelista amigo mío) un barco: en la popa va la flor y nata de los que mandan; en la proa la nata y la flor de los caídos, y varios de éstos se sientan también, no sólo en la popa, sino junto al timonel: de proa, ó de popa, todo el que va en el barco tiene ración: la cuestión aquí, es embarcarse. En seguimiento del barco van, asidos á las tablas y á las cuerdas que les echan desde las bordas, algunos amigos de los de popa; y, nadando con más ó menos fatiga, pero á flote, algunos amigos de los de proa.

Los demás, amigos ó enemigos, arrastrados por la marea, siguen al barco siendo juguete de las olas y del viento y tragando agua.

—¿Qué le parece á V. cómo va la cosa?—le preguntan á un buen señor que viene del pueblo á raíz de la subida al poder de los suyos.

—Me parece que esto no puede seguir así. Usted sabe mi historia, la historia de mis sacrificios pecuniarios y de toda clase por esta gente; pues, ¿querrá V. creer que hace mes y medio que estoy en Madrid y no he podido sacar una credencial de 6.000 rs. ¡asómbrese usted! ¡6.000 rs.! para un hijo de D. Lázaro? ¡Ya sabe V. quién es D. Lázaro! ¡Dos veces ha hecho diputado al Ministro! ¿Es esto Gobierno? ¿Usted cree que esto es país? ¿V. cree que esto puede seguir así? Yo me voy de Madrid, que aquí no cabe ningún hombre de bien, y para esto bien podían haber seguido mandando los otros.

—Sí, ¿eh? Pues no sabe V. lo mejor. ¿V. se acuerda del sobrino de...

—Sí, hombre; aquel danzante que nos hizo tanto daño en lo del 80 por 100 de propios, durante la administración pasada.

—El danzante va nada menos que de administrador de una aduana de Cuba. ¡Figúrese usted lo que le importará al tío haber perdido la Dirección, sin contar con que éste vuelve á ser consejero de administración del ferrocarril de...

—Este es un país perdido.

Sería largo escribir el *menú* de los platos, así peninsulares como ultramarinos, empréstitos, pagos preferidos, expedientes, contratas, subvenciones, credenciales, etc., etc., que se comen los que van en el barco, sin que llegue una sola migaja á los que van por el agua, ni el olor á los amigos ó adversarios de provincias: ese *menú* es mitología pura para los que no van en el barco, desde el cual no se arroja nada que esté condimentado con manteca: á manos de los nadadores llegan sólo piltrafas secas como el esparto.

Los del barco se sacuden las moscas con cartas: cada uno tiene su oficina dedicada á mantener vivo, á fuerza de epístolas, el fuego del entusiasmo de los incansables electores, cuyo vicio tiene algún parecido con el de los jugadores, pues así como éstos, por más que pierden, no dejan de apuntar mientras hay montones de oro en la banca, así aquellos, por más palos que llevan, siguen y seguirán votando mientras haya presupuesto y negocios: ellos no saben que aquellas flores de la carta y aquello de «nuestros principios» y aquellas quejas de los que mandan, «por más que él hace, y seguirá haciendo lo que pueda,» y aquel «ya verá V. cuando vengan los nuestros; entonces se viene V. á Madrid y...» ellos ignoran, repetimos, que de toda esa fábrica literaria del secretario, nada ha leído el que va en el barco, cuyas son sólo, la firma y la postdata, de su puño y letra, pidiendo el barril de vino, ó el

cajón de bizcochos de las monjas, ó el ciento de chorizos, ó la docena de jamones.

El timbre del papel del Congreso da mucho juego: pueblo hay donde con una carta escrita con él, se tiene un partidario entusiasta por tres años sin haberle dado lo único que el pobre ha pedido, que es el traslado de su sobrino Colás al batallón de escribientes y ordenanzas.

Cuando los pretendientes se arrojan á Madrid, también se les capea con cartas para el Director, ó el Subsecretario, ó el Ministro, los cuales, no solamente los reciben con la sonrisa en los labios y el almíbar en las palabras, sino que les piden «la nota» y les dan unos golpe-citos en el hombro, con lo cual tienen ya cuerda para quince días, durante los cuales convidan siete veces á comer en la fonda á su protector, y aun se registran casos de darle 1.000 reales prestados.

No es que el protector no quiera protegerlo, sino que en Madrid cada uno de los del barco, sea de popa ó de proa, tiene «lo suyo» en cada ministerio, y sólo se explica, tocándola, la imposibilidad de interponer un grano de arena entre el trabajo fino del que pide y la voluntad más ó menos larga del que ha de otorgar; pero ¡cómo es posible desengañar al protegido! ¡Quién lo convence de que el protector, amigo del Ministro, no le puede pedir cosa tan sencilla! ¡Qué más quisiera el Ministro sino que se la pidiera para concedérsela á escape y aplazarle «lo otro,» «lo gordo,» para las kalendas grie-

gas! El pobre pretendiente, molido y aburrido, después de gastar un dineral en fonda y en regalos, se vuelve á su provincia con la esperanza de que «allá irá aquello,» y empieza de nuevo el juego de las cartas, acompañadas de otras con timbres de todas las oficinas de Madrid.

En el barco es axioma fundamental que una carta es un papel mojado, aunque venga del lucero del alba: el que la envía recomendando á N. de T. con el más vivo interés, como el que la recibe, se encuentran y ni se hablan de tal cosa: ya se sabe que una carta se escribe para que la conteste el secretario. El acompañar al pretendiente y presentarlo á los personajes, es la crema de la burla que se hace de un rural: todos los días hay en los hoteles de Madrid algunos de éstos de punta en blanco desde las seis de la mañana, esperando al tripulante del barco; que irá á almorzar con él por supuesto, y á acompañarlo luego al Ministerio, de donde saldrá admirado del prestigio de su protector y encantado de la amabilidad del Ministro.

Este artículo sería interminable, si pudiéramos hablar más claro y decir todo *lo que no puede decirse*. Tal vez nos atrevamos á seguir explanando la materia otro día, pues ni siquiera hemos dicho las condiciones que se necesitan para ir en el barco, en el que figuran monárquicos y demócratas, de todas castas y condiciones.

Concluimos diciendo que también hay en provincias algunos señores que pertenecen á la tripulación del barco de Madrid; pero les cuesta muy caro el pasaje.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

CONCEPTO DE LA BELLEZA

CARTA AL SEÑOR DON JOSÉ NAVARRETE.



UY señor mío: Recordando las deliciosas novelas y demás trabajos literarios publicados en la *Revista de España*, me aficioné de tal manera á la lectura de esta publicación, que no dejo trascurrir número sin repasar antes su sumario, anhelando encontrar en él la firma de alguno de nuestros más distinguidos literatos, que proporcione á mi espíritu aquel exquisito placer que me produjo la lectura de Pepita Jiménez, de la cual conservo tan grato recuerdo, que bastara él solo para inspirarme constante simpatía hacia esta revista.

Estimando como una de las primeras condiciones la sinceridad, debo confesar, que si bien no me tengo por tonta, dada la educación que hoy recibe la mujer, por esmerada que sea, no alcanza más allá de formarle un regular crite-

rio, unido á cierta delicadeza de gusto para sentir y saborear las bellezas de las obras de arte; y en este respecto declaro, aun á trueque de pasar plaza de vanidosa, que me considero de las mejor educadas, poseyendo toda la finura de alma necesaria para apreciar los más primorosos refinamientos de cualquier producción literaria, aunque éstos se expresen en los sutiles y alambicados conceptos en que tanto abunda la literatura de nuestro siglo de oro.

Convencida así de la deficiencia de nuestra educación, paso por alto, siempre que leo una revista, todas las cuestiones políticas filosóficas, porque además de no recrearme su lectura, temo extraordinariamente que, en vez de sacar provechosa enseñanza é instruirme en aquello que ignoro, logre tan sólo contagiarme de la fraseología de estos escritos, permaneciendo en el mismo grado de ignorancia y trasformándome así en una de esas marisabidillas pedantes y ridículas, cuyo tipo me inspira tan profunda repugnancia que la sola posibilidad del contagio me hace estremecer de espanto.

Revisando los números de la *Revista de España* correspondientes á noviembre último, ví que en ellos se publicaban unos artículos de V., titulados *Concepto de la belleza*, y, aunque consecuente con el criterio antes expuesto, no debí haberlos leído por tratarse de una cuestión filosófica, no obstante, recordando las agradables horas que me han proporcionado muchos artículos de V., por lo ingenioso y agudo de sus

observaciones, emprendí su lectura, alentándome á este propósito el favorable prejuicio que tengo formado de todos aquellos adornados de temperamento artístico, que resultan artistas constantemente, sea cualquiera la cuestión que traten.

Leí con complacencia sus artículos de V., matizados de numerosas observaciones que revelan un detenido estudio y profundo conocimiento de muchas obras de arte; pero repentinamente recibí una gran sorpresa al llegar á unos párrafos en que trata V. de las ideas expuestas por el Sr. Carracido en una discusión habida en el Ateneo acerca del problema de la belleza, sorpresa que subió de punto cuando al final de dichos párrafos, sacando V. las consecuencias de sus ideas, se expresa de la manera siguiente: «El Sr. Carracido es muy joven: tal vez tenga novia; es lo más natural; y si no la tiene la habrá tenido; pues esa linda señorita dejaría de ser bella para el Sr. Carracido cuando éste no se retrataba en las niñas de sus ojos.»

Las mujeres, aunque nos presentemos como espíritus superiores completamente indiferentes á los halagos mundanos, jamás olvidamos las alabanzas que se nos han prodigado, aunque recaigan sobre condiciones de las cuales carecemos en absoluto: sucede con el elogio lo que con la calumnia, que siempre queda algo en nuestro convencimiento, y acontece con frecuencia que las que aparecen más modestas y

humildes suelen ser las más orgullosas: declaración que no vacilo en hacer, á fuer de sincera, arrojando la impopularidad que esto me ha de producir entre las de mi sexo.

Pues bien: yo, que no quiero excluirme de esta regla general, tengo mis puntas y ribetes de amor propio, hijo sin duda de haberme oído elogiar repetidas veces por personas para mí muy autorizadas, incluso V. mismo, apesar de no conocerme, y por esto, dando crédito á las palabras de V., no pude menos de disgustarme profundamente al considerar mi desventura poniendo mi afecto en un hombre tan pobre de espíritu y tan groseramente materialista, que no estima ni le conmueve nada que de una manera directa é inmediata no le hiera los sentidos, faltándole, por consiguiente, aquella elevación del alma necesaria para sentir la poesía del recuerdo, y que es precisamente lo que yo aprecio sobre todas las cosas, aunque por esto se me tache de romántica.

Yo, que allá en lo más recóndito de mi fantasía me había forjado el tipo ideal de mi amor dotándolo de alma noble y levantada, espejo de todas las perfecciones morales y capaz de tan soberano vuelo que por el solo arranque de sus sentimientos llegase á columbrar aquellas altísimas regiones de la pasión en que, confundándose el amante y el amado, el espíritu sostiene coloquios amorosos consigo mismo, llegando en estos estáticos arrebatos á dar existencia real á la imagen del ser amado constantemente

impresa en su seno, no podía resignarme á tan inmensa y dolorosa decepción.

Impresionada por este mundo de consideraciones, que con tenaz empeño hacían presa en mi conmovido espíritu, sin abandonarle un solo instante, recibí su visita, y faltóme tiempo para exponerle mis tristes impresiones, temiendo que sus razonamientos no alcanzasen á disipar las sombras que tan oscura hacían la noche de mi alma.

Discutimos largo rato acerca del asunto en cuestión, y divagamos también bastante, sobre todo por mi parte, tendiendo siempre á personalizar el problema, y después de largas controversias, de explicaciones que yo oía con recelo, de dudas que se desvanecían y de nuevas dudas que se engendraban para desvanecerse á su vez más tarde, llegué á un estado de tranquilidad perfecta, creyendo firmemente que V. no ha llegado á interpretar con exactitud el pensamiento del Sr. Carracido, no sólo por sus palabras, sí que también por la detenida lectura de sus artículos de V.

Y para rectificar sus equivocados conceptos, transcribiré íntegras las explicaciones que oí al Sr. Carracido, que apesar de la abundancia en los términos técnicos usados en la estética, algo se me alcanza de su contenido, creyendo firmemente que convencerán á V. lo mismo que me han convencido á mí.

Sostiene el Sr. Carracido que la belleza, para existir, necesita un sujeto que la sienta y un

objeto que haya de producirla, puesto que la condición necesaria para afirmar que un objeto es bello, es que produzca emoción estética en el que lo contempla, y por mucho que se alambique la cuestión, es menester confesar que si hay ciertas obras que vienen atravesando la historia con la nota conforme de obras bellas, es porque las generaciones que las contemplaron sintieron que su alma se estremecía al unísono ante el objeto de su contemplación.

Cuando una obra que es bella para unos no lo es para otros, es una falta de lógica afirmar que es bella en absoluto, pues en último término, tanto unos como otros tienen el mismo criterio é igualmente respetable para todos, que es el efecto que produce en su ánimo; y en cuestiones de gusto no hay errores, lo mismo que no hay pecados de pensamiento. Para que el fenómeno estético se produzca, y por ende la belleza, es menester aptitud en el espíritu para sentir agradablemente el objeto de su contemplación, y como estas aptitudes son distintas, de aquí que no puede afirmarse la belleza en absoluto, y como una cosa que existe por sí en los objetos exteriores.

Y respecto á la parte de su artículo, que transcribo en ésta, puedo afirmarle que el Sr. Carrado admite, además de los objetos que inmediatamente son percibidos por los sentidos, las imágenes de estos objetos que podemos guardar en la memoria y evocar por el recuerdo siempre que nos plazca, las cuales despiertan

en el espíritu las mismas emociones que los objetos de que proceden: de modo que ausente Carracido del Museo de Pinturas, ó de mí, podrá traer á la memoria las imágenes de los cuadros de su agrado, ó de mi persona, y gozar en el recuerdo la parte de belleza que puedan tener. Esto no obsta, antes es indispensable, que hubiesen existido los objetos origen de esas imágenes, y que además, al contacto de su espíritu despertasen en él la emoción estética.

Estas consideraciones son las que han motivado esta carta, la cual escribo para mi tranquilidad, tendiendo á evitar el ridículo en que pudiera incurrir ante las gentes, amando á un hombre á quien la opinión juzgase con su criterio, y espero de su benevolencia que me perdonará esta genialidad, disculpable dentro de la vehemencia del carácter femenino. Su segura S. Q. B. S. M.,

LA NOVIA DEL SEÑOR CARRACIDO.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

CONTESTACIÓN

A LA NOVIA DEL SEÑOR CARRACIDO



L cabo de siete ú ocho semanas en desafuero, al parecer, contra la cortesía, pero con grandes disculpas en mi abono, siendo de todas la más triste la pérdida de un hermano querido, voy á contestar, encantadora amiga—permítame V. darle tan dulce nombre,—á su gratísima del 11 de diciembre, escrita con tal discreción y galanura, que jamás estuvo tan confirmado, como en ella, el proverbio que dice ser el rostro el espejo del alma.

La carta es, á semejanza de su autora, un prodigio del arte: verdad de pensamiento, bondad de sentimiento y belleza de forma; y permítame V. que insista en retratarla, aun á riesgo de mortificar al Sr. Carracido; que no es merced de escasa monta, para correspondida de pasada, el que esos claros ojos se posaran con deleite en mis pobres escritos, y el que esas blancas y pulidas manos cogieran el papel y la

pluma, para consagrarme algunos renglones perfumados por la lisonja.

Ciertamente no cabe peoria en la educación de la mujer española; pero V., al tocar ese punto, no ha puesto el dedo en la llaga, sin duda por miramientos sociales; que no pueden atribuirse escrúpulos de conciencia á quien con tanta elevación discurre: la educación de la mujer española es católica, apostólica romana; no hay que decir más; y cuenta que no soy yo de los que juzgan que en el camino del adelanto del sexo de que es V. maravilla, hay borlas de doctor, ni asientos en las Asambleas, ni linaje alguno de títulos académicos: creo, sí, ¡no había de creerlo! que la razón y el espíritu de la mujer son, como los del hombre, infinitamente perfectibles; mas pienso, asimismo, que su ciencia y su arte y sus trabajos materiales, en este mundo, son de orden distinto que los varoniles, por más que al par de éstos, convergen al punto de donde arranca, como resultante, el humano progreso.

Pero vamos al asunto generador de esta correspondencia, que es la réplica del Sr. Carracido á mis observaciones sobre mi concepto de la belleza.

Se afirma el Sr. Carracido en que para que exista la belleza son necesarios un sujeto que la sienta y un objeto que la produzca, pudiendo para el caso este objeto palpitar en la memoria del que una vez sintió por él la emoción estética; y V., amiga mía, se convence con esta

explicación, admitiendo de buen grado que V. no es bella cuando nadie la ve, ni la recuerda ninguno de sus admiradores; y que si pone los ojos en V. el limpiabotas del portal de enfrente, que es negro y está enamorado de una hembra de su color, y como él chata y getuda; cuando V., repito, sale al balcón y la mira ese oscuro industrial, pareciéndole inferiores á los hechizos de su Francisca el purísimo perfil de V., su incitante boca y su nítida garganta, entonces, no hay duda, es V. fea de toda fealdad; y si de la belleza exterior pasamos á la interna, ni en su corazón de V. hay esas filigranas tiernas que constituyen la belleza del espíritu, ni en su razón resplandece la luz de que hay tan vivas irradiaciones en su carta, que es la belleza del entendimiento.

Ni la inteligencia ni el alma de V. son nada mientras V. no hable ó escriba y haya quien la escuche ó la lea y la juzgue; y entonces se aquilatará el mérito moral de V. en proporción de la lucidez é ilustración del crítico.

Así lo expresa con entera claridad, sin posible duda, su novio de V. en estas frases: «Para que la belleza *se reproduzca*, es menester aptitud en el espíritu para sentir agradablemente el objeto de su contemplación, y como estas aptitudes son distintas, de aquí que no puede afirmarse la belleza en absoluto y como una cosa que existe por sí en los objetos exteriores.»

¡Qué manera tan lastimosa de confundir la causa con los efectos, la belleza con el gustol

La mejor Virgen de Rafael es, por consiguiente, un mamarracho, cuando la contempla con malos ojos un judío; la luz del sol no tiene intensidad propia, sino variable, según la cantidad de vista del sujeto cuya pupila hiere; y volviendo á V., amiga mía, que es blanca y rubia como los ángeles, hay posibilidad de que sea un tipo vulgar y desabrido si la mira alguno que tenga vuelto el juicio por una morena de ojos negros de las que se crían más allá de las Ventas de Cárdenas.

La belleza no es función de dos variables como afirma el Sr. Carracido: la belleza es una cualidad real; la belleza es, limitándonos al exterior de los seres, ó de las cosas, la armonía de las diversas partes del sujeto, del objeto, ó de las combinaciones de varios sujetos, de varios objetos, ó de unos con otros; y unos y otros con los atributos de luz, suavidad, transparencia, color, perfume, sonido, gallardía de contornos, esbeltez de formas; y es tanto más atractiva esa belleza, cuanto más desmaterializada esté; cuanto más se descubran, á través de los encantos externos, la verdad y la bondad de la razón y el espíritu que los animan; ya se trate de un lienzo, de una escultura, de la escena de un drama, de un prodigio arquitectónico, de una piedra preciosa, de un ave de rico plumaje, de una composición musical, de un lucero, de la rovia del Sr. Carracido.

El planeta Venus, destacándose en el ancho oscuro, una noche serena, sería bello aunque no hubiese sobre la tierra una sola criatura

que se recreara en sus vivísimas irradiaciones.

Que no se conocen aún las reglas indudables de la belleza, como no son conocidos, v. gr., los axiomas incontrovertibles de las ciencias religiosas, política y social. Exacto. Tengo para mí que caminamos á ese fin, y que llegará un día en que los principios de la ciencia y del arte serán tan claros y demostrables como los de la geometría analítica y los de la dinámica; entonces se producirán obras perfectas de arte, cuyo progreso será constante y creciente hacia la infinita perfección, nunca lograda, supuesto que no ha de consumirse jamás el tiempo infinito.

Y no me engolfo más en estas materias porque habría de llenar muchas cuartillas y son varias las personas que, con más gusto de los lectores, colaboran á la formación de esta hoja literaria.

No me doy por convencido, y concluyo afirmando que V. es bella por sí, que la belleza es una cualidad real de la cara y del cuerpo de V., que existe cuando el Sr. Carracido la mira y cuando no la ve, cuando palpita V. en su memoria y cuando está ausente de ella, á todas horas, de día y de noche, y siento que las canas y el matrimonio me veden probar á V. con brillantes metáforas la exactitud de mis asertos, y desbancar al Sr. Carracido, en pena de la equivocación que en punto á la belleza padece su clarísimo entendimiento.

Soy de V. amigo y admirador, Q. B. S. P.

JOSÉ NAVARRETE.

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

UN CHICO EXCELENTE



A acción pasa en Cádiz.

Es una hermosísima noche de verano.

La escena es en la plaza de Mina, que está de bote en bote.

Una banda militar toca aires nacionales, y éstas sentadas y las otras paseando, hay en la plaza muchas mujeres encantadoras de todos los tipos y de todas las castas; pero el género que más abunda es el de las antiguas «cursis,» hoy «corinas,» que la echan de ricas con la pedrería falsa, de elegantes con los moños más exagerados y el olor á almizcle, de personas principales ahuecando la voz y arqueando las cejas, y de finas pronunciando *eclirse, porca y bacalado*.

Fuera de la línea de asientos y en el ángulo más cercano á la calle de San José, Ricardo, un jóven guapo de veinticuatro años, bien vestido, con un traje claro y de sombrero hongo,

habla con Mercedes, una preciosa muchacha de diez y ocho abriles, una «viñera,» cuyas señas particulares merecen párrafo aparte.



Mercedes, fiel trasunto de las bellezas de su barrio, no gasta el rumbo de la buena moza de Triana, ni el desgarró de la chula de las Vistillas; es modesta y candorosa, de estatura mediana y facciones finas; tiene el color moreno pálido, buenos ojos negros de mirar expresivo, endrino y rizado el pelo, hechicera la boca, la mano pequeña y todo lo delicada que el trabajo se lo consiente; pero ideal el pie, que se cuida con esmero sumo y se lo conserva intachable aquel piso excelente. El puntillo de Mercedes, como el de todas las «viñeras,» está en el pie; llevará un vestido de percal crugiendo de limpio y oliendo á gloria por supuesto, pero como pueda calzarse unas botas de á seis duros no las comprará ciertamente de á cuatro; se pone el pañolón á la cabeza, sujetándolo con la mano bajo la barba; su andar es menudo y bonito, y si se cruza con ella en la acera un hombre y le echa un requiebro, ni lo desdefía, ni lo glosa; se sonríe, y sigue su camino.



—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué tiene de particular —dice Mercedes con los ojos arrasados en lá-

grimas, á Ricardo—que mi abuela haya entrado á suplicarte que salgas aquí un momento?

—Te repito—contesta Ricardo—que yo iré allá cuando me dé la gana, y que no vuelvas á venir á buscarme á ningún sitio público.

—¿Te da vergüenza de que te vean conmigo en la calle? Antes no te daba.

—Mira, Mercedes, no me quemes la sangre... no me quemes la sangre...

—Bueno, hijo mío; sea lo que tú quieras; me voy; no te enfades; pero por el ángel que llevo en las entrañas te pido que vayas á casa esta noche.

—Procuraré pasar por allí, dice Ricardo; y sonriendo siniestramente toma á buen paso por la calle de San José. Ella lo alcanza con la voz insistiendo en su ruego, y se vuelve luego á una viejecita muy aseada que la acompaña, exclamando:

—¡Ay, abuelita de mi alma, ya no me quiere!

*
* * *

La Primera de Cádiz, aunque más espaciosa que las demás, es una tienda de montañés como otra cualquiera: delante de los aparadores, el mostrador, con la pizarra y la tiza para llevar las cuentas del vino; las andanas de botas pintadas de verde y llenas casi todas de manzanilla de Sanlúcar; los corredores con sus camarotes de madera, descubiertos por arriba y dotado cada uno de la mesa de pino, los correspon-

dientes bancos, la percha y el mechero de gas; y por último la atmósfera alcohólica y los eternos ruidos de los choques de las cañas, del rasgueo de las guitarras, de los polos y de las seguidillas, de los ¡olé! y de las palmas, de los requiebros y de las disputas.

En uno de los camarotes acaba de entrar Ricardo con otros tres amigos y cuatro chicas, guapas donde las haya; dos, ribeteadoras de calzado, y las otras dos, cigarreras.

—¿Qué va á ser, caballeros?—pregunta á los recién llegados un montañés colorado y lustroso, que está en mangas de una camisa no muy limpia, avivando, primero la luz de gas, y metiendo luego, para llevárselas, un dedo en cada una de las cuatro cañas vacías que están sobre la mesa.

—Vé diciendo lo que hay.

—Hay carne estofada, carne asada, carne mechada, carne con tomates, carne rellena...

—¡Langostinos frescos y gordos!—pregona, asomándose al camarote y mostrando el marisco en la espuerta, un vendedor que va descalzo y lleva una camiseta, una faja y unos calzones de marinero.

*
**

Extendido sobre la mesa el mantel de gusanillo, mantel que está aplanchado, pero que conserva, como las servilletas, las manchas añejas y el tufo á comida rancia; dotado cada parroquiano de un cubierto de peltre, un plato

y una rosca, y campeando en medio una tartera con salmonetes, una fuente con ostiones en concha, un montón de langostinos y una batea con cuatro docenas de cañas de manzanilla, inaugura la cena Ricardo, cogiendo por la boca con cada mano una caña y repartiéndolas, con gran desembarazo y como quien inciensa, á sus amigos, comenzando por las damas.

—¿Qué gente hay en la casa?—le preguntan al montañés.

—En el doce, unos marineros de la fragata alemana que entró ayer tarde; en el cuatro gente de capa parda remojando la venta de un jaco; en el seis uno con una, y donde suena ese jaleo unos señores del Casino con varios cantadores, entre ellos Rojas, el de Córdoba, que es el que sale ahora.

Rojas, con una voz de hermoso timbre y llena de sentimiento, canta esta copla de serranas:

• Quien quisiere madroños
vaya á la sierra,
que se están desgajando
las madroñeras.

—¡Olé, olé! ¡Viva el estilo! ¡Bendita sea tu madre!—gritan á la vez Ricardo y sus amigos y de otros departamentos de la casa.

*
* *

—Tú harás lo que quieras—dice á Ricardo una de las ribeteadoras;—pero, como el Evangelio que se ha leído en la misa, es verdad que

la madre de Mercedes se murió de la pena de haberse ido su hija contigo; calcula tú si lo sabrá la hermana de mi cuñada, cuando dió las boqueadas en sus brazos; y ahora sales con que la dejas porque estás cansado de ella. ¡Mal fin tengáis todos los hombres!

—Y le dió palabra de casamiento—añade una costurera.—¡El demonio es este Ricardillo!

—Naturalmente—contesta el aludido;—para pescar hay que poner carnada en el anzuelo.

—Pero vosotras, ¿qué tenéis que meteros en lo que nó os importa?—salta la otra ribeteadora, morena, de nariz respingona y ojos bailadores, con la cual está Ricardo muy amartelado.—Cuando él la deja, algo le habrá hecho.

—No—rectifica Ricardo con indiferencia,—no me ha hecho nada; de puro buena me empalaga, y, sobre todo, la dejo—añade, dando una caña á la morena—porque me hace tilín otra mujer.

—Ya lo creo que es buena—insiste la defensora de Mercedes,—tan retebonita, como retebuena, para ti y para todo el mundo, pues, con lo poquísimo que tú le das, mantiene la pobrecita á su abuela, da educación á su hermanito y ayuda á la hermana impedida que tiene en Puerto Real.

—Ba, ba, ba—dice Ricardo de mal talante, cortando la conversación.—Calla, calla.

Y golpeando la mesa con una caña, grita:

—Niño, tráete más vino.

*
**

—Ave María Purísima: las tres y media y sereno.

Así canta éste, cuando después de tomar en el mostrador la *espuela*, ó sea la última copa de aguardiente, de infringir á la salida de la tienda los bandos municipales, roncás las gargantas, rojos los carrillos y caídos los párpados, diciendo sandeces á los escasos transeuntes y á los dependientes del gas que apagan las farolas, hablando á gritos los unos y cantando los otros, andan por las calles Ricardo y sus amigos dando alguno que otro traspíe y cada cual el brazo á una de las niñas. Ricardo y la morena van delante y todos se encaminan á la tienda de la Sacristía para tomar á la puerta unas copas de triple anís antes de romper filas; pero no van por el camino más corto, sino dando un rodeo, sin duda con la mala intención de pasar por una calle céntrica y corta, que tiene un reducido jardín cerrado por una verja, por la que salen nubes de riquísimo aroma, calle donde vive Mercedes, que está á esa hora sentada al balcón de su modesta casa esperando á Ricardo, acompañada de la abuela que se ha quedado dormida en otra silla con el rosario en la mano.

Tristísima va corriendo la noche para la infeliz viñera, cuando, al sentir la algazara de los que se acercan, se pone de pie, se arroja sobre el antepecho, sube á su rostro una oleada de fuego y grita con acento desesperado:

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Sube en seguida!

—Te dije que pasaría por aquí—contesta Ricardo balbuciente.—Vuelvo.

—Las espaldas—añade la ribeteadora que va colgada de su brazo, soltando una ruidosa carcajada.

—¡Abuela, abuela!—exclama Mercedes cayendo de rodillas delante de la vieja.—¡Se va, se va Ricardo para siempre! ¡Qué va á ser de mí, Virgen del Carmen!

Los apagados ojillos de la vieja radian un punto clavados en los de la nieta; y con la voz temblorosa y los puños crispados, murmura:

—¡Lo que va á ser de ti... lo que va á ser de ti... es lo que llevó al campo santo á la hija de mi alma!

Surge entonces una reacción violenta en el alma de Mercedes; se yergue y ruje con el acento acre del odio y del despecho:

—¡Miserable, embustero, maldito seas!

Luego, encarándose con la abuela, le dice:

—Pues acertó mi madre; que deshonra por deshonra, desde hoy la quiero sin estrechez.

*
**

A la mañana siguiente, en el lujoso comedor de una casa perteneciente á una familia de la aristocracia del cacao, están sentadas á la mesa varias personas, entre ellas uno de los amigos de Ricardo, al cual pregunta una hermosísima rubia, ya jamona:

—Por fin, no nos has dicho donde fuiste anoche.

—Me convidó á cenar Ricardo y lo pasé deliciosamente, pues estuvo, como siempre, oportunísimo. Tiene mucha gracia.

—Pero su conducta, en materia de amores, es vergonzosa.

—¿Por qué lo dices? ¿Por sus galanteos á la Marquesa, siendo el niño mimado del Marqués? Ella tiene la culpa.

—Ah, no, no. ¡Cómo había de decirlo por eso! Aludo á sus relaciones con una muchacha de poco más ó menos.

—Eso no lo ha tomado él nunca en serio, y me consta que ya la ha mandado á paseo. No sé por qué tienes tú mala intención contra Ricardo, cuando es un chico excelente.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EL LAZO INDISOLUBLE ⁽¹⁾



CUANDO salí de nuevo al balcón para dar á Amelia las gracias por su obsequio, y después de leerle yo el telegrama de Sofía, me dijo:

—¡Cuánto la quiere V., y qué venturoso es!

—Tiene V. razón—le contesté;—pero ese cariño y esa ventura acrecientan hoy mi desgracia.

—La desgracia de V. es la desgracia dichosa, exenta de odios y de remordimientos; es la desdicha de la ausencia transitoria del bien, no la infelicidad del azote permanente del mal; usted descubre nuevos claros horizontes; la pena horrible es la pena sin esperanza; lo que V. padece se llama melancolía; lo que padecen otros se llama infierno.

(1) El presente estudio sobre el matrimonio es la segunda parte de un capítulo que con el título *Una casa vacía* figura en mi libro *En los montes de la Mancha*.

—¿Sabe V., vecina, que lo que V. me dice y con el tono en que me lo dice, más parece un ¡ay! del alma que un parto de la razón?

—Como yo sé que no hay rincón de la memoria de Sofia que V. no conozca, y yo he confiado á ella mis más hondos secretos, no cometo pecado de ligereza con las preguntas que voy á hacerle. Dígame V., Fernando: ¿cómo pueden vivir juntos y felices tres años un hombre y una mujer, y no sólo felices, sino creciendo sus amores cada día, y cada día brotando de ese árbol divino flores mejor matizadas y más fragantes? ¿En virtud de qué misterio se realiza el progreso del amor entre dos seres de sexo distinto unidos por un lazo indisoluble?

—El misterio estriba, dejando aparte por ahora la indisolubilidad legal del lazo, en que la comunión entre esos dos seres no sea sólo de cuerpos, sino también de almas, y más todavía de inteligencias. Efectivamente; sabía yo por Sofia, que V., tan discreta, tan llena de ternura y tan bella, era una de las innumerables mártires del matrimonio.

—¡Muchas gracias, muchas gracias! Yo no tengo esas cualidades que V., andaluz, me atribuye; pero concretando más la cuestión: ¿por qué no quiero yo á mi marido? ¿por qué mi marido no me quiere á mí?

—¿Cuánto tiempo fueron VV. novios?

—Dos años.

—¿Se amaban VV. mucho?

—Muchísimo.

—¿Se hablaban VV. diariamente?

—El primer año no, y tuvo gran oposición el noviazgo; pero nos escribíamos después lo presentaron en casa, y cuando él estaba en Madrid, nos veíamos todas las noches y conversábamos dos ó tres horas.

—Perfectamente. Ustedes se vieron; el fluido que mana de los claros ojos de V., y el que despedían los de Carlos su esposo, se encontraron, se fueron afines, se confundieron y quedó formada la cadena invisible, lazo de unión de sus dos almas. Probablemente no les acontecería á VV. lo propio con las inteligencias: ni él ha añadido jamás un punto de luz á la de V., ni V. á la suya: no quedaron VV. unidos por la razón, sino por el sentimiento, y comenzaron á hacer la vida del arte: nada más poético que los incidentes de la historia de dos enamorados, alimentada por la esperanza y espoleada por las dificultades, en ese primer período del amor por miradas, por señas y por cartas. Al sonreírse V., me responde afirmativamente, y continuó: ¿tiene V. algo que hacer y la estoy tal vez molestando?

—No, nada, y sí mucho gusto en oírlo: siga usted, siga V.

—En el segundo período de las relaciones, cuando ya pudieron VV. verse y hablarse todos los días, cuando Carlos ascendió á novio adjunto, de novio callejero, no por eso dejó de ser artista; al contrario, los contornos y las tintas de sus cuadros se acentuaron más; comenzó

á descubrir en el mármol gallardas líneas; ya no fundaba sobre arena; ya el pensamiento iba concretándose, y como Carlos era rico, su imaginación podía volar muy alto por la esfera de la poesía, y seguramente no hay en cuentos fantásticos más deslumbradora morada que la por él forjada para templo en que adorar á V., luego que esa nívea mano fuera estrechada por la suya para recibir la bendición nupcial.

—Es muy cierto; recuerdo que me decía que viviríamos en una casa preciosa con jardín, y sólo he disfrutado esa dicha, que para mí lo es muy grande, porque soy apasionada de las flores, el primer mes de matrimonio, que lo pasamos en una posesión de mi suegra, junto á un pueblecito de la provincia de Alicante.

—Perfectamente; se casaron VV....

—Y pronto al calor de las ascuas sucedió el hielo de las cenizas. ¿Por qué?

—Porque el amor es atributo del alma; el alma es una aspiración eterna de progreso, y en los encantos del cuerpo de la mujer, una vez poseídos, no se descubre en ellos mejora y comienza el cansancio del manjar continuo, aun antes de que los años vayan amenguando la frescura de las formas y la gallardía de los perfiles: pasada la luna de miel, cuando la mujer no dice ya «mi Carlos,» sino «éste» al hablar del marido, se encuentran los cónyuges en esta situación: inteligencias: no hay entre ellas lazo ninguno de unión: ni la razón de la mujer recibe nada de la inteligencia del hombre, ni al contrario; almas:

se concluye todo lo poético, todo lo artístico que las relacionaba en el período de enamorados: la cadena fluidica que se formó al encuentro de dos miradas, se rompe, y cada fluido torna el seno del manantial de donde brotó: quedan casi completamente y aun sin casi las más veces, desligados por el sentimiento y sólo forzosa, legalmente, unidos sus cuerpos, en cuya belleza plástica no hay siquiera el consuelo de cosechar mayores perfecciones, por donde al cabo de cierto tiempo, si el fanatismo enfrena el vuelo de las inteligencias, buscan las almas nueva poesía, nuevo arte, y los cuerpos ya la satisfacción de una necesidad imperiosa en otras variedades de la hermosura de forma. Esto es incontrovertible, amiga mía, y voy á concretarlo más para que mejor lo entienda V.

—De modo que, según esa teoría, deben los maridos continuar haciendo con sus mujeres la vida de novios, rondando sus balcones y buscando furtivamente el roce de sus cabellos en la vuelta de un vals.

—Precisamente lo mismo, no; no hay necesidad de repetir los idilios del noviazgo; pero sí es de absoluta necesidad que no hagan los cónyuges exclusivamente, y muchas veces como quien cumple un penoso sacrificio, la vida grosera material, que grosera es cuando no se deduce de la vida de la inteligencia y de la vida del sentimiento.

—Pues yo veo algunos matrimonios dichosos.

—No lo dudo; yo conozco bastantes que lo son, al parecer, también; pero éstos podrían serlo muchísimo más, y la gran mayoría del total no puede ser más desgraciada. Sin embargo, hay muchas mujeres honradas; una gran parte de éstas son más bien mártires; y, aunque pocos, bastante pocos, hay de este linaje algunos maridos que no ofenden á sus mujeres; pero examinemos la vida matrimonial; entremos en el análisis de sus pormenores: en primer lugar, es creencia católica la de que la mujer no necesita instrucción, ni ha de producir frutos intelectuales: con que sepa algo de lectura, algo de escritura, rezar, coser y bordar, cuidar de la casa y criar los hijos poco más que materialmente, y á lo sumo, cuando soltera, tocar el piano, hablar francés y bailar, ó cantar un aria, ya cumple á las mil maravillas su misión en el mundo: para la mujer no hay más ciencia, ni más arte, ni más trabajo; y cuenta que he citado á V. el límite más exagerado de la educación de la mujer: de ahí resulta una heterogeneidad tan grande en la vida del matrimonio, que sólo se encuentran los cónyuges en la mesa y en la alcoba; la vida de esos dos seres tiene de común comer sobre el mismo mantel y dormir sobre el mismo lecho, ó bajo el mismo techo; así, por regla general, decirse puede que el matrimonio es la cofradía del silencio.

El estado perfecto del hombre se dice que es el de casado, y efectivamente, bajo el punto de

vista de que sólo de pan vive el hombre, así es la verdad: él busca el dinero para cubrir lo mejor posible las necesidades materiales, y la mujer se ocupa en la casa, despensa, costura y demás necesidades del cuerpo; no cabe mayor perfección, dado que las pupileras y los ayudas de cámara dejan mucho que desear en el cumplimiento de esos cometidos caseros: la mujer propia cuida mejor de que estén bien firmes los botones de la levita, y es prenda más segura de lustre en el mobiliario, y de buen orden y condimento en la cocina, mientras el hombre, por los fangales de la política, la maraña de los negocios, ó cualquier trabajo, más ó menos honrado, granjea lo preciso para satisfacer la voracidad de ese monstruo matutino que se llama la cesta de la compra: los maridos mejores, los maridos que se ajustan al noveno mandamiento, así lo entienden, y cumplen hasta con frecuencia sus deberes de ir con su mujer, á remolque, á visitas; á regañadientes, á tiendas y bostezando, á paseo y aun al teatro: otros hay que con el caudal bastante para eximir de servicio mecánico á sus mujeres, les sirven sólo éstas, cargadas de reliquias, en un landó, ó en una platea del Real, ó haciendo los honores de un baile, como muebles de lujo para satisfacción de su soberbia, ó como centinelas avanzados de su crédito comercial: suelen ser para algunos objetos de comercio, y descendiendo al peldaño último, maridos hay que duermen tranquilos, mientras sus mujeres se cauterizan con

salmuera las manos ensangrentadas, para volver por la mañana á recolectar aceitunas.

—¡Y si viera V., Fernando, qué crueles amarguras devora la mujer cada vez que el desvío del hombre le arranca una de las ilusiones que se forjó sobre las delicias matrimoniales, en ese período en que comienza la transformación del hombre, antes fino, generoso, apasionado, sociable, artista, bien vestido, aseado!...

—Sí, sí, aseado: el baño diario y los cepillos tienen una grandísima, una colosal influencia en la ventura matrimonial.

—Cuando comienza, iba diciendo, la transformación del amante en señor de vida y hacienda de la mujer; cuando repite todos los días «que él es quien tiene los calzones» y que «es preciso que se concluyan los despilfarros» y se cuida poco de la limpieza de las uñas y de la frescura del ambiente de su boca; ¡si viera V., cuando esto sucede, qué agudas espinas se van clavando en el corazón de la mujer!

—Pues bien; añada V. á la carencia absoluta de vida inteligente y de vida del sentimiento ese desencanto de la vida material; selle usted el resultado con una ley que esclaviza á la mujer...

—¿Hay, pues, que condenar el matrimonio?

—No, Amelia, muy al contrario; yo aspiro á la indisolubilidad del matrimonio por el camino de la libertad; yo soy idólatra de la familia; para mí el hogar doméstico es el más bendito de los santuarios; yo quiero la familia le-

galizada por el Estado y santificada, si se cree necesario, por la religión de los cónyuges; pero sin la indisolubilidad forzosa; sin que el nudo sea gordiano; para que no suceda, entre otros males, ese desencanto que V. lamenta: la mujer, unida á un hombre por lazos disolubles, tiene para él grandísimo encanto; hay que mimarla; se necesita actividad, trabajo para conservar su amor, y el trabajo y la actividad son la vida, son la ventura: la mujer así, es un libro que tiene siempre una página nueva; es una piedra preciosa, en cuyas facetas se descubre cada día una nueva irisación: en cambio, la mujer que forzosamente ha de estar á nuestro lado, so pena de estigma social; la mujer que se posee sin trabajo, sin aspiración, sin anhelo, siendo generalmente la roca donde se estrellan nuestras impertinencias, es una mísera esclava cuando el marido está dotado de algún seso, y en manos de un tonto es un mueble más de la casa. Sobre todo, ¿quién impone el sentimiento? ¿quién decreta la felicidad?

Es achaque general humano el que rechacemos todo lo que nos es impuesto; basta que se nos imponga el deber de amar, el deber de acariciar á una mujer, para que si con los labios, por hipocresía, ó por timidez, confesamos el amor y formulamos la caricia, rechace confesión y fórmula nuestro espíritu. Pues bien; una ley que mata el sentimiento no es buena, no es racional, debe borrarse de los Códigos; el amor, como todo y sobre todo, necesita, para su per-

fecto, para su natural desarrollo, vivir entre auras de libertad; así, sólo así, el lazo conyugal será indisoluble; pero con la indisolubilidad de dos inteligencias que piensan al unísono y cada vez más alto; de dos almas que se perciben unidas por el arte, por el sentimiento, por la magia de la palabra, por la mancomunidad de las bellezas propias del alma que se comunican, ó que juntas admiran de otros artistas; por el conocimiento de algo superior, claro y concreto en las estrellas y en los espacios y por la unión, finalmente, dichosa, de sus cuerpos, en lo posible libres de toda impureza, y no por ser cuerpos, sino por ser moldes de aquellas inteligencias y de aquellas almas: el que ama, no besa una mano por su belleza, sino por ser mano del alma que adora; en otra mano más estatuaria, más suave, más blanca, no imprimiría sus labios con igual pasión; es preciso, de marido como de amante, gozar la forma por ser envoltura del espíritu, no por ser carne; ¿no queremos hacerlo así? ¿hemos de ser exclusivamente materialistas? Pues continuemos, que no continuaremos, y si posible fuera que continuáramos, la humanidad perecería asfixiada por los miasmas de la prostitución.

—Por ese camino se va á la destrucción de la familia.

—Muy al contrario, amiga mía; se va á la creación de la familia. La sociedad dice hoy: ó mujer casada, religiosa y civilmente, ó prostituta; y marca con el hierro de la infamia la

puerta de la mujer que vive dichosa con un hombre, si no es su marido, porque no puede serlo; con el mismo hierro con que señala los burdeles; yo estoy asombrado de que V. y Carlos se hayan dignado cruzar su palabra con mi Soffa; por eso me inspiran VV. profundo afecto: sucede así, que la mujer que se une á un hombre fuera de la ceremonia religiosa, ó de la ley civil, ya se juzga lanzada en el camino de la perdición, y aquella vida la considera como un paréntesis dulce de su marcha desatentada, como un oasis del desierto, y formada de tal modo su conciencia, prostitución por prostitución, le seduce más la que más brilla; no admite otro progreso sino el progreso del lujo.

Pues bien; ábranse las puertas, por medio de la ruptura de los lazos imposibles, á la legalización de esas familias que en número asombroso viven hoy fuera del concierto social: dignifíquese algo á la mujer desde el momento que alejada del escándalo constituya con un hombre hogar doméstico; que más vale transigir con el mal dentro de estos límites y haciendo comprender á la mujer que ese hogar es el crisol donde la gota de agua se evapora y deja el fango que la enturbia, que no tolerar y reglamentar la prostitución pública, que debiera perseguirse con ensañamiento; y por este camino llegaremos á tener innumerables familias indisolubles por el cariño, y esa terrible y esa espantosa estadística de mujeres que llenas de juventud y de hermosura, con inteligencias sus-

ceptibles de luz y con almas capaces de amar, viven hoy aherrojadas de la pública consideración, sin otro porvenir que el hospital y el cementerio, decrecerá considerablemente, y al cabo llegarán á cegarse las pestilentes lagunas del más inmundo de los vicios, y con el aumento de población y de prosperidad crecerá también el nivel moral de los pueblos.

El matrimonio, ¿no es, por su propia virtud, no es esencialmente bueno? ¿Á qué, pues, ponerle la condicional de ser forzosa su existencia? ¿Á qué esa indisolubilidad, prenda segura de infortunio, como he dicho antes, y que ni siquiera logra en la mayoría de los matrimonios descontentos la paz del sacrificio, pues el marido busca la barragana y la mujer el amante? ¿No sería mejor que, roto el lazo, surgieran, de una mala, tal vez dos excelentes familias, que no la continuación de una familia infeliz, tronco de dos ramas ilegales?

—¿Y los hijos?

—Eso le pregunto yo á V., Amelia, ¿y los hijos? ¿Y los hijos de esas tres familias? ¿Los del tronco enfermo y los de las dos ramas podridas? ¿No son estos últimos hijos también? ¿Y en qué fuente beben su educación los primeros?

Advierto á V. que yo quiero que antes de romperse el lazo matrimonial, depuren las circunstancias del caso todos los tribunales; desde el juzgado municipal hasta el Supremo, y que queden perfectamente garantidos la educación, el sustento y el porvenir de los hijos.

—Me asusta V., amigo mío.

—Pues no hay razón para ello. La ruptura del lazo matrimonial es ley del Estado en muchas naciones más adelantadas que la nuestra, como Inglaterra, Austria, Alemania, Dinamarca, los Estados Unidos, etc.

Sumemos, pues, los matrimonios mártires, pero esclavos de lo que consideran su deber y que viven en esa espantosa soledad de dos en compañía de que habla Campoamor; los matrimonios imposibles por los múltiples casos que están dentro de la órbita de la medicina legal; los malavenidos, pero que moran bajo el mismo techo dando á los hijos legítimos funesta enseñanza, con un amante la mujer, con una querida el marido, con otros hijos cada uno, frutos de sus adulterios, y siendo ella y él elementos disolventes de otras familias; los que viven separados por mutuo convenio, campando cada cual por su respeto; las mujeres que medrosas y sin confianza en la defensa que pueda prestarles la ley, soportan que sus maridos las maltraten, y dilapiden sus fortunas, y las obliguen, quizá puñal en mano, á que les firmen tales ó cuales poderes, haciendo en pago, ante sus ojos, en las horas que les deja libres la ruleta, fastuosa ostentación de sus barraganas; los matrimonios divorciados; los pendientes de divorcio; los amantes que viven juntos, fuera ellas del concierto social, buscando en vano las infelices la amistad, la tolerancia siquiera de gentes que son de juro más dañosas á la moral, y dígame V.,

Amelia, si no es ya tiempo, en vista de tan aterradoras estadísticas matrimoniales, de poner enérgico remedio á una gangrena que va minando los cimientos sociales, y que lleva ya su obra demolidora con un adelanto que asusta. Esto no es nuevo; yo no hago más que repetir la protesta seria y festiva que contra el lazo indisoluble viene formulando la humanidad desde Cristo, que admitía su ruptura, por motivo de adulterio, pasando por Napoleón, que la consignó en su Código, y siguiendo por las naciones que, como expresé antes, lo tienen promulgado como ley.

Quevedo dijo:

Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme.

Cervantes cuenta en su bellísima novela ejemplar *El Licenciado Vidriera*, que preguntando á éste, uno, qué consejo ó consuelo daría á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro, le respondió:

—Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

—Luego, ¿no irá á buscarla?—dijo el otro.

—Ni por pienso—replicó Vidriera,—porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

Ridiculiza el matrimonio Balzac; Voltaire afirma que el divorcio se inventó ocho días después del casamiento, y hombres de ciencia eminentes é innumerables literatos insignes moder-

nos han mojado las plumas en la tinta de la sátira para condenar las condiciones actuales é insostenibles del matrimonio en España.

—La principal cuna de la prostitución—replicó Amelia—es la ignorancia y la falta de medios honrados de subsistir que la sociedad ofrece á la mujer.

—Están de tal modo enlazadas todas las cuestiones sociales, que no bien se ahonda un poco en cualquiera de ellas, se tropieza con las demás. Indudablemente, las mejores condiciones de educación y de trabajo para la mujer disminuirían la estadística de la prostitución, lo cual sería un beneficio inmenso; pero por sí solo no crearía matrimonios más felices mientras subsistiera el lazo indisoluble, que por olvido no dije antes que entrañaba además el absurdo de poner el honor del hombre en la caprichosa voluntad de la mujer, dando así origen á cruentas catástrofes. La fórmula de la dicha matrimonial, dada la libertad en el contrato, la ofrece Víctor Hugo en su novela *Noventa y tres*, diciendo: «Modelar una estatua y darle la vida es bello; pero modelar una inteligencia y darle la verdad, es más bello todavía.» El hombre que, enamorado de una mujer, se consagra á ser el Pigmalión de su inteligencia y de su alma, quedaría indisolublemente unido á ella y sería eternamente idólatra de su obra, y aquella inteligencia y aquel espíritu por él modelados, quedarían también unidos á los suyos por lazos indisolubles, por los lazos de la luz y del sen-

timiento, y como la luz y el sentimiento tienen condiciones de progreso, se reapretarían esos lazos más cada vez: esto es matemático; esto es indiscutible, y aun materialmente considerados, los cuerpos como vasos contenedores de aquellas inteligencias y de aquellas almas, se juntarían también con el mayor arrobamiento, y cuando el fuego de la pasión material se enfriara en ellos en el invierno de la vida, siempre vivirían venturosos; siempre cambiarían sus palabras con ternura; siempre cada uno vería en la forma del otro un objeto de su adoración. Claro es que para modelar se necesita ser escultor, y tanto más bella será la estatua cuanto sea mayor el genio del artista que maneje el cincel y el martillo, y mejor el material que trabaje. ¿Quién duda que la educación de los pueblos concluirá con todas las ignorancias, con todos los egoísmos, con todos los desórdenes, y por tanto que mejorará la condición de la familia por la ciencia y el arte? Pero es posible, sin embargo, hacer hoy más de lo que se hace. Pues qué, ¿Carlos no podía haber realizado algo de esto con V., como yo he procurado hacerlo con mi Sofía, de cuya educación á la de V. hay tan grande distancia?

—Con un marido como Carlos, la vida es insoportable. Parece que yo no debería expresarme así; pero si V. lo sabe, ¿por qué se lo he de ocultar hipócritamente, máxime cuando hallo en sus palabras consuelo y esperanza? Y cuenta, que al decir un marido como Carlos,

no me refiero á su conducta, que, en homenaje á la verdad dicho sea, no tiene tacha; no le conozco vicio alguno; ni en las comidas bebe vino; tiene aversión al juego; si ha puesto los ojos en otra mujer, con tal misterio lo ha hecho, que ni yo he podido vislumbrar nada que me haga concebir de ello la más leve sospecha, ni los vientos de la maledicencia me han traído jamás el rumor de que me sea infiel; nada falta en mi casa de cuanto necesitamos para vivir bien, si modestamente, y sin embargo, soy desgraciada, muy desgraciada; tanto, que no concibo poder serlo más.

—Su casa de V. es un magnífico panteón de dos almas; y como antes dije á V., el propio mal corroe las entrañas de una gran parte de los matrimonios: no es preciso examinarlos uno por uno para saberlo; de bastantes se sabe; pero, en general, la vida de la familia es el reflejo de la vida del pueblo, y la vida del pueblo es el reflejo de la vida de la nación.

—La mayor parte del día estoy sola; durante ese tiempo, mi marido se ocupa de sus múltiples negocios, de política, de compras, de ventas y de otras cosas de que yo no entiendo; y yo de los asuntos domésticos, en los que, como V. comprenderá, no intervienen gran cosa la ciencia ni el arte. Cuando está en casa, tiene, por punto general, que leer ó que escribir; agregue V. á las dichas las horas de tocar y de dormir y dígame cuántas quedan para que nos veamos, para que hablemos; son po-

cas, muy pocas; bastantes días ninguna y los que tal sucede, Dios me perdona, ya no me pesa.

Las veces que hablamos no podemos hacerlo de política, ni de negocios: de nada de eso entiendo yo; ni de cocina, ni de ropa limpia, ni de labores de aguja: de nada de esto entiende él; de modo que si no es de algún suceso extraordinario que nos refieran las visitas, ó los criados, ó las gacetillas de los periódicos, ó sobre el estreno de una obra, ó el *debut* de un artista, ó murmurando de ajenas vidas, y esto los días contados en que por causas que siempre omite está de regular humor, no tenemos encuentro de conversación posible, y así nuestras relaciones están reducidas á una serie de pequeños incidentes, no muy amenos, que forman un todo bastante desagradable. Su carácter ha variado completamente; era dulce y es áspero, más áspero cada día, al menos en casa, pues las gentes dicen que fuera de ella es alegre, y decididor y chancero: así era en los tiempos en que me pretendía, y en las primeras lunas conyugales; pero poco á poco se fué despojando de todas esas habilidades, de igual modo que de los amorosos extremos: me desvivo porque la comida no tenga pero y jamás lo consigo; siempre halla un por qué para gruñir; la mesa de cualquier bodegón le parece superior á la nuestra y el olvido de cualquier pormenor por él prevenido, la pérdida de una llave, que no le abran pronto la puerta, un cuello más ó menos almidonado, el agua que no está

bien caliente, la pérdida de un periódico, la rotura de un objeto, la necesidad de comprar tal ó cual cosa, el ruido de una puerta, la falta de un criado, cualquier insignificancia, la más menuda contrariedad, es margen de un monólogo tempestuoso, con exhalaciones de malos modos, ó de un diálogo severo, acre, que se parece mucho á la antipatía y que puede ser germen del odio. No hay entre nosotros nunca dulces y cariñosas expansiones, pues en los momentos que podía mejor haberlas, en esas horas de la noche, las más felices para los que se aman, en las horas que preceden al sueño, en el retiro de la alcoba, siempre halla un pretexto para no hablar: ó le duele la cabeza, ó el estómago, ó está cansado, ó tiene que levantarse muy temprano y... V. comprenderá, amigo mío, que así la vida de la mujer no es vida, sino muerte, y la disyuntiva de muerte ó deshonra, la más negra de las injusticias.

—¡Oh, y V. es feliz, sin embargo! En ese cuadro falta algo de suegra, algo de que á la mujer le duela que su marido haga mangas y capirotos de sus intereses, ó siquiera que los maneje; algo de vicios, algo de mala educación, algo de desaseo, algo de enfermedades, algo de celos, algo de manceba, algo de amante, algo de miseria; haga V. combinaciones binarias, ternarias, etc., de todo esto, y se pueden escribir unos infiernos del matrimonio con más y más terroríficos cuadros que los del inmortal poeta florentino.

—Yo encuentro, amigo mío, un gran fondo de verdad en todo cuanto V. dice; pero de ello deduzco que mi mal no tiene remedio, y mi alma no puede vivir más tiempo atrofiada; necesita sentir, necesita amar, y el amor no se impone; yo no puedo imponerme el deber de amar á mi marido; es imposible; la estatua no brota espontáneamente de la piedra, sino por virtud del cincel, que separando las capas que le estorban, que educando el mármol, digámoslo así, descubre los perfiles y las formas. Cuando, como V. ha dicho antes, el encuentro de dos miradas señala el primer punto de simpatía entre un hombre y una mujer, cada uno de ellos labra cariño en el alma del otro; se buscan, se extasían mirándose, hablan con los ojos, y así el cariño toma vuelo; pero también, cesando las causas, pueden cesar los efectos; las plantas mueren cuando se las olvida; todo necesita un sol que lo fecundice. El amor que Carlos me profesaba, fué absorbido por el lecho nupcial; el mío á él, borrado por su indiferencia, y mi alma, repito, necesita amar: yo creo que no peco diciendo esto; el amor es el más puro de los sentimientos; ¿por qué he de avergonzarme de decir que necesito amar? Y si otro hombre cultiva mi espíritu, si otro hombre pone sus halagos frente á frente del despego de Carlos, yo no respondo de mí, lo digo con la conciencia serena; que no puede existir ley divina ni humana que preceptúe la esclavitud del alma; ¿es cierto, amigo mío? Contésteme V., déme

algún consejo que me consuele, porque todo cuanto le digo, es fácil que suceda; puede haber empezado á suceder...

—No se exalte V., Amelia, y óigame: la mujer que se halla en la tristísima situación de usted, y no hay de ellas pocas, se encamina por uno de estos senderos: si no tiene hijos, y es la finura de su alma escasa, y con ligero esfuerzo puede cumplir lo que juzga su deber de no amar á otro, aunque no ame á su marido, se hace egoísta, maldiciente y se lanza á toda vela por las aguas del más grosero fanatismo religioso: si, apesar suyo, por estar su alma dispuesta á sentir, otro hombre despierta en su pecho una pasión amorosa, ó comete la felonía de engañar al marido, dándole hijos pegadizos y engendrando ejemplos deplorables y conflictos más ó menos graves, ó bien conociendo lo imposible de su ventura conyugal, pero sin ser capaz de falacia, concierta con su esposo una separación amistosa, ó promueve la oficial, y, lejos de él, entrega su corazón á nuevo dueño, sujeta al estigma de la sociedad: si tiene hijos, acaso basten á satisfacer la necesidad de su alma las manifestaciones del sentimiento en las mil y mil formas que revisten los inmensos amores maternales; pero aun así puede no ser dichosa, porque la necesidad de amar para crear es ingénita en el alma, y no excluye á este amor el amor materno, antes bien lo aviva; y si, por último, se echa en brazos de un amante, entonces produce la más honda de las perturbaciones, y

al decir esto, tenga V. en cuenta que igual criminalidad, ante la moral y por los resultados, hallo en la falta de la mujer que en la falta del hombre, cuando unidos se vilipendian, y tan fatales—quizá más las de la del hombre—aprecio las consecuencias de una y otra estafa conyugal. V. examine su alma, mida sus fuerzas, y si no acepta el martirio, elija con resolución y franqueza el camino más noble, pero nunca engañe...

Aquí llegaba yo, cuando paró á la puerta de la casa una berlina.

—Ahí está... *ese*—dijo Amelia interrumpiéndome visiblemente contrariada.





www.libtool.com.cn

EN EL ALBUM DE BELÉN

Uo señor, no dicen bien,
y escucharlos me da rabia,
los que por «estar en babilia»
dicen «estar en belén.»
A tu buen marido apelo;
que arrostrando tus sonrojos,
diga si el que está en tus ojos
está en babilia, ó en el cielo.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

CARTA LITERARIA

Á DON CARLOS FERNANDEZ SHAW



I excelente amigo: En las breves líneas que me ha dedicado V. en la primera página del ejemplar de sus *Poetas*, que ahora recibo, leo, entre otras cosas que me son muy gratas, pues á nadie le amarga un dulce, «que se holgara V. mucho de que valiera todo su libro lo que una sola descripción de mi novela *María de los Angeles*.» Voy á responder á ese pujo de galantería, á ese para mí tan sabroso embuste, con una verdad: á los diez y siete años que usted tiene, querido Carlitos, yo no era capaz de escribir, ni soñaba siquiera que alguna vez podría escribirlo, el trozo peor de la más endeble entre las bellísimas composiciones que figuran en el tomo.

No es mi propósito hacer el examen crítico de éstas, para inquirir, en cada una, si tiene

más ó menos alcance, si está mejor ó peor sentida, si su forma literaria adolece de tales ó cuales incorrecciones. Las poesías de V., sobre todo la leyenda *La loca del castillo*, el canto *Año nuevo* y la composición titulada *¿Volverán?* son prueba palmaria de que V. es capaz de pensar con todo el vuelo, de sentir todo lo hondo y de rimar con toda la corrección, galanura y gallardía que se proponga, siempre y cuando haya tenido acierto en la elección del asunto.

Esta es la cuestión, amigo mío.

A V. no le faltan—acaso le sobran—inspiración, ni alma, ni pluma: lo que sí podrá acontecerle es que por no escoger bien los motivos en que haya de desplegar sus espléndidas facultades, resulten éstas desperdiciadas, sin dar un resultado tan brillante como debe V. alcanzarlo siempre, y esto le ha sucedido en la narración que lleva por título *La fuente de las Xanas*, en la cual hay un lastimoso derroche de ingenio en un asunto baladí.

Crean algunos ¡cuánto se equivocan! que la poesía es preciso demandarla en una esfera que debe pertenecer, en los espacios sin límites, al mismo término municipal que el Limbo; esfera por la cual revolotearán, en caprichoso desorden, las ideas abstrusas, alambicadas, insustanciales, oscuras, vagas, que disueltas luego en unos endecasílabos altisonantes, hagan creer á cuatro majaderos que los lean con gran entono, el propio autor inclusive, que aquello es un pro-

digio, siendo realmente una sarta de vulgaridades, que no quieren decir nada, con algunas sentencias ya dichas en lenguaje más llano, y por ende más bello, por el escudero de D. Quijote.

No hay nada más poéticamente delicioso en *Los Miserables*, que la despedida de Mario y de Cosette, después de su primer idilio:

—¿Cómo te llamas?

—Mario. ¿Y tú?

—Cosette.

El Góngora insoportable cuando dice v. gr.: dirigiéndose al mar, en una de sus *Soledades*,

Audaz mi pensamiento
el cénit escaló, plumas vestido,
cuyo vuelo atrevido,
si no ha dado su nombre á tus espumas,
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diáfanos del viento;

ese mismo Góngora, si se deja de vaguedades, si en vez de remontarse al Limbo de que hablé á V. anteriormente, se inspira en lo concreto, en lo real, buscando allí las fases artísticas, los puntos de vista bellos, produce, en cambio, primores como:

Sobre una yegua morcilla,
tan extrema en el correr,
que no logran las arenas
las estampas de sus pies,

ó hechizos como los tan conocidos y siempre estrenados del romance *Angélica y Medoro*:

Los campos les dan alfombras,
 los árboles pabellones,
 la apacible fuente sueño,
 música los ruiseñores.

.....

No hay verde fresno sin letra
 ni blanco chopo sin mote;
 si un valle Angélica suena
 otro Angélica responde.

Aparte de la hermosura incomparable de la forma literaria de los inmortales Quintana, Duque de Rivas y Nicasio Gallego, estriba el mérito principal de sus obras en que al escribir, por ejemplo, la *Oda á la imprenta*, *El moro expósito* y la *Elegía á la muerte de la Duquesa de Frías*, se inspiraron en magníficas realidades.

En el precioso libro de V. Igo, en la composición dedicada á la memoria de Ventura Ruiz Aguilera, una estrofa que dice:

¡Cuán tristes son los ecos de su lira!
 No más dulce suspira
 el aura resbalando por las flores,
 ni son más tiernos los quejidos vagos
 de las ondas tranquilas de los lagos
 al contarse en murmullos sus amores.

¡Cómo he de negar yo que esa estrofa, de pensamiento delicado y de suave corrección en su hechura, es una perla del libro! Sin embargo, me gustan mucho más los versos que le inspira á V. Igo la realidad de la muerte de la niña Luz en *El tesoro de Orosmán*; de la niña Luz que muere, que se apaga mejor dicho, viendo desde su ventana caer la tarde.

Muchas son las bellezas que contiene la leyenda á propósito de la muerte de esa niña:

www.libtool.com.cn

.....
 aún hay luz en su mirada
 y vida en su cuerpo inerte,
 porque hasta la misma muerte
 se detuvo enamorada.

.....
 una gota de rocío
 en la flor de su mejilla!

.....
 ¡qué triste es la despedida
 de lo que no vuelve más!

.....
 por eso tanto se amaban-
 dos Luces que se besaban
 para no verse jamás.

Esto último, amigo Carlitos, es muy lindo; pero no es verdad, pues Luz, después de abandonar este mundo, habrá tornado á ver, mejor que antes, la claridad del sol poniente y el lucero de la mañana; y digo á V. esto para que entienda cómo no reniego nunca de mi firme criterio espiritualista, cómo mi concepto del arte no es materialista, por más que sí realista; pero buscando siempre, según antes he dicho, el alma, el sentimiento, la belleza propiamente dicha de la realidad, y haciendo surgir, como ineludible deducción, de aquel cuerpo y de este espíritu, la verdad, la trascendencia de la obra. En una palabra; que se recreen los ojos del espectador en la forma tangible de la concepción artística; pero que el espíritu impalpable de ésta

haga sentir al espíritu, impalpable también, de quien la contempla, cuya razón saque de tales arrobamientos una provechosa consecuencia.

Nada de abstracciones, mi buen amigo; y ya que tiene V. talento, corazón y buena voluntad, y ciñe á su frente la mejor de las coronas, la de la modestia, dé útil empleo á tan envidiables facultades, buscando sus escenarios en la Naturaleza y sus argumentos en la realidad humana, que es donde residen los inagotables veneros del arte.

Presumo yo que basta, en la poesía lírica, con que la obra tienda hacia un ideal de alto vuelo, y, en último término, sólo con que su perfume conmueva dulcemente el corazón, lime las asperezas del alma; pero, le repito, que todo dentro de la realidad, sin tratar ¡qué insensatez! de embellecerla, como dicen algunos, cual si hubiese nada más bello que la Naturaleza, la humana en primer término, en sus múltiples variedades y manifestaciones.

Concluyo, amigo Carlos, que la carta va tomando demasiadas proporciones. Atienda mi pobre consejo, ó estúdielo al menos, siquiera en gracia de la buena intención con que se lo doy y por la certeza que abrigó de no equivocarme.

Se acabaron, créalo V., las poesías tituladas *Delirio*, *Fantasta*, *Sueño*, *Invocación*; como se concluyeron también ¡qué dicha! para no volver más, las composiciones cursis del arroyo murmurador, la argentada luna, el ruiseñor

parlero, la tórtola amante, las perlas de la aurora, los pétalos de la rosa, los labios de coral y el cuello de cisne.—Sólo se escuchan hoy con deleite las obras cuyos primores los ha arrancado el buen gusto del poeta de las fases artísticas de la realidad.

No hay que vagar nunca por las regiones de lo abstracto. Eso lo hace la ciencia, partiendo de principios inconcusos.—Al artista de verdad le basta, para escribir una poesía que lo inmortalice, con poner los ojos en la mata de jaramago que crece solitaria entre las tejas de la casa de enfrente.

Tenga siempre por su más cariñoso amigo y entusiasta admirador, á

JOSÉ NAVARRETE.

Junio.—1883.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

LO QUE ME ENSEÑA MI ABUELO



CN una en las muchas escursiones aéreas que yo hago por las noches con mi abuelo, el abogado que fué de la real Cancillería de Granada allá por los años de 1770, me ha referido este buen señor una porción de cosas que me han llenado de asombro, y que, contadas por él con la mayor naturalidad, echan abajo las creencias que se profesan en este mundo desde hace no sé cuántos siglos.

Nada preocupa tanto el ánimo del hombre como la duda de lo que le sucederá después que se le enfríe el cielo de la boca, y mi abuelo me ha hecho sobre punto tan trascendental gravísimas revelaciones, siendo él ejemplo vivo de sus enseñanzas, de igual manera que los innumerables caballeros gaseosos que he visto, y el sin fin de fenómenos que he observado viajando por el espacio que media entre las nubes y los tejados.

En primer lugar, hame contado mi abuelo, (y cuando él lo cuenta sabido se lo tendrá) que no hay nada fuera de la materia; que si, pongo por caso, á mí me tiraran un tiro y éste me produjese la muerte (ya que hemos convenido aquí abajo en creer que nos morimos), podría mi cuerpo caer al suelo, y, sin embargo, quedarme yo de pie, en el mismo sitio, no ya sólo con toda mi inteligencia pensante y todo mi espíritu sensible, sino hasta con un perfecto organismo material gaseoso; el mismo que, pasando por la sangre, mueve los nervios, obediendo á la razón, directriz del sér, y al esfuerzo del alma.

En este sér se revela por cierto una trilogia admirable, que los entendimientos claros concebirán si meditan sobre ella un poco: la inteligencia, sin dejar de serlo, es espíritu y es materia, supuesto que sin ellos no tiene manifestación posible; de igual manera que el espíritu, sin dejar de serlo, es materia y es inteligencia; y la materia es inteligencia y es espíritu, siendo la causa primera de todo la SUSTANCIA ÚNICA: no de otro modo son, el escrito, pensamiento y palabra; la palabra, pensamiento y escrito; y el escrito, palabra y pensamiento.

—Es, pues, una vulgaridad—me decía mi abuelo—como la de sumaros vosotros por almas, la de llamarnos á nosotros espíritus.—Nosotros tenemos un cuerpo material gaseoso, libre de la materia sólida que os abrumba, y que, como te indiqué otra vez, es una especie de cam-

pana de buzo que necesitáis para trabajar sobre la corteza del planeta.

—Diga V., abuelo—le pregunté:—¿Y cómo se verifica el enlace de ese cuerpo gaseoso con la materia sólida?

—Se verifica en el acto de la generación.

—¡Yal—exclamé, sin entender una jota.

—El ser libre—añadió mi antepasado—tiene todas las propiedades de los gases: invisible, impalpable, elástico, capaz de enrarecerse hasta el grado de tenuidad que le acomode, ó de condensarse hasta hacerse visible á los ojos materiales, y de disminuir de volumen hasta reducirse á un punto. Pues bien; situado este punto convenientemente, en su mayor densidad posible, recibe el vapor prolífico, y la razón y el alma y el organismo gaseoso, se van desenvolviendo ya con sustancia carnal adherida, y el feto se nutre y se desarrolla.

Yo me quedaba con la boca gaseosa abierta oyendo al exabogado de la real Cancillería explicarme con tal sencillez unas materias sobre cada una de las cuales se han hablado y se han escrito océanos de palabras.

—Te sorprende lo que te digo ¿eh?—me interrogó.—Pues mira, después de discutir todavía mucho tiempo en las Revistas y en las Academias y en los Ateneos, las conclusiones científicas que iréis obteniendo serán éstas que yo te voy apuntando, sin darles importancia ninguna, pues para nosotros son estas cosas sabidas como para vosotros los experimentos más

vulgares de física. Apesar de conocer todo esto, sabemos muy poco más que vosotros; nada, con relación á la Ciencia Infinita.

—De modo que nadie se muere.

—No—me replicó mi abuelo.—Lo que sucede es, que cuando la ropa de carne envejece, ó se queda inservible por cualquier causa, se suelta, con más ó menos trabajo, y cuestión concluída. Más te diré, querido nieto: la muerte que se siente más (admitiendo la palabra muerte como sinónima de transformación) es la de aquí, para nacer en el sólido, en la existencia del trabajo penoso: la muerte en el sólido, en vez del cortejo que la acompaña de luto y de lágrimas, debía celebrarse con festejos y alegrías, sin más dolor que el de la ausencia temporal del sér querido.

Aquí llegaba mi abuelo noches pasadas, encontrándonos él y yo, á medio kilómetro de altura, sobre el paseo del Obelisco, cuando pasaron por nuestro lado algunos individuos gaseosos, que conducían una figura entera, gaseosa también, pero de gas espeso y húmedo, tal como si acabara de salir de un molde humano.

—¿Qué es eso?—pregunté á mi abuelo.

—Un recién nacido—me respondió.

—Pues si parece que va muerto.

—Acaba de salir de la cárcel de carne, y aún está turbada su inteligencia por lo brusco de la transformación. Ven.

Rápidamente nos alejamos de allí, y penetramos en una alcoba, después de atravesar una

boardilla y tres pisos habitados: estábamos en el bajo de una casa del barrio de Salamanca.

Todo aquello me produjo alguna fatiga y me desperté, sin abrir los ojos y sin querer abandonar el sueño: me volví del lado derecho, gruñí no sé qué y torné á la alcoba, donde ví una valiosa cama dorada con colgadura de reps y colchones de damasco; en el suelo, revueltas, una colcha de raso carmesí, una soberbia manta y una sábana riquísima; y sobre la cama, apoyando la cabeza en una almohada, junto á las cifras bordadas F. A., el cadáver, aún flexible y caliente, de un hombre de unos treinta años, de fisonomía vulgar, con barba negra.

En el gabinete estaban abiertas las puertas de madera y las vidrieras del balcón que daba á la calle, y sobre la chimenea, y junto á un magnífico espejo de marco negro, lucía una lámpara de reverbero, por cuyo tubo cilíndrico, lleno de una llama rojiza, salía una columna de humo negro.

Cerca del difunto estaba de pie una mujer alta y bien parecida, con los ojos nublados por el llanto, que por su traje revelaba ser la doncella de la señorita y que aguardaba sin duda á otras personas con las ropas para amortajar al cadáver.

Por eso tal vez se asomaba impaciente á una puerta de escape que había más allá de la cama y daba paso á un corredor largo, en el que hablaba un comandante de lanceros con un agen-

te de *La Funeraria*, y por cuyo extremo se encontraba en una habitación en la que varias personas consolaban á una hermosísima joven de veintitantos años, que hacía esfuerzos desesperados por levantarse para ir á despedirse de su adorado esposo, y lloraba y reía convulsivamente, y hacía, en una palabra, los mayores extremos de desesperación.

—Oye lo que habla mentalmente la doncella—me dijo mi abuelo.

—Anteayer—pensaba ella—aún tenía el pobrecito los billetes en la cartera...—Si acabará de marcharse el de *La Funeraria*...—El señorito tiene que ir con D.^a Micaela y con Pascuala á sacar la ropa negra... Entretanto... ¡Cá, si me da miedo!... El le dió á mi padre la plaza de orden público... pero anda, que yo también... Después de todo, ¿lo que queda no es de ella?... ¡Buena está ella!... Casi, casi, por vengarlo á él, debo cogerlos... Si vendrán... Si no vendrán...

Al decir esto se apoderó de la muchacha un temblor convulsivo; cubrió al muerto con una sábana; se asomó por centésima vez á la puerta del pasillo, y no viendo allí á nadie, se dirigió rápidamente á una percha que estaba clavada poco más allá de la mesa de noche y de la cual pendía, entre otras prendas, una levita; la cogió con la mano izquierda, metió la derecha en un bolsillo interior, sacó una cartera, y dejando la levita sobre la cama, se puso á abrir aquella torpemente, acercándosela á los ojos, temblando mucho y diciendo varias veces seguidas:

«¡Dios mío, qué hago yo!» Sacó por fin tres billetes de 100 pesetas, se los guardó rápidamente entre el canesú y el precioso pecho, puso la cartera, sin poderla cerrar, en el bolsillo de donde la extrajo, colgó la levita, sacó un pañuelo del bolsillo de su bata, se tapó la cara con él y rompió á llorar ruidosamente, siendo lo más notable del caso que las lágrimas corrían de verdad por sus mejillas.

—Repara eso—me advirtió mi abuelo.

Eso eran dos seres gaseosos muy oscuros, que estaban junto á la doncella y le habían inspirado sin duda aquel mal pensamiento.

—De modo—le repliqué,—que la responsable del robo no es ella.

—Lo son ella y ellos—repuso mi ascendiente.—El atraso de ella es tierra bien dispuesta para recibir la mala inspiración de esos desgraciados que gozan con el mal: el consejo mental mío sólo ha producido en ella la frase «¡Dios mío, qué hago yo!» Pero el buen pensamiento no ha tenido fuerza bastante para dominar el espíritu y atar sus manos.

—¿Y cómo se purificarán ella y ellos?

—Volviendo á la tierra, renaciendo en la carne, una, dos, tres, cien veces, en las condiciones más á propósito para que la razón se eduque, el espíritu adquiera bondad y la materia obedezca bien á la inteligencia y al alma. Pero pronto va á amanecer, y antes de que te despiertes quiero que oigas lo que está pensando la viuda.

Esta, que, como dije antes, y sobre la base de una extraordinaria blancura y suavidad de cutis, y un magnífico cabello negro rizado, era hermosísima, se encontraba en el comedor, sentada, mejor dicho recostada sobre una almohada, en una butaca, junto á la chimenea. Sobre la mesa de roble tallado aún humeaba el residuo de tila que cubría el fondo de una taza. El comandante de lanceros, cuñado del muerto, y que después de pasar una mala noche tenía que montar temprano á caballo para ir á la instrucción de quintos, estaba junto al aparador metiéndose entre pecho y espalda una libreta de pan que iba mojando á cachos en una copa de cristal llena en sus dos tercios de un moscatel de Jerez espeso como el almíbar, y del cual trascendía el rico aroma de la fruta.

—Para que veas—me explicó el exabogado de la real Cancillería—la desarmonía, origen del mal, que por desventura existe entre el pensamiento, el sentimiento y la forma, ahí tienes esa mujer llorosa y pálida que realmente está llena de aflicción por la muerte de su esposo, y, sin embargo, cuando se encuentran sus miradas con las de ese señor que está sentado frente á ella, recibe una corriente fluídica que estremece de placer toda su materia. Oye lo que dice.

—Ahora—pensaba,—si me quiere como lo jura, y es un caballero, evitará que la maledicencia se cebe en mi decoro, casándose conmigo.

—Ten en cuenta—me indicó mi abuelo—que aún no han amortajado á su marido.

El caballero en cuestión, muy moreno, con patillas colgantes algo canas y no mal parecido, estaba repantigado en otra butaca, muy serio, mesándose con la mano derecha las barbas y con un cigarro puro en la izquierda.

—Tiene diez mil duros en metálico—reflexionaba,—y la primera operación que yo debo hacer con ellos, para tranquilidad de los dos, es la de pagar mis ingleses, que suman... ¿á ver?... D. Lucas, la escritura de cuarenta y cinco mil reales. Le tengo dados...

—¡Ayl ¡ayl ¡ayl!—gritó la viuda empezando de nuevo á llorar y á hacer contorsiones.

—Señora, ¡por la Virgen santa! tenga V. resignación; cálmese, cálmese—dijo el caballero, levantándose y estrechando con la mano libre del tabaco una de las dos, que eran dos hechizos, de la viuda.

—¡Vamos, vamos, vamos, mujer!—le dijo también el comandante con la dificultad consiguiente á acabar de meterse en la boca un tarugo enorme de pan mojado en vino.—Es preciso que te vayas á la cama.

—Su hermano de V. tiene mucha razón—insistió el caballero.—Ahora mismo va V. á meterse en la cama—añadió ciñendo con su brazo la esbelta cintura de la viuda, y haciendo esfuerzos por incorporarla. Vamos arriba.

La viuda se dejó llevar.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

SACAENTRAÑAS



las once de uno de esos días en que el aliento de Guadarrama hieló el de los pulmones, se bajaba de un simón, á la puerta de la casa núm. 51 de la calle de... un joven de veintitantos años, alto, delgado y rubio, cuya fisonomía, cuyos modales, cuyas manos, cuyo calzado, cuyo aliño todo, hasta el modo de advertir al cochero que se quedara con la peseta sobrante de un duro, después de pagar dos horas, delataban á una persona distinguida. Tenía el insomnio y la tristeza pintados en las facciones y era señal de la zozobra y el malestar de su espíritu la rapidez nerviosa con que se mesaba la barba y se atusaba el bigote. Llevaba hongo á la cabeza, y por abrigo, una airosa y riquísima capa de esclavina corta, broches de oro y vueltas azules y encarnadas.

Atravesó rápido el zaguán y subió de dos en dos, como si se recatase hasta de la portera,

los cuarenta escalones que conducían al piso segundo, en cuya única puerta se leía en caracteres negros sobre una plancha ovalada de porcelana: «N. de N.—Agente de negocios.—Horas: de diez á una todos los días de trabajo.»

Tiró del botón del timbre, sintió que por los calados de la mirilla le observaron breves instantes, llamó segunda vez, y ¿qué se le ofrece á V.? le preguntó desde adentro una voz nasal.

—¿El señor de?...—respondió el joven, a quien nombraremos en lo sucesivo Enrique.

Entonces le abrieron; una vieja le dijo:—«por aquí,» y lo condujo á donde estaba el dueño de la casa, ilustrísimo señor don... á quien distinguiremos en adelante con el apodo *Sacaentrañas*.

Era el despacho de éste la sala principal, con tres balcones á la calle, estera basta y unos muebles que llamaban la atención por el contraste que hacía, junto á un sofá de pino y asiento de enea, un estante de libros de tres metros de alto, de roble con admirables tallados; y sobre una consola vulgarísima y delante de un espejo cualquiera un reloj y unos candelabros de bronce que valían un dineral, revelándose, en los unos, el gusto y la largueza del amo, y en los otros, que estaban allí en prenda de alguna deuda ó como botón de quiebra. En los cuadros se notaba igual anarquía: entre dos lienzos de Murillo de tamaño del natural y cuerpo entero, preciosos retratos de una frutera y de una flo-

rista sevillanas, un *Descendimiento* de baratillo, que partía el corazón del arte.

En el magnífico estante había varios legajos y otros cuantos sobre la mesa de escribir, cubierta por un tapete verde con muchas manchas de tinta, y que recibía la claridad por la derecha de uno de los balcones, sin duda porque *Sacaentrañas* temía que los purísimos rayos de la luz se posaran sobre sus escritos: hasta en la soledad de su despacho quería que sus cuentas nacieran en la sombra.

Era *Sacaentrañas* un tío alto, de cincuenta años, fornido, canoso, con el pelo largo, lacio y descuidado, patillas anchas y colgantes, mirar torvo, narices abultadas, labios gruesos, buen color y unos dientes blancos é intachables que á menudo enseñaba con una diabólica sonrisa.

Resabios de los tiempos en que talló de cabezera y tiró el pego en un garito de la plaza de... lucía, con la bata desabrochada, un calabrote de oro que, pasando por su cuello, iba á parar al bolsillo del chaleco donde llevaba el reloj, y ceñía el dedo índice de su mano derecha un sortijón de oro con una rosa de brillantes.

Al entrar Enrique, estaba *Sacaentrañas* sentado en el sofá, calentándose las manos sobre el alambrado de un brasero de tarima de pino y bacía de hierro. Se levantó, y poniendo la más benévola de sus sonrisas, le dijo:

—Adelante, caballero, adelante.

—Usted es el señor de...

—Su humilde criado. ¿Qué es lo que tiene usted que mandarme?

—Vengo... www.libtool.com.cn

—Negocio de dinero ¿eh?

—Justamente. Yo me llamo Enrique de... y mi padre es el Conde de...

—¡Tanto honor! Tome V. asiento, señor don Enrique. Deje V., por Dios, el sombrero. ¿Usted fuma cigarrillos del estanco? También tengo puros de á medio real.

—Gracias. Yo deseo...—murmuró Enrique tomando asiento en el sofá.

—No siga V.—le interrumpió el usurero poniéndole una manaza sobre la rodilla.—No siga usted sin que yo le advierta que al tirar usted del llamador de mi puerta para un negocio de préstamo, se ha dejado V. allí un pulmón; y que, al empezar á proponérmelo, empiece V. también á liquidar el otro. Ahora, sin pecar de ignorancia, diga V. si quiere dinero.

—Necesito 30.000 reales, pero hoy mismo, para satisfacer una deuda sagrada, para un compromiso de honor tan grave, que si no salgo de él esta noche, me pego un tiro.

—Pues, hijo mío, lo siento; pero hay una dificultad para que yo lo saque del atolladero, y es que yo no hago negocios de picos de 30.000 reales: para eso, vaya usted á buscar prestamistas de vuelo más bajo: *El Horrible*, ahí lo tiene V. en la plaza de... ó los *Juanillones*, que no viven lejos de él, ó *Pancha-Ampla*, allá por el fin de la calle Mayor; ó *Farruco*,

cerca de Chamberí, ó *El Bulldoc*, no lejos de la calle de las Infantas; ó la tía *Garduña*, en la calle de Cañizares. Además, el tomar esa miseria no es digno de una persona de la propapia de V.

—Pero si no necesito más.

—Sí, hombre, sí, no sea V. modesto. Usted necesita 4.000 duros, que son los ocho que me hacen á mí falta, improrrogablemente, dentro de seis meses.

Enrique miró hasta con afecto y con gratitud á aquel ladrón, embargado por el júbilo de que se acababa su terrible agonía. Para él en aquellos momentos no había, no ya semestre venidero, ni siquiera mañana; él miraba sólo la dicha de pagar hoy, sobrándole 50.000 reales. Tendió la mano al prestamista, y cerrando el trato le contestó:

—Tomaré lo que V. quiera.

Sacaentrañas desenvainó unos espejuelos, limpió los cristales, se los puso, clavó la mirada en su víctima, y le dijo con voz melosa y con esa feroz complacencia que debe sentir el ave de rapaña al asegurar la presa:

—¿Ve V. cómo nos vamos entendiendo? ¿Cuántos años tiene V.?

—Veinticuatro.

—Ca. Es V. más viejo.

—Hombre. ¿Lo sabré yo?

—Lo sé yo mejor que V., dicho sea sin ofender á nadie—replicó el bribón riendo á carcajadas.—Tiene V. veintiseis.

La ira produjo un sacudimiento nervioso en el organismo de Enrique; en sus pupilas se hizo fuego; sus dientes rechinaron, y crispó los puños; pero la necesidad, que es el mejor antídoto para todas las soberbias, hizo que la cosa no pasara de ahí.

—Deme V., joven, deme V. la cédula de vecindad—dijo con gran reposo *Sacaentrañas*,—y no atribuya V. á las palabras mala intención cuando no la tienen.

Enrique masculló una disculpa; sacó de una cartera, con pulso tembloroso, la cédula, y se la entregó.

El usurero se puso de pié, sonó un timbre, acudió un hombrecillo cargado de espaldas, flaco, de cara monda y descolorida, con nariz y barba de vieja, edad indefinible, y unos ojillos redondos, reveladores de carencia absoluta de pensamiento propio, y de una corta actividad intelectual esclava de la voz del amo.

Sacaentrañas se dirigió á Enrique, se alzó las gafas de las narices con las dos manos, como queriendo descubrir los ojos verdad en aquel momento solemne; y con voz campanuda y sacando mucho los labios le preguntó:

—Está V. decidido á tomar los 4.000 duros, ¿sí ó no?

—Decidido—contestó Enrique.

Entonces el usurero entregó la cédula al dependiente, y le ordenó:

—Convierta V. ese cuatro en un seis. Bien hecho y prontito.

El dependiente se fué á la mesa, cogió el cor-
taplumas y la grasilla, y en dos minutos hizo
la raspadura y la enmienda con primor tal, que
era difícilísimo conocerla.

—¡Admirable!—exclamó *Sacaentrañas*, in-
dicando al dependiente con un ademán que se
marchara, y preguntando á Enrique:

—¿Qué fincas urbanas posee V.?

—Ninguna. ¿No ha visto V. que soy menor?

—Es V. mayor, según acaba de probárnoslo
ese Quasimodo; y en prueba de que yo sé más
de los negocios de V. que V. mismo, le diré
que me consta que es V. el dueño en propie-
dad y usufructo, del magnífico hotel, número...
del paseo de la Castellana.

—No tiene mi padre finca ninguna en ese
sitio.

—Si no se trata de su papá de V., sino de
un tío anónimo que tenía V. en California, y
del cual sé yo que ha dejado á V. en su testa-
mento ese hotel, que me va V. á señalar en la
escritura, como garantía de los 8.000 duros.
Calcule V. si estaré yo seguro de la herencia.

Enrique vaciló un punto ante la serie de de-
litos á cuya responsabilidad lo forzaba aquel
bandido; pero al cabo, entre la vergüenza pre-
sente ó el horror aplazado y conjurable, optó
por éste, alentado por esa evidencia de pagar
que se apodera de todo el que toma dinero, en
el momento de tomarlo. «Ahora tranquilo,—
se decía,—con los 50.000 reales que me sobran
ganaré, no digo yo ocho, sino 80.000 duros. El

ganar al juego es sólo cuestión de método, y de no acalorarse.»

Acallada su conciencia con estas reflexiones,

—No está V. mal tío, señor de...—se atrevió á decir á *Sacaentrañas*, añadiendo:—¿A qué hora vengo á firmar la escritura y á tomar el dinero?

—A las tres en punto,—contestó el judío;—pero es necesario que V. me aguarde en su casa y en sus habitaciones, á donde yo iré á buscarlo á las tres menos cuarto, para que desde allí y en coche, convidándolo yo á V., nos vayamos juntos á casa del notario. Cuestión todo de pocos minutos. A las tres y cuarto tiene usted en su poder el dinero. ¿Quiére V. oro ó papel?



Efectivamente, minutos antes de las tres se bajaba *Sacaentrañas* de una berlina junto al gran portal de la casa del Sr. Conde de... preguntando al portero, que con su levitón hasta los tobillos, su gorra galonada y su pipa entre los dientes, se paseaba por la acera:

—¿Vive aquí el Sr. Conde de...?

—Sí, señor.

—¿Y su señor hijo D. Enrique?

—También.

—¿Está en casa?

—Suba V. al principal y pregunte; pero me

parece que no ha vuelto á salir desde que entró hace ya un buen rato.

Media hora más tarde firmaba Enrique una escritura, en la cual, como mayor de edad, según la cédula que exhibía, señalaba un hotel de la Castellana en garantía de 8.000 duros en oro y plata, que, á su completa satisfacción, recibía en aquel acto del señor de... cuya cantidad había de devolverle en el improrrogable término de seis meses, comprometiéndose, en caso de faltar al pago, á la formalización de la hipoteca de aquella finca que declaraba ser suya en propiedad y usufructo, libre de todo gravamen. Serían además de su cuenta todos los gastos judiciales que pudieran ocasionarse para el cobro, con más el 5 por 100 mensual, durante el tiempo que tardara el acreedor en reintegrarse.

Pagó Enrique, además del importe de la escritura, 8.000 reales de corretaje para el dependiente de *Sacaentrañas*, quedando éste en el encargo de entregárselos.

—¿Usted cree que vale menos la raspadura? —le preguntaba á Enrique.—Es necesario mirarla despacio. Esto es una obra de arte, por lo cual—añadió, guardándose la cédula,—la conservo en mi poder como joya caligráfica.

*
* *

Seis meses después, á las dos de una tarde en que caían asados los pájaros del aire, recibía el venerable Conde de... al bandolero ilustrísimo señor de... (a) *Sacaentrañas*, que le pidió una audiencia dos días antes. Sin describir la lujosa decoración del despacho, diremos sólo, respecto al padre de Enrique, que sus ojos expresivos, la dulzura de su boca, su noble frente, sus cabellos blancos como la nieve, su pulcritud, sus modales, todo revelaba en él á la persona que sabe honrar, con su discreción y con sus virtudes, los timbres que heredara de sus mayores. Detrás de una mesa régia estaba sentado en un sillón, en cuyo respaldo campeaba un escudo de armas, tallado asimismo en las columnas de la estantería que ocupaba uno de los frentes de la habitación, y á través de cuyos cristales se descubrían los cantos de mil volúmenes encuadernados primorosamente.

Sacaentrañas había tomado asiento en un sillón de rejilla.

—¿A qué debo el gusto de recibir á V.?— dijo el Conde, alzando un papel de la mesa,— porque en esta carta nada me dice V. del objeto de su visita.

—Penoso es por cierto, Sr. Conde—respondió *Sacaentrañas*, entornando los ojos, inclinando la frente y abriendo los brazos en señal de duelo.

—Pues el mal camino andar lo pronto. Soy todo oídos.

—Hace seis meses tuvo el Sr. D. Enrique, su hijo de V., un grave apuro de dinero; tan grave, que...

—Adelante.

—Un compromiso de honra, en una palabra; que no se atrevió á confiar á su buen padre, por el temor de darle un disgusto.

—Y prefirió contárselo á V., ¿no es eso?— advirtió el Conde con amargura.—Continúe usted.

—Pues bien; yo lo saqué de esa situación crítica, facilitándole la suma que me pidió, haciendo para ello un terrible sacrificio, porque ha de saber V., Sr. Conde, que yo soy un honrado padre de familia.

—Ha hecho V. dos veces mal—replicó el Conde; primero, si tanto interesaba á V. la suerte de mi hijo, en no haber venido á decirme su desgracia para que yo, como buen padre, que lo soy efectivamente, hubiera conjurado la tormenta; y segundo, en haberle dado un dinero de cuyo pago lo hace la legislación irresponsable.

—Eso no—rectificó el prestamista;—su señor hijo, como mayor de edad...

—Está V. equivocado; tiene veinticuatro años.

El usurero conoció que había llegado el momento de representar la escena que llevaba ensayada. Sacó del bolsillo la cédula de Enrique, y variando la voz y haciendo aspavientos al tenor de lo que indica el monólogo, dijo:

—Tiene veintiseis, y aquí está su cédula: veinte y... ¡Dios mío! ¡qué veo! ¡este seis! ¡una raspadura! ¡una enmienda! ¡estoy arruinado! ¡qué va á ser de los hijos de mis entrañas! ¡Ah, Sr. Conde, Sr. Conde, su hijo de V. me ha estafado ocho mil duros!

El padre de Enrique saltó del sillón rojo de ira, se echó fuera de la mesa, y asiendo con férrea mano de un brazo á *Sacaentrañas*, exclamó:

—El sagrado de mi casa lo libra á V. de que yo le arranque la lengua, por haber hecho esa ofensa al heredero de mi nombre; pero ¡vive Dios! que si V. osa repetirla, no he de tener ese miramiento.

—¡Ah, perdone V., Sr. Conde!—dijo con gran reposo el prestamista;—perdone V.; yo retiro cualquier frase que en mi aflicción haya podido escapárseme ofensiva para el Sr. D. Enrique; no soy yo nadie para juzgarlo, de eso se encargarán los tribunales, á los cuales acudiré, exponiéndoles sencillamente que, con esta cédula, ha acreditado su edad de veintiseis años en una escritura pública, en la cual se declara propietario de un palacio del paseo de la Castellana, cuya hipoteca debe formalizarme como responsable al pago de 160.000 rs.: yo respeto profundamente á V. y á su primogénito; pero ni soy responsable de lo que en ese documento consta, ni puedo consentir que mis niños se mueran mañana de hambre.

El Conde se cubrió el rostro con las manos.

El usurero sacó el pañuelo, é hizo como que se enjugaba una lágrima. Así permanecieron un minuto, hasta que el primero fué á sentarse en un sillón, cogió una pluma, meditó un instante y ordenó con imperio á *Sacaentrañas*:

—Tire V. de ese cordón de la campanilla.

El usurero obedeció. Entró un criado y le mandó el Conde:

—Que suba el señor administrador.

El Conde sin dirigir siquiera los ojos á donde estaba el prestamista, sacó un libro talonario, escribió algo y arrancó la hoja.

El administrador entró.

—Hágame V. el favor—le dijo el Conde—de ir ahora mismo, con ese hombre á la notaría que le indique y hacer que se cancele allí una escritura otorgada por mi hijo Enrique á favor de D..., hace seis meses...

—Ocho—observó *Sacaentrañas*.

—Ocho meses—prosiguió el Conde,—y entregue V. al señor los ocho mil duros de ese talón contra el Banco.

—Son ciento setenta y seis mil reales, señor Conde—rectificó el judío,—pues, según la escritura, debe abonarme un 5 por 100 por cada mes que el pago se demore.

—¿Y V. no ha recibido nada de mi hijo en esos dos meses?

—Picos insignificantes, Sr. Conde; tan insignificantes que ni recibo he dado de ellos.

—Bien—dijo el padre de Enrique, poniendo un gesto y haciendo un ademán de desprecio

y asco.—Le da V. ochocientos duros más.

—¿Manda V. E. alguna otra cosa?—preguntó el administrador.

—Nada. Lo espero á V. aquí.

—Yo siento mucho—balbuceó el prestamista con refinada hipocresía—la molestia y el gasto que mi visita...

—No sienta V. nada—contestó el Conde;—no me arruinan nueve mil duros: lo que sí arruina mi inteligencia, mi alma y mi cuerpo, muy pobres ya por mi desgracia, es que la inexperiencia de mi hijo lo descarríe por las trochas que conducen á tener que tratar con gentes de la estofa de V.

El usurero volvió la espalda y siguió al administrador con los ojos puestos en el papel que llevaba en la mano.

El Conde permaneció mudo y pensativo un largo rato, al cabo del cual cruzó las manos, alzó los ojos y exclamó:

—¡Señor, Señor; haz que un rayo de tu luz divina disipe para siempre las sombras de la razón de ese desdichado hijo!





www.libtool.com.cn

EN UN ABANICO



OR mucho que te abaniques
en balde, niña, te cansas;
¿cómo quieres tener fresco
si hay un *volcán* en tu alma?



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

MI CARBONERO



S un mancebo robusto cuyas facciones vulgares se descubren á través de una capa de tizne, tal como si un principiante de dibujo le hubiera repasado la cara con un difumino; cara redonda y mofletuda, en la que resaltan unos dientes blancos, unos labios gruesos y colorados, con vetas oscuras y unos ojillos cargados de carne y muy brillantes; su cabeza es el facsímile, de bulto, y en menor escala, del monte donde carbona su principal; viste una blusa azul, atadas con un nudo las dos puntas delanteras, y lleva liada á la cintura, hoy 17 de julio, una faja colorada, que se descubre por la abertura de la blusa: entra en mi casa con una espuerta al hombro izquierdo sobre una hombrera de cuero, conteniendo aquélla el combustible, colmado sobre una de las mitades por un hacecillo compuesto de varios trozos, en prueba fehaciente de que el peso se hizo con escrupulosa con-

ciencia, y por tanto, de que no me asiste el derecho de rebajar ni un perro chico de los 7 reales que después de vaciar la espuerta en la covacha que está debajo del fogón, viene dicho industrial á cobrar á mi despacho indefectiblemente los martes y los sábados.

El último día de cobro tuvo que bajar la chica á cambiar el primer billete de 200 reales que había entrado este año en el reino de mi piso tercero, y en tanto permanecía el carbonero delante de mi mesa, en su lugar descanso, con la espuerta por delante, clavados los ojos en los renglones que yo iba trazando en unas cuartillas, y con la boca entreabierta en estúpido conato de risa.

—¿Qué tienes en las narices?—le pregunté.

El chico levantó la mano derecha, la cerró, extendió el dedo índice, se lo pasó por la punta de la nariz y me lo enseñó con un punto negro, diciendo:

—Una chispa de carbón.

—¿Quieres que te cuente su historia?

—¡Qué cosas tiene este *dun* José!—me contestó.

—¿Tú has oído hablar de la época carbonífera?

—¡Jé!—me replicó.

—Pues bien; era una época en la cual lo que había que ser en el mundo era carbonero; hace de esto algunos millones de años. En tal época, esa chispa de carbón fué fijada por el sol en una sigilaria. ¿Sabes tú lo que es una sigilaria?

—¡Jé, jél—volvió á exclamar el interrogado.

—Un pez—continué—comió de la sigilaria y el carbón, convertido en ácido carbónico, volvió á la atmósfera, donde estuvo presenciando los inmensos cambios ocurridos en el globo, hasta que los rayos del sol le hicieron formar parte de las inmensas selvas de pinos del período permiano; ¿entiendes, muchacho?

—¡Jél!

—Una tempestad—seguí—lanzó un rayo y quemó la selva, y otra vez, trocada en ácido carbónico, tornó la chispa de carbón al inmenso Océano del aire, y allí permaneció hasta que unos terrenos calizos se la apropiaron y quedó aprisionada en carbonato de cal. Las aguas de lluvia, por el ácido carbónico que llevaban en disolución, disolvieron el carbonato formando el bicarbonato.

Caminó en las aguas de los torrentes, saltó estruendosa en la espuma de una catarata, engrosó las aguas de un gran río, entró en el mar, se la apropió una ostra, y de una herida que la ostra se hizo, se convirtió el carbón en la perla de Cleopatra, disuelta en vinagre, para Marco Antonio. ¿Cómo fué diamante? Lo ignoro. ¿Lo sabes tú acaso, chico?

—¡Jél!

—Pues no te quepa duda de que lo fué, y de que uno de los déspotas de Oriente ornó con él el precioso dedo anular izquierdo de una de sus doscientas hechiceras concubinas, en el certamen que abrió en su harem para premiar las

manos más bellas, y cuyo contacto descargara en él más cantidad de fluido magnético, ó como entonces se llamara. Las concupiscencias del déspota dieron por resultado un motín y la quema de su palacio, volviendo á la atmósfera nuestro carbón.

El sol tornó á fijarlo en una espiga, que se comió un ciervo, muerto en montería por un Rey, y nuestra chispa, en un *beefsteak*, fué á parar al estómago del Rey; pero se le indigestó, se puso de mal humor, declaró una guerra injusta, y por la pícara de esa miaja de carbón que tienes en el dedo se destruyeron pueblos, se quemaron ciudades y se violaron hermosísimas doncellas. Consérvala, á ver si aún tiene virtud, para que tú puedas lograr algo de eso.

El carbonero pasó la chispa de combustible de la punta del dedo á la punta de la lengua, la saboreó y se relamió.

—Después ha sido varias veces planta, alimento de un hervíboro devorado luego por un carnívoro, y, al respirar éste, devuelta á la atmósfera en ácido carbónico.

Al quemarse esa molécula, ha dado forma en el cerebro humano á varios rasgos de genio, á muchos arrebatos de pasión y á innumerables necedades.

Ha ardido en el mechero de gas, en el hogar de la locomotora, en las puntas de la luz eléctrica de la Puerta del Sol; en la cocina de Fornos; estuvo en la espuma del vino de Champagne con que brindó el General Prim en el ban-

qu бере de los Campos Elíseos; en el papel en que hizo Napoleón la distribución de fuerzas para la batalla de Austerlitz; en contacto muchas veces con los blancos y ebúrneos pechos de la Fornarina; en una camisa de algodón ó en el *roastbeef* que comió Nelson el día del combate de Trafalgar, y en las emanaciones palúdicas de un pantano, que le produjeron una fiebre pernicioso á Pompeyo en su huída, después de la batalla de Farsalia...

—Señorito, no he tenido más remedio que tomar cuatro duros en perros—dijo la chica que entraba con el cambio del billete.

El carbonero soltó el trapo á reir, sin saber el bárbaro de qué se reía, y no recobró su seriedad hasta que le puse en la mano los siete reales, para contarlos y observar cuidadosamente si había alguna pieza falsa, yéndose á la calle tan enterado de la historia de la chispa de carbón, como se habrán quedado algunos de los lectores de este artículo.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

HORACIO LENGÓ

DISTINGUIDO malagueño, no ha cogido seriamente el pincel y la paleta de pocos años y con el bolsillo sin blanca, sino ya maduro y saboreando los refinamientos del lujo en sus múltiples manifestaciones, lo cual indica su verdadera vocación, pues los regalos de la vida suelen ser nubes que ocultan á la razón y al espíritu la claridad de la ciencia y las hermosuras del arte.

Cuando Horacio Lengo era vecino de Cádiz, antes y por la época de la Revolución de Setiembre, pintaba deliciosas caricaturas de los socios del casino de la Plaza de San Antonio, donde tenía muchos amigos; caricaturas demostrativas de sus notables disposiciones para el arte pictórico, y que aún existen coleccionadas en dos álbums, en uno de los cuales figura el autor de este artículo (que á fines de 1868 sostenía polémica con dos ó tres curas sobre el in-

fierno), vestido con el uniforme de Artillería y en el acto de dar fuego á un mortero, viéndose entre el humo de la pólvora, en vez de proyectiles, manteos, sombreros de teja y trozos de presbítero.

El afecto que profesamos á Lengo sería campo infructífero de alabanzas, si aquél, según presentíamos todos sus amigos, no fuera hoy un artista de primer orden, con algunos lunares que salpicarán la enumeración de sus merecimientos; y conste que no nos ha llamado él á su estudio, sino que hemos ido nosotros á ver si sus obras correspondían á su renombre y á los juicios brillantes que han hecho reputados críticos de París de sus lienzos presentados en las Exposiciones anuales del 75 y del 76, después de ser, durante algún tiempo, el discípulo mimado del célebre Bonnat, á quien aclaman hoy en todos los ámbitos de la República como *le grand maître de la peinture française contemporaine*.

Hemos dicho que Lengo empezó á demostrar su ingenio haciendo caricaturas; siguió pintando cuadros de flores, y sucesivamente fué reproduciendo otras muchas cosas, con tanta exactitud y con tal primor, que tiene pocos rivales en ese campo, revelando señaladísima predilección por lo más bello y delicado, v. gr.: los palomos en sus actitudes más tiernas, un rosal, un tapiz, el tisú, el encaje, la rica porcelana, aquellos objetos, en suma, donde resaltan las filigranas del cincel, del buril, de la paleta,

de la talla, de la aguja, de la incrustación ó de la propia naturaleza; ideando composiciones alegóricas para combinarlos en ellas con verdad tan admirable, con tal corrección y finura en el dibujo, con un tono, con unas tintas, con un gusto, con un perfume de elegancia, que no se peca de exageración al extremar el encomio.

Entre sus cuadros alegóricos, son los más salientes los que reprodujo *La Ilustración Española y Americana*, y se llaman, *Ella*, que es una paloma aguardando á su amante sobre el alfeizar de una ventana morisca, donde hay rosas y tapices, y *Él*, que es el palomo muerto entre los restos de una orgía, junto á una espada y unas flores marchitas; *El Champagne* y *La Manzana*, que brillaron en la Exposición habida con motivo del centenario de Calderón, y fueron adquiridos por el Conde de Casa Bayona, y por último, el nominado *Después de la guerra*, en el cual un palomo y su hembra anidan en el casco perdido en un campo de batalla, lienzo que figura en la actual Exposición del Círculo artístico de la calle del Barquillo, en la que ha colgado asimismo el Sr. Lengo, con el título *Une charmeuse*, el magistral retrato de una de las bellezas más celebradas del *demi-monde* madrileño, siendo estas dos obras propiedad de nuestro amigo D. Manuel Espejo.

¿Pero basta fotografiar las cosas reales con la perfección que lo ejecuta Horacio Lengo para merecer el título que le hemos dado de

pintor de primer orden? Nunca, como el gran novelista Zola no podría ufanarse con razón de serlo, si sus fotografías sociales, si las repugnantes escenas, por ejemplo, entre Máximo y su madrastra en *La Curée*, no hirieran hondamente el sentimiento, avivando en la razón la idea de que urge purificar á todo trance y á toda fuerza, reformando sus moldes, una sociedad tan infestada.

El dibujo y el colorido representan sólo en el cuadro uno de los tres elementos que constituyen la obra de arte, en cuya creación entran, además de la forma externa, el espíritu, ó la composición, ó la estructura, ó el argumento y la idea, ó la finalidad, ó la trascendencia, ó la enseñanza; debiendo tenerse en cuenta respecto á la estructura, la colocación armónica de las partes, la propiedad en todo y el ambiente; y en lo que atañe á la finalidad, que la obra nos haga, no sólo sentir, sino pensar, bien elevándonos á altísimos ideales, ya buscando la solución redentora á alguno de los problemas negros de la vida.

Lengo es muy hábil en la composición, pero se olvida de la trascendencia del cuadro, como la totalidad de nuestros grandes pintores; mejor dicho, no es que la olvidan, es que la abandonan en absoluto, buscando generalmente, muertos ya los asuntos católicos, sucesos históricos que fueron en su época altos ejemplos y que no tienen la menor resonancia en la sociedad en que vivimos.

Por fortuna, Horacio Lengo no busca argumentos en la historia, y sus cuadros de género, de carácter festivo, *El sueño del estudiante*, *Opiniones contrarias*, *Una emboscada* y *Una moraga*, están compuestos y pintados con sin igual maestría; pero carecen de intención, por mucho que les rebosa la gracia; son cuadros hechos para lucir el artista la exuberancia de encantos que hay en su paleta; la airosa maja que toca la pandereta; el sopista que rasguea en la guitarra; el grupo de muchachas bonitas que, en caprichosas actitudes, aguardan ocultas en el jardín para dar una cencerrada; el lector de *La Fe*; la chiquilla que duerme junto al capacho de sardinas; el granuja que las ensarta en una caña; la criatura que está en cueros cerca de la candelá; y aquellas alfombras, aquellas macetas, aquellas balaustradas, el biombo, los patos, el estanque, los muebles, hay en todo eso tanta verdad, tanto relieve, tal sabor, tal atractivo, que explican perfectamente cómo casi todos los lienzos de Lengo se venden en el taller, cómo recibe tantos pedidos de Francia y de Inglaterra, cómo, por último, el Ayuntamiento de Málaga, el Ayuntamiento de su tierra, donde no debía ser profeta, le ha dado tres mil duros por el cuadro de costumbres de aquellas playas, *Una moraga*.

Pero subamos al taller de la calle de Fernando el Santo, que allí están las últimas obras de Lengo, entre ellas dos retratos, de los cuales, uno, de tamaño natural y cuerpo entero, será

sin duda ruidoso pregón de la fama del artista.

www.libtool.com.cn
El taller espacioso y flamante, como la casa de que es coronamiento, recibe la claridad del Norte por uno de sus frentes casi todo acristalado y con grandes cortinas blancas y azules para templar la luz que penetra también por la montera del techo.

La dotación de dobles caballetes, caja de colores, tarima para los modelos y demás enseres de trabajo, están comprados en París á todo costo, con arreglo á los últimos adelantos.

Cuelgan de las paredes tapices que festonean por arriba, alternando con objetos antiguos de cerámica, los estudios hechos por Lengo en la Academia de Bonnat, del que figuran, en dos cuadritos, autógrafos muy lisonjeros para su discípulo. En desorden, mezclados aquí y acullá con armarios, mesas, butacas, divanes y otros muebles de comodidad y de lujo, y por las paredes vense la chaquetilla de un torero, una casulla, ánforas, azulejos, estatuas de barro, fotografías, telas, tibores, revistas y libros de pintura, etc., etc., teniendo, por último, el taller como toda obra de arte, una inteligencia directriz, que es el recuerdo de las lecciones de Bonnat, y un espíritu que lo anima, que es una joven que se pasa allí largas horas acompañando á Lengo y siendo la musa de su inspiración.

Esa joven, sobre cuya frente—como dijo Aristides Pongilioni, el gran poeta gaditano ya difunto,—han vertido sus rosas diez y sie-

te primaveras, es un hechizo: delgada, esbelta, elegante, facciones finísimas, endrino el cabello y los ojos muy negros y muy resplandecientes, rebosando talento y corazón: esa niña, pura como los ángeles, el encanto de su padre y tan artista como él, se llama Clarita Lengo.

Uno de los caracteres distintivos de las obras de éste es la originalidad, y este sello se revela también en sus retratos, que prescindiendo de tal condición, serán siempre cuadros de exquisito gusto, especialidad á que se ha consagrado más asiduamente, sin abandonar por eso la pintura de género, las composiciones alegóricas, ni las de costumbres, siguiendo las huellas de su maestro Bonnat, que actualmente inmortaliza con el pincel las figuras de los personajes más importantes de la vecina República.

Al entrar días pasados en el taller, llamaron nuestra atención dos retratos de mujer que aún estaban frescos en los caballetes: en el lienzo más pequeño, que tiene un precioso marco de terciopelo carmesí, se destaca sobre el fondo claro la cabeza de una señora, que es por cierto andaluza, esposa de un oficial de Artillería y cuya singular belleza y distinción *hors ligne* están copiadas con extraordinaria exactitud; siendo de igual modo el sombrero y las pieles que abrigan su cuello, ambos de colores oscuros, dos joyas artísticas.

En el otro lienzo, de más de un metro de al-

tura, que atrae con codiciosa insistencia todas las miradas, y que, según indicamos antes, ha de enaltecer la reputación del autor, dando á su nombre grandísimo vuelo, está retratada de tamaño natural y cuerpo entero una joven alta, de gentil cabeza y de admirables proporciones, á la cual, sin lisonja ni galantería, se le puede llamar encantadora.

Si los rayos de la luz, al reproducir los objetos en el cristal, fijaran, además de las sombras y los perfiles, sus múltiples tintas, el retrato parecería salido de la cámara oscura. Lengo, al trasportar los colores al lienzo, llevaba en el pincel algo de la inteligencia clara y del alma ardiente del original, que se revela en la expresión de aquellos hermosísimos ojos, que apenas caben en el óvalo perfecto de la cara, y á los que sirven de caprichoso dosel multitud de negros mechones, destacados del magnífico cabello que divide un hilo de raya y que cae abundoso hacia atrás, velando las diminutas orejas; en aquella nariz correcta, que parece que se dilata aspirando con delicia el ambiente del jardín; en aquel rosa pálido que colorea las mejillas, desvaneciéndose en la blancura y en la morbidez del cutis, y en aquella encendida boca, que mantiene pleito sobre cuál es más incitante, con el hoyuelo de la barba.

El fondo del retrato es de campo; pero frío y convencional para dar más realce á la figura.

La joven, sentada por la parte interior y sobre un paño de terciopelo bordado de oro, en

un banco de azulejos árabes, está vuelta hacia el espectador sosteniendo el peso de su cuerpo el brazo derecho, cuya mano apoya en el asiento entre unas rosas amarillas, llevando la izquierda, con deliciosa coquetería, sobre el hombro del mismo lado un quitasol japonés. Un matojo de malvas con flores crece junto al poyo y dos palomas, blanca la una, azul la otra, suben por la falda del vestido, batiendo las alas con amoroso anhelo.

La postura un tanto forzada, sobre todo teniendo doblado el brazo izquierdo y separado el derecho del cuerpo, deja éste libre para que luzca las gallardas líneas que marcan airoosas curvas en el talle y descienden amplias, dibujando las redondas caderas y perdiéndose en los vuelos de un adorno de riquísimo encaje.

El vestido es de raso blanco, de cuerpo alto, con una hilera de botoncitos de la misma tela, y tiene la joven ceñido el cuello por una toquilla, de encaje como el adorno de la falda, que deja entrever de la nítida garganta lo bastante para que allí se embriaguen las miradas y se pierdan las imaginaciones, forjándose los encantos de aquel seno alto y turgente, que palpita bajo los reflejos del raso, de aquellos brazos esculturales y de aquellas manos, que si bien calzadas por largos guantes de gamuza, descubren su prodigioso modelado con la misma claridad que deben trasparantar sus dorsos suavísimos las venas azules.

Ni siquiera de vista conocemos el original

del retrato: los que tienen esa felicidad, dicen que se parecen éste y aquél, como dos gotas de agua; y que la feliz poseedora de tantas perfecciones es la viuda de Soláun, más conocida por Blanquita Escosura, nieta del autor inmortal del *Canto á Teresa*.

No es posible alabar menudamente la ejecución de tantas maravillas de rostro, formas, ropas y accesorios. Aquello no es un cuadro, es la luna de un espejo, donde se está mirando Blanca, á la luz del Mediodía.

De cuarenta y tantos años, frente espaciosa, ancho de cara, ojos pequeños y vivos, poblado el bigote, corrida y colgante la barba y blanqueando uno y otra, burlón el gesto, bajo de cuerpo, rehecho, de elegante porte y distinguidas maneras, Horacio Lengo es una persona cuyo trato selecto y amenísimo prueba su brillante educación, y cuya amistad es de gran precio para los que tenemos la fortuna de poseerla.

En resumen; el pintor adolece del grave defecto, común á todos sus compañeros, de no buscar un pensamiento altísimo para ajustar á él la composición del cuadro, sino de ocuparse ante todo en aquélla, en la que Horacio Lengo brilla por su originalidad y por su estilo propio, sobresaliendo por la corrección, la verdad y la delicadeza, como dibujante y como colorista.

Repetimos lo que sentamos al comenzar esta biografía. Lengo es hoy un pintor de primera

línea, y podrá ser mañana una de las glorias más legítimas del arte pictórico español, si hace palpables en sus lienzos, con figuras de las que viven hoy en el mundo, y en composiciones llenas de realismo y de sentimiento, y por ende de belleza, algunos de los ideales que va definiendo la ciencia, así en lo referente á Dios, como en lo que atañe al derecho, como en cuanto concierne á la vida social.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

EN EL ABANICO
DE CONCHA FERRATGES.



IRE que dulce y discreto
surca de Concha el lenguaje;
contra el calor sé amuleto,
para que mantenga quieto
en su mano este paisaje.

La ventura que atesoras
agitado perderías,
sufriendo, en ondas sonoras,
de cien bocas habladoras
miles de majaderías.

Ten su abanico en reposo,
de sus labios sé cautivo,
que no hallarás vagaroso
frases de más atractivo,
ni genio más poderoso.



www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

MI PAJARITO



CN agosto de 1881, un zapatero del Puerto de Santa María, hijo de una antigua criada de mi familia, me regaló de su pajarera un canario que había soltado el cascarón cinco meses antes.

Parecía mixto de verderón y sin embargo era canario puro: el día que me lo llevó á casa el maestro, llamó mi atención que no se asustaba de nada; si cualquiera metía el dedo por entre los hierros, no revoloteaba aturrido por la jaula, sino, á lo sumo, daba en retirada unos pasitos laterales por el saltadero.

Lo traje á Madrid y á los seis meses era mi pájaro la alegría de la casa.

Tenía por mí especial predilección. Apenas me veía comenzaba á batir las alas y á abrir el pico y á correr por la caña en la dirección que yo estaba y á cogerse por último á los hierros, produciendo su garganta un chirrido especial.

que yo creí un tiempo era de enfado, y quizá entonces lo fuese, porque idéntica algarazara mueven todos los canarios cuando se pelean con otros; pero al cabo me convencí de que aquellas monadas del mío envolvían la enérgica petición de alguna cosa que se le antojaba.

Llamaba, v. gr., por la mañana, con un piar suavísimo y repetido: acudía cualquiera y lo recibía en son de batalla; era el mandato de que le arreglasen la habitación; en el momento que se cogía la jaula aplacaba su furia y daba señales de regocijo limpiándose el pico y saltando de una á otra caña muchas veces y muy deprisa: si entonces se le acercaba el dedo batía las alitas y lo besaba con un mimo inexplicable, siempre que no se insistiera mucho, que se enfadaba entonces y chillando parecía protestar de la pesadez.

Con la jaula limpiísima, el baño y el vasito de cristal llenos de agua, los cañamones á un lado, el alpiste y el mijo á otro (que de todo eso y bizcocho y azúcar comía mi pájaro), colgados los hierros de escarola y puesto al sol, no había en aquellos momentos sér más dichoso.

Durante un rato gozaba sólo con la contemplación, á tanta luz, de tanto bueno, saltando de acá para allá sin hacer caso de nadie; si entonces se quería jugar con él amagaba un picotazo y continuaba sus movimientos de júbilo.

Respecto á su canto, yo dudo que haya cantado mejor, ni con más pecho, ningún pájaro de su raza. Comenzaba siempre con cuatro ó

cinco escalas distintas, de una limpieza, de una sonoridad, de un desvanecido y de una dulzura incomparables, y solía concluir con notas y estilo de ruiseñor; y su admirable modulación, sus trinos, sus gorjeos, sus melodías todas, resultaban con una vibración, con un timbre argentino, con un eco especial que se filtraba en el corazón y dejaba suspensos de su pico á cuantos lo escuchaban.

Lo tuve en Madrid hasta el verano último de 1883, que lo llevé á Bilbao, á Bermeo y á Somorrostro, admirando á las gentes aquel pajarito que cantaba en todas partes: en el tren, en la diligencia, de día y de noche, y hasta pelechando, por más que entonces no lo hiciera con la claridad y la extensión acostumbradas.

Respondía á todo el mundo con un *piiii...* delicadísimo, repetido cuantas veces se le llamaba «chiquito.»

Lo entendía yo como á una persona. Sabía cuándo deseaba más luz, cuándo tenía frío y cuándo tenía sueño, pues mientras yo escribía de noche á la claridad de una lámpara de reverbero, me acompañaba el pajarito cantando sobre la mesa; pero si se hacía tarde empezaba á piar y á mover las alas, y á correr hacia mí por el saltadero en tren belicoso y era la señal de que quería quedarse á oscuras para dormir (1).

(1) Tengo para mí que ese pájaro fué una nueva incubación del que me regaló en Cádiz en 1865, siendo yo capi-

www.libtopi.com.cn

Mi casa de Bermeo estaba en el comienzo del camino de Mundaca, mirándose en las aguas de la ensenada que llaman los bermeanos el Arza. Por la espalda tenía salida á una huerta en la ladera de Portuburu. En aquella huerta, en un túnel cerrado por el ramaje de arbustos de perales, colgaba yo á mi pajarito, que por entonces comenzó á pelechar, para que tomase el sol cernido por entre las hojas.

De Bermeo fuí á Somorrostro á pasar ocho días con un contratista minero amigo mío, cuya casa enclava en el monte Triano. Muchos recuerdos de aquellos días se agolpan á mi memoria, y veo confusos, aquel cielo preñado de nubes, aquel suelo cubierto de fango rojizo, aquellas poblaciones de Ortuella, Gallarta y La Varga, construídas en tan pocos años y tan sucias por el polvo del hierro; aquellas locomotoras y aquellos inmensos trenes cargados de mineral, enroscándose por aquellas vertientes colosales, ú horadando unas y otras montañas; aquellos vagones recorriendo las férreas vías por inmensos planos inclinados; aquellos tranvías colgados;

tán del Parque, el tambor mayor del tercer regimiento de artillería á pie, Sr. Pele. Era aquel canario de color de paja con la pluma sucia por el lomo y murió en mi pabellón á uñas airadas cuando me ofrecían por él 2.000 rs. Colgado en la pared de uno de los corredores bajos del cuartel de la Bomba, echaba una ruidosa pelea con cada soldado que pasaba y lo miraba siquiera; imitaba los toques de las cornetas y con más educación musical, cantaba tan primorosamente como el pajarito cuya triste historia relato en este artículo.

aquellos miles de operarios de boína azul; aquellas explosiones de los barrenos cargados con dinamita que hacían saltar centenares de toneladas de mena rubia ó de campanil; aquella riqueza, aquel movimiento y aquellos encantadores panoramas, donde figuran el gigante cono del Montañío, la ría de Somorrostro, San Pedro Abanto, la ermita de Santa Juliana, Las Carerras y Murrieta, en cuyos términos crecen matas de maíz, árboles frutales y flores silvestres, cuya pompa y lozanía responderán tal vez aun al rico abono que recibió aquella tierra con la sangre generosa de miles y miles de hijos de España.

La casa de Calisto, que así se llama mi amigo el minero, consta, en el piso principal, de un comedor y un gabinete, separados por un pasillo de las alcobas y del despacho. Del pasillo se descende por una escalerilla de madera á la planta baja, en cuyo zaguán está la cocina, cuyo fogón era el campo donde merodeaba un gato negro y siempre sucio de fango.

De una de las vigas del techo bajo del comedor estaba colgado mi canario, delante de uno de los dos balcones, desde los cuales se descubren varias barracas teñidas de rojo y los cables de dos tranvías aéreos de diferentes sistemas, cuyos cubos, cargados de mineral, van y vienen sin cesar, pareciendo que andan solos por arte del diablo.

Al concluir de comer uno de los últimos días de mi estancia en La Varga, y antes de jugar,

como de costumbre, un cigarro puro á la treinta y una con el bueno de Calisto y varios de sus agradables compañeros, un dulcísimo *pii...* del pajarito me hizo entender que le molestaba el ruido y quería descansar.

Descolgué la jaula, le dije al pájaro dos ó tres simplezas aplicando los labios á los hierros; él bajó del saltadero de arriba á uno de los dos inferiores y acercó el pico á mi boca, moviéndolo como solía cuando jugaba con una plumilla; lo llevé á mi alcoba; puse sobre una silla la jaula, arropándola con un mantón apesar de que el canario llevaba casi vencido el pellecho y le habían salido las plumas de la cola y cantaba con la voz clara; cerré la puerta y volví á tomar cartas á la treinta y una.

¿Qué mano abrió aquella puerta? ¿La dejé yo, apesar de que puse cuidado en hacerlo bien, mal cerrada? ¿Llevé yo á mi pajarito al suplicio y fuí cómplice del verdugo? Nada pude averiguar. Sólo sé que un cuarto de hora después de tornar yo al comedor, escuché una voz de mujer que decía:

—¡Dios mío! ¡El gato ha salido de la alcoba huyendo y con algo en la boca!

El «¡Dios mío!» significaba que todos sabían en aquella casa mis extremos por el canario.

Corrí á la alcoba y encendí luz. El mantón estaba á mis pies mojado por el agua del baño y del bebedero; la jaula vacía en el suelo; en éste un montón de plumas, varias de ellas ensangrentadas y dos ó tres pegadas á los hierros.

Pocas veces me ha herido una pena con la intensidad que en aquel instante.

Hoy, al trazar estas líneas, algunos meses después de muerto el pajarito, caen gotas de mi llanto sobre la cuartilla en que escribo. Muchos no lo creerán. Se burlarán algunos atribuyéndolo á un alarde cursi de sensibilidad. Piense y diga cada cuál lo que le plazca. Ello es que sucede tal como lo digo, y yo no puedo remediarlo.

¡Cuánto sufriría mi pobre pajarito! De seguro, al sentir que tiraban del mantón, creería que éramos uno cualquiera de los que tanto lo mimábamos, y tranquilo sacaría la cabeza de entre el ala que la cobijaba, disponiéndose á amagar un picotazo contra el visitante molesto. ¡Qué horror al avistarse con la fiera! ¡Cómo revolotearía! ¡Cómo me llamaría! ¡Qué brutalidad! ¡Aquella cabecita tan mona, con aquellos ojitos tan inteligentes, aquella garganta tan artística, aquel cuerpecito tan esbelto, aquellas alitas que tantas veces se agitaron para hacerme caricias, todo aquello crugiendo entre los dientes de la fiera sin entrañas, cuyo manjar más exquisito es la rata hedionda!

¡Pobre pajarito mío, cuánto mal y cuánto bien me has hecho! ¡Me has sumergido en un mar de ternura!

Ciertamente hay más crueles infortunios en la tierra: la muerte de un hijo, la pérdida total de la familia en un terremoto como el de Isquia... ¿Qué es, comparado con todo eso, la muerte de un pájaro? Efectivamente, todo eso

es terrible; pero para mí completamente anónimo. Yo no conocía las gracias de ese hijo, ni la sonrisa placida de ninguna de las niñas hechiceras de esa familia, ni el beso de la madre... y encuentro bárbaro el concepto de que no debe llorarse una pena X , porque exista otra Z mucho más cruel.

Yo no conocía, repito, á esas personas infelices cuya espantosa muerte, que me causó honda tristeza, debe, en opinión de algunos, anular el dolor que siento por la de mi pajarito; y éste era mi compañero de trabajo, que regalaba mi vista, mi oído y hasta mi alma, con sus múltiples encantos, y hasta mi razón, cuando vislumbraba la suya, como la vislumbra dentro del brillante siendo la directriz de la fuerza que desenvuelve aquel poliedro regular de aristas tan limpias y de facetas tan resplandecientes.

¡Pobre pajarito mío, qué congoja me nubla cada vez que me imagino tu tranquilo despertar, creyendo que era yo, como tantas veces, quien andaba con la jaula, descubriendo poco á poco los ojitos y el pico, rebujados aún entre las crespas plumas, preparándote para venir á picarme por impertinente y encontrarte con la mirada traidora de aquel bicho negro con todo el instinto y toda la ferocidad del tigre, más terrible por ser más cobardel ¡Con qué desgarradores píos me llamarías en vano muchas veces! ¡Qué espanto!

¡Pobre pajarito mío; mi alegría durante tantas horas con sus trinos y sus gorjeos y sus notas

valientes y aquellas carreras dadas á lo largo del saltadero, erguido, engallado, erizadas las plumitas de la cabeza, cantando con más brío á medida que más me acercaba á contemplarlo! ¡Cuántas veces he disipado un pensamiento negro diciéndote á gritos mientras tú te revolvías furioso contra mi mano metida en la jaula:

—¡Vaya un pájaro valiente! ¡Siempre triunfador como Trajano! ¡Este pájaro es una fiera! ¡Cargas de caballería por aquí! ¡Disparos de artillería por allá!

En medio de tanta furia, á lo mejor el pájaro dejaba mi mano, y se ponía á picar, v. gr., las semillas de la sanguinaria, mirándome con descaro, abriendo y cerrando el pico rápidamente como si saborease la comida, ó salía cantando sin hacerme caso.

¡En pago de tanta dicha y de tantos primores, yo mismo te llevé al suplicio! ¿Quedará algo de ti? ¿Es verdad que ese algo debe ser atraído por las corrientes de mi cariño? ¿El punto luminoso que animaba aquel cuerpo triturado por los dientes del odioso gato, ese punto no podrá volver á dar vida á un huevecillo de canaria? ¡Ven, pajarito mío! ¡Vuelve otra vez! ¡Te reconocería en el nido, como he creído reconocer en ti al que alegraba el patio del cuartel de Artillería!

¡Vuelve, pajarito mío, vuelve á endulzar mis horas tristes; y si por acaso revoloteas impalpable é invisible en derredor mío, atraído por mi recuerdo tiernísimo, convéncete de la mane-

ra que tu inteligencia embrionaria pueda concebir eso, de que quien te mimaba tanto, de que quien echaba contigo aquellos párrafos disparatados, de que quien besaba tu pico y tu verde plumaje, de que quien arropaba de noche tu jaula, de que quien te llevaba las hojitas de escarola, y el terrón de azúcar y el bizcocho, de que quien tanto te quería, no fué cómplice del horror de aquella noche maldita en el caserío de las montañas de Somorrostrol



www.libtool.com.cn

FRANCISCO BUENO Y COMPAÑIA

EDITORES.

Plaza de Bilbao, 5.—Madrid.

OBRAS DE J. NAVARRETE

MARÍA DE LOS ÁNGELES.—Segunda edición, con un plano de Rota. Un tomo 8.º de XII-428 páginas, 4 pesetas.

SONRISAS Y LÁGRIMAS.—Un tomo 8.º, 3 pesetas.

EN LOS MONTES DE LA MANCHA.—Un tomo 8.º, 3,50 pesetas.

DE VAD-RÁS Á SEVILLA, Acuarelas de la guerra de África.—Un tomo 8.º, 1 peseta.

LAS LLAVES DEL ESTRECHO.—Tercera edición. Un tomo 8.º, 2,50 pesetas.

NORTE Y SUR.—Un tomo 8.º, 1 peseta.

VARIOS AUTORES

SENTIMIENTOS.—*Anuario Taurino de 1883*, segunda edición. Un tomo 8.º de 224 páginas y 48 dibujos de *Lizcano*, 3 pesetas.

SEGOVIA·ROCABERTI (Enrique).—*En la brecha*, poesías con un prólogo de Espronceda y un epílogo de Echegaray (D. José). Un tomo 8.º de 208 páginas, encuadernado en tela á la inglesa y planchas doradas, 3 pesetas.

Estas obras se remiten á provincias, franco el porte, á todo el que envíe su valor en sellos ó libranza. En paquete certificado aumentese el sello correspondiente.

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn